

II

EL VERSO DE CLERECIA

El Verso de Clerecía, sus irregularidades y las doctrinas métricas de D. Federico Hanssen

I. POEMAS, CÓDICES Y EDICIONES

Desde Díaz Rengifo (1592) hasta Bello (1823-1835), de la Barra (1887-1898), y Benot (1892), sin excluir otros nombres de nuestro siglo: Robles Dégano, Jaimes Freyre, Méndez Bejarano, Pérez Curis, Henríquez Ureña, Vicuña Cifuentes, los metricistas de la lengua castellana habían estudiado el verso de los clásicos, románticos y modernistas. Con Hanssen, desde 1894 hasta 1916, la prosodia y la métrica (30) extendieron sus dominios a los siglos XIII, XIV y XV. Atisbos de algunos rasgos de la métrica de clerecía habían hecho Sánchez en el siglo XVIII, y poco antes que Hanssen, Cornu y Baist en Alemania (Ver Hanssen, *Revisión del probl. del imperf.*, p. 24); pero fué Hanssen quién, con tesón no igualado hasta el presente, esclareció la métrica arcaica, salvo la del *Cid*. Otros hispanistas que mencionaré más adelante han discutido, rechazado o acatado, las doctrinas de Hanssen, no más. Justo era pues poner bajo los auspicios de Hanssen el presente ensayo de una mirada de conjunto a la métrica de clerecía, de donde procede la clásica y la moderna, variando detalles del mismo acervo.

(30) Muchos son los que no distinguen entre prosodia y métrica. La prosodia no abarcaba entre los antiguos sino el estudio de la acentuación. Para Bello, que la incluye en

lo que llamamos hoy "fonética", y para Hanssen, que no la incluye, prosodia es no sólo la adecuada acentuación, sino el correcto silabeo, dos bases de la métrica.

Menos de dos siglos duró el “mester de clerecía”, desde algo entrado el siglo XIII hasta fines del XIV. “Mester” es transformación de la palabra latina “ministerium”, tal como “métier” en francés y “mestiere” en italiano, y “menester” en varios manuscritos antiguos del propio castellano (por ej., el del *Poema de Alejandro*, de París). Y mester o menester significaban “oficio poético” o “arte versificatoria”. Y porque ya existía desde el siglo XII el “mester de joglaría”, practicado por juglares, o sea, cantores populares, ambulantes, sin latín y hasta iletrados; los “nuevos” de entonces se llamaron “de clerecía”, para hacer notar que eran letrados. “Por tí sé clerecía”, le dice Alejandro a Aristóteles en la copla 38 de la edición de Willis (36 del *Alejandro* de Janer), como quien dijese hoy: Por tí he sido instruído y tengo cultura. La calidad de letrado coincidía entonces con la profesión de monje o de clérigo, y eran éstos casi los únicos hombres de letras de aquella lejana edad, y su lenguaje algo latinizado y sus conocimientos un poco superiores a los del pueblo llano. Adoptaron, además, un procedimiento de versificar diferente del de los juglares, no por engrعيمiento de cultura, sino porque sus composiciones poéticas tenían otro fin: el de ser leídas, en vez de cantadas. Su concepción del arte y del fin provenía quizá de Francia y de la lectura de modelos latinos y franceses, de lo cual hay huellas en todas las primeras obras. (Ver: De los Ríos, *Hist. crit. de la lit. española*, t. III, pp. 246, 272, 280 y sigs., Menéndez Pelayo, *Antología de poetas lír. cast.*, t. II, 1891, pp. xiv y sigs., xxxvii y sigs.).

Conozco 21 poemas compuestos en mester de clerecía, 19 de los cuales se hallan en el tomo 57 de la Bibl. de Aut. Esp.: *Poetas castellanos anteriores al siglo XV*, editado en Madrid por don Florencio Janer en 1864; y 14 en el libro *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV*, editado en París por don Eugenio de Ochoa en 1842, y que es reproducción aumentada del de igual título de don Tomás Antonio Sánchez, Madrid, 4 tomos, 1779 a 1790. Estos poemas serían 20, si los *Proverbios del Rabi don Sem Tob* no se considerasen compuestos también en mester de clerecía (ver: Men. Pelayo, *Antol.*, II, lxxxii y III, cxxiv). Porque, rimados como están, también en la cesura, pueden o no tenerse por compuestos en heptasílabos rítmicos; tal como en octosílabos rítmicos está escrito el *Poema de Alfonso Onceno*, más bien que en octonarios. Santillana menciona en su *Proemio* un poema titulado *Los votos del pavón* que se ha perdido. Menéndez Pelayo (*Antol.* III, liii) menciona otro: *Proverbios en*

rímo del rey Salomón, que ha sido impreso dos veces (ver: Hurtado y Palencia, *Hist. de la lit. esp.*, párrafo 114), pero que no conozco. De los principales poemas en cuestión se han hecho nuevas ediciones en este siglo, a menudo según otros manuscritos antiguos; con lo cual el problema métrico de ellos se encuentra planteado sobre bases nuevas y algo diferentes de las que pudo conocer Hanssen. Enumero a continuación los 21 a que me he referido antes y añado algunas breves noticias sobre los códices en que han sobrevivido, los modernos editores, y el tema.

1. *Vida de Santo Domingo de Silos* por Gonzalo de Berceo. Se conservan dos códices del siglo XIV, trancos y de origen distinto, pero que se completan mutuamente: uno en la Academia Española (manuscrito E), que parece más moderno y retocado que el otro: perteneciente a la Academia de la Historia de Madrid (manuscrito H o "Monserrate"), y que los que sirvieron al padre benedictino Sebastián de Vergara para su edición de 1736, y que se han perdido, pero que eran de la misma línea del H que se conserva. (Ver: a falta de la edición de Sánchez, la de Ochoa, p. 78; la ed. de Fitz-Gerald, pp. XVI-XX, y los artículos de Hanssen, *Notas a la Vida de S. Dom. de Silos*, p. 3, y *Revisión del problema del imperfecto*, párrafo 1).

En 1780, juntamente con todas las obras de Berceo, fué editada también esta *Vida* por don Tomás Antonio Sánchez (t. II de su obra), según códices antiguos desaparecidos que hubo en el monasterio de San Millán de Suso; pero, al parecer, no de primera mano, sino, en cuanto al *Silos*, limitándose, como él dice, a "reimprimir la vida impresa" y a cotejarla un poco "con la que contiene un manuscrito que se guarda en el Monasterio de Monserrate *de esta corte*". No estaba pues en el de Montserrat de la provincia de Barcelona. Y este manuscrito es el mismo que hoy posee la Academia de la Historia (ver: ed. de Fitz-Gerald, pp. XII-XIV). El texto de Sánchez fué reeditado, después de por Ochoa, por Janer en el libro predicho, habiéndolo cotejado de nuevo con el códice H. Una edición crítica del *Silos* fué hecha por el profesor angloamericano John D. Fitz-Gerald, París, Bibl. de l'École des Hautes Études, 1904. Considera códice antiguo la edición de Vergara, lo que le permite elegir lecciones entre E, H y V, produciendo así un texto casi regular en cuanto al silabeo. Está ilustrada con dos láminas fotgrabadas que reproducen páginas de los códices E y H. Hanssen reproduce sin las notas y sugiriendo enmiendas la coplas 127 a 168 en el artículo citado. Fitz-Gerald pu-

blicó, además, un importante estudio basado en su edición: *Versification of the cuaderna via*, New York, Columbia University, 1905.

2. *Vida de San Millán de la Cogolla* por Berceo. Se guarda un códice del siglo XIV en la Academia Española, Madrid. Una copia manuscrita del códice antiguo que hubo en el monasterio de San Millán se halla ahora en el de Santo Domingo de Silos, y fué hecha en el siglo XVIII por el P. benedictino Domingo Ibarreta, juntamente con las demás obras de Berceo, menos el *Silos*, cuyos manuscritos del monasterio de San Millán quizá ya no existían y habían sido editados por Vergara. Según Solalinde (pp. xxvii-xxx del prólogo a su edición de los *Milagros*, 1922), la copia de Ibarreta habría sido la verdadera fuente de que se valió Sánchez para su edición de 1780, reproducida por Ochoa y por Janer. Edición paleográfica del códice de la Academia Española (o A), cotejada con la copia de Ibarreta, es la que está contenida en el libro del profesor C. Carroll Marden *Cuatro poemas de Berceo*, Madrid, 1928, Anejo IX de la Rev. de Filol. Española.

3. *Vida de Santa Oria* (o *Áurea*) por Berceo. Códice del siglo XIV en la Academia Española. Copia de Ibarreta y ediciones de Sánchez, Ochoa y Janer, como en el número anterior. Edición paleográfica del dicho códice A por Carroll Marden en el mismo libro citado en el número 2.

4. *Loores de Nuestra Señora* por Berceo. Copia de Ibarreta y ediciones de Sánchez, Ochoa y Janer. Ver el Nº 2.

5. *Milagros de Nuestra Señora* por Berceo. Son 25 episodios milagrosos, y una introducción que es una de las mejores páginas de Berceo. La obra más amena de este poeta, según Menéndez Pelayo; y la mejor conservada, según Hanssen. Códice incompleto del siglo XIV en la Academia Española. Copia de Ibarreta y ediciones de Sánchez, Ochoa y Janer, como en el Nº 2. Don Antonio G. Solalinde publicó en 1922 una edición anotada del manuscrito Ibarreta, vol. 44 de Clásicos de "La Lectura". Y, en fin, el profesor C. Carroll Marden, ya nombrado, los *Milagros* 24 y 25 en *Cuatro poemas* (ver Nº 2) y los *Veintitrés* restantes, en 1929, Madrid, anejo X de la Rev. de Filol. Esp., en edición paleográfica del códice A (Acad. Esp.), y cotejado el texto en notas al pie con el manuscrito Ibarreta. Fotografiado de una página del códice en *Veintitrés Milagros*. Los códices A de Carroll Marden parecen ser de la misma mano y serie que el E de Fitz-Gerald. En ellos el lenguaje está modernizado en relación con

el del código H del *Silos* y de la edición de Vergara o de la copia de Ibarreta, lo cual aumenta en E y A las irregularidades métricas y disminuye las gramaticales (ver: Hanssen, *Revisión...*, 1907, § 1; y Carroll Marden, prefacio de *Veintitrés Milagros*, Cap. II).

6. *Duelo de la Virgen el día de la pasión de su Hijo* por Berceo. Como el Nº 4.

7. *El martirio de San Lorenzo* (o Laurencio) por Berceo. Como el Nº 4.

8. *El sacrificio de la misa* por Berceo. Código en pergamino, del siglo XIV, en la Bibl. Nacional de Madrid. Copia de Ibarreta según otro código, hoy inexistente. Ediciones de Sánchez y de Ochoa. Janer revisó el texto de Sánchez comparándolo con el código de la Bibl. Nacional. Edición paleográfica de este código por Antonio G. Solalinde, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1913, con una página fotograbada del código.

9. *Los signos que aparecerán antes del Juicio* por Berceo. Como los números 4, 6 y 7.

10. *Tres Himnos* atribuidos a Berceo. Como los números 4, 6, 7 y 9.

Como se ve, no sobreviven o están ocultos los códigos antiguos de cinco de las diez obras de Berceo, y hasta 1922 no se conocían sino los dos del *Silos* y el de la *Misa*. (Ver: Solalinde, prefacios de sus ediciones; *Misa*, p. 11; *Milagros*, p. xvii). Sin embargo, Fitz-Gerald decía en 1905 que existían 15 códigos de Berceo, 10 completos y 5 incompletos (*Versif. of the c. v.*, pp. 72-73), pero no indicó dónde estaban ni quién atestiguaba su existencia. Los historiadores de la literatura nada cuentan sobre el particular, y yo no conozco la obra *Manuscritos de Berceo* por J. Pérez de Urbel, que mencionan Hurtado y Palencia, *Hist. de la Lit. Esp.*, 1932, Bibliogr. Nº 76. Prácticamente pues, el punto de partida para las susodichas cinco obras es el manuscrito del P. Domingo Ibarreta (1710-1785), "todo él de la misma letra", como dice Solalinde (ed. de los *Milagros*, p. xxix), manuscrito que, como ya he dicho, repitiendo lo que afirma Solalinde, abarca todas las obras de Berceo, menos el *Silos*, y es copia de los "dos códigos de San Millán". Y en segundo lugar la edición de Sánchez. Ya, pues, a principios del siglo XVIII los manuscritos de Berceo estaban trancos y adulterados, pues Vergara, para editar el *Silos*, debió servirse de copias incongruentes en el lenguaje, según el análisis de vocablos que han hecho Fitz-Gerald y Hanssen en las

obras ya citadas. La copia de Ibarreta no ha sido ni entera ni adecuadamente editada todavía, ni menos estudiada. Fitz-Gerald no editó, en rigor, ninguno de los dos códices subsistentes del *Silos*, sino que los mezcló con la idea preconcebida de producir una edición en versos regulares.

Berceo, el lugarejo que ha dado el nombre al poeta, está situado, según los geógrafos, en Castilla la Vieja, cerca de San Millán y del río Ebro (provincia de Logroño). No sé cómo conciliar estos datos con estos otros del propio poeta:

En Berceo fuí nado, *cerca es de Madriz. . . (Millán 19)*

Cerca es de Cogolla, de parte de orient,
dos leguas sobre Nájera, al pie de Sant Lorent.

el barrio de Berceo; Madriz la iaz present. . . (*Millán 3*).

Se refieren a San Millán, pero son aplicables a Gonzalo (copia 489 del *Millán* y 757 del *Silos*).

Gonzalo es ante todo un candoroso y suave narrador de leyendas milagrosas y de ejemplos de piadosa intención. Otros poetas de clerecía lo superan en calidad poética y de rimas (particularmente Juan Ruiz); ninguno en regularidad versificatoria ni en fecundidad.

11. *Libro de Alejandro*. Subsisten dos códices, uno del siglo XIV (que fué del duque de Osuna) en la Bibl. Nacional de Madrid, llamado O; el otro, del siglo XV, en la Bibl. Nacional de París, llamado P. Son copias de originales diferentes, incompletos, muy estragados, divergentes en casi cada verso; pero que mutuamente se complementan y hasta se corrigen. El O atribuye el poema al clérigo Juan Lorenzo, de Astorga (ciudad de la provincia de León), y tiene en efecto rasgos leoneses en el lenguaje. Fué editado con poca fidelidad por Sánchez en 1782 (t. III de su obra), reproducido por Ochoa, y reeditado, previa no cuidadosa revisión, por Janer. El de París lo atribuye a Berceo y tiene rasgos más castellanos en el lenguaje. De éste códice publicó una edición paleográfica el profesor francés Alfred Morel-Fatio, en Dresde, 1906. Esmeradísima edición paleográfica en que se enfrentan y concuerdan los dos códices, páginas pares el de París, páginas nones el de Madrid (Osuna), es la del profesor angloamericano Raymond S. Willis, Jr., Princeton University, New Jersey, 1934; con dos fotograbados, de páginas de ambos códices.

Cuenta este poema las aventuras legendarias del conquistador macedonio, que fueron tan populares en la Edad Media, pero ajustadas a los usos, conceptos y gustos del siglo XIII, volviendo lo pagano

cristiano. Intercalado como episodio (coplas 311 a 716 de las ed. de Sánchez. Ochoa y Janer; 334 a 761 de las de Willis) se halla un relato, que hace Alejandro, de la destrucción de Troya, con reminiscencias de la *Iliada* y la *Odisea*, y hay también otras "numerosas digresiones, más cortas", dice Willis (p. ix).

Nadie ha estudiado aún este material. Los artículos últimos de Hanssen se apoyan en la edición de Morel-Fatio.

12. *Libro de Apolonio*. Anónimo. Un solo códice que se guarda en El Escorial. Editado por don Pedro J. Pidal en 1840. Reproducido por Ochoa en 1842. Y, previa revisión, por Janer en 1864. Estrofas 1 a 52 con las variantes apuntadas por Marden (*Modern Language Notes*, I, 1903) pueden verse en Nercasseau y Hanssen, *Antología castellana arcaica*, 1905, pp. 215-221. Y "Libro de Apolonio" An Old Spanish Poem" editado por C. Carroll Marden. Baltimore. 1917.

El poema poco anterior al *Alejandro* y posterior a los primeros de Berceo, según De los Ríos, *Hist. crit. de la lit. esp.*, t. III, p. 281, quien en este punto parece estar más en lo cierto que Menéndez Pelayo y los demás que tienen al *Apolonio* por el más antiguo poema de clerecía. Cuenta, con cierto arte, las aventuras enteramente fabulosas de Apolonio, rey de Tiro, de su "muger cabdal", y de su hija Tarsiana, desaparecidas y halladas.

13. *Poema de Fernán González*. Anónimo. Un solo códice que se guarda en El Escorial. Ediciones parciales hicieron Buterweck y De los Ríos en sus *Historias de la lit esp.* Más completa es la edición de Bartolomé J. Gallardo en su *Ensayo de una biblioteca*, Madrid, 1863. (Ver: Introd. de la ed. de Marden, Cap. III). Puede tenerse pues por primera edición la de Janer, 1864. Pero, muy superada en el "texto crítico con introducción, notas y glosario" por C. Carroll Marden, Baltimore, 1904, con dos fotograbados de páginas del códice. Copia de ésta, simplificada y popular, es la del P. Serrano, Madrid, 1943.

Si no fuese por la estructura métrica "de clerecía" y su fin anejo, este poema debería clasificarse por su fondo entre los de juglaría o épicos. Hay indicios de que su autor estaba al tanto del *Poema del Cid*, y quizá del *Rodrigo*. El *Fernán González* ensalza las proezas de este héroe de la independencia castellana. "Debió de ser escrito por un monje de Arlanza (aldea de la provincia de León) entre 1250

y 1271", dicen Hurtado y Palencia (*Hist. de la lit. esp.*, 1932, p. 78). Citaré más adelante la opinión de Marden sobre el códice.

14. *Dísticos de Cátón*. Versión castellana del siglo XIII conservada en ediciones del siglo XVI. Fragmento publicado por C. Pietsch en Chicago, 1902: *Two old spanish versions of the Disticha Catonis*. Estrofas 1 a 10 reproducidas por Hanssen en *Sobre el metro del Poema de Fernán González*, 1904. Las 1 a 7 por Nercasseau y Hanssen en la *Antol.* citada, 1905, pp. 325-326.

15. *Vida de San Ildefonso* por el Beneficiado de Úbeda. El códice primitivo, tal vez del siglo XIV, se perdió. Queda una copia manuscrita y estragada del siglo XVIII. Ver lo que dice Janer en la p. xli del t. 57 de la B. A. E. La de Janer es la única edición.

Leyenda devota semejante a las de Berceo, pero de calidad inferior.

16. *Poema de José* (o de Juçuf). Anónimo. Hay un códice escrito en letras arábigas (aljamiado) en la Bibl. Nacional y otro semejante en la Acad. de la Historia, de Madrid. Edición en letras arábigas del N, por H. Morf, Leipzig, 1883; en letras latinas por M. Schmitz en 1901. (Ver: Fitz-Gerald, *Versif. of the c. v.*, p. ix). Publicado también por Ticknor, *Hist. de la lit esp.*, según una transcripción en letras latinas de don Pascual de Gallangos. Reproducida ésta por Janer. Transcrito nuevamente, según el códice H, por don Ramón Menéndez Pidal en la *Revista de Archivos*, etc., Ag.-Sept. de 1902. Reproducción de las 95 primeras estrofas en la *Gramática hist. de la Lengua Cast.* por don José Alemany B., Madrid, 1903, pp. 277-289. También, pero sólo 4 estrofas, en la p. 322 de la *Antol.* citada de Nercasseau y Hanssen.

Poema de la primera mitad del siglo XIV, probablemente, que relata en forma amena la leyenda bíblica de José, hijo de Jacob, pero según la versión del Korán.

17. *Libro del Buen Amor* por Juan Ruiz, Arcip. de Hita. Subsisten cuatro códices antiguos, pero uno es copia de otro, lo que reduce el número a tres, de diferentes fuentes: el de Salamanca o S, hoy en la Bibl. del Palacio Real de Madrid, decían Menéndez Pelayo, 1892, y Cejador, 1913; el de la Acad. Española o G, por haber pertenecido antes a don Benito M. Gayoso; y el de la Bibl. Nacional de Madrid o T, por haber pertenecido antes a la Catedral de Toledo, del cual hay otra copia en la misma Biblioteca. Sánchez publicó esta obra en 1790, con algunas supresiones, y según el códice

S y algún cotejo con el G. Reproducida por Ochoa. De los Ríos publicó las supresiones en su *Hist. crit. de la lit. esp.*, t. IV, p. 581 y sig. Janer reprodujo el total en 1864. El francés Jean Ducamin publicó en Toulouse, 1901, una valiosa edición paleográfica basada en el códice S, con anotación cuidadosa de las variantes de los códices G y T. Datos leídos, pues no he visto esta inhallable edición, que hay gran necesidad de reimprimir. Según Menéndez Pelayo (*Antol.*, t. III, p. lvii), el mejor códice es el S; según Cejador, el G, que cree más antiguo, por lo cual Cejador dió preferencia al G en su edición anotada de 1913. en Clásicos de "La Lectura", "preferencia" solamente, pues mezcló y retocó los textos. Pueden cotejarse con provecho las coplas 1454 a 1484 de la edición Ducamin, reproducidas sin las notas en la *Antol.* citada de Nercasseau y Hanssen, pp. 269-272, con las de la ed. Cejador. También algunos versos sueltos y estrofas que e hallan en el *Glosario* que Bonilla San Martín puso en el t. II de la N. B. A. E.: *Libros de Caballerías*, II, p. 621.

En la edición de Janer falta una copla después de la 374, tiene doble número la 376, y faltan 16 después de la 425. Por esto y por haber numerado Ducamin y Cejador las 10 coplas de la *Oración* o prefacio, la numeración de estos editores es 10 números mayor hasta la copla 425 y 26 mayor desde la 426 hasta el fin.

Libro formado con poesías sueltas, sin plan, sin argumento general que les dé trabazón. Unas partes son autobiográficas. otras devotas, otras morales (apólogos), otras jocosas (anécdotas) en que predomina la sátira. El autor, nacido en Alcalá de Henares, provincia de Madrid, usa varios metros y no sólo el de clerecía; todo en estilo personalísimo y desenfadado. Escrito en la primera mitad del siglo XIV, tal vez en 1343.

18. *Proverbios morales del Rabí Don Sem Tob*. Subsisten dos códices antiguos: uno en El Escorial, más genuino, y otro retocado en la Bibl. Nacional de Madrid. De ambos da edición comparada Janer en la obra citada. En la edición castellana de la *Hist. de la lit. esp.* de Ticknor se publicó antes el códice de la Bibl. Nacional.

Son 686 estrofas sueltas, sin plan; pero referentes a trechos a un mismo tema moral o filosófico. Algunas no tienen rival sino en las de Omar Jayyám. Consideradas como versos de clerecía serían dísticos con rimas internas.

19. *Rimado o Libro del Palacio* por Pedro López de Ayala, Canciller de Castilla. Existen dos códices manuscritos en papel, ex-

tenso y antiguos: uno con 1939 coplas, que parece ser de principios del siglo XV, y que Kuersteiner llama E porque se halla en la Biblioteca del Escorial; el otro, con 1.627 coplas, que, según B. J. Gallardo, es del siglo XVI, y que Kuersteiner llama N, por la Bibl. Nacional en que se halla, desde 1849, habiendo pertenecido en el siglo XVIII a la familia Campo Alange y después a Böhl de Faber, cuyos libros compró la Bibl. Nacional de Madrid. Existen, además, en manuscritos antiguos de la Bibl. Nacional de París, poesías sueltas del Canciller no comprendidas en los códices predichos. Posee, además, la Academia Española una copia del manuscrito N hecha en el siglo XVIII, anotada al parecer por T. A. Sánchez, "quien iba a publicar el texto, pero no pudo realizar su propósito. Janer tomó la copia de la Academia y la imprimió, con enmiendas notas y todo, y añadió probablemente unas pocas enmiendas de su cosecha. No hizo uso del manuscrito Campo Alange ni del códice del Escorial". Esto dice Kuersteiner, pref. del t. I de su edición, § 4. Bouterwek publicó fragmentos (1829) y también B. J. Gallardo (1832). Tampoco está completa la edición del manuscrito N por Janer (1864). Las noticias de Kuersteiner no coinciden enteramente con las de Menéndez Pelayo (Antología, t. IV, pp. xxiii-xxiv). La edición de Albert F. Kuersteiner: *Poesías del Canciller Pero López de Ayala*, dos tomos, Nueva York, The Hispanic Society of América, 1920, en la colección "Bibliotheca hispánica", no es paleográfica ni crítica, pero sí, "una fiel reproducción de las fuentes manuscritas" (t. I, p. iii, § 9). Comprende: en el t. I, el manuscrito entero N y las poesías de los manuscritos de París: P y C; en el t. II, el códice E, publicado por primera vez. El único manuscrito con título es el N, "e llámase *El Libro del Palacio*", en letras rojas.

Libro satírico, moralizante, sin plan, como el anterior, y sin las gallardías del de Juan Ruiz; pero de gran mérito. Tiene también secciones líricas. Compuesto en diversos años de la segunda mitad del siglo XIV. El autor había nacido en Vitoria, provincias vascongadas, pero vivió casi constantemente en Castilla.

20. *Libro de la miseria del hombre (o miseria de omne)*. Anónimo. Su estructura métrica corresponde a fines del siglo XIV; pero el códice es copia de otro. (Ver: Valbuena Prat, *Hist. de la lit. esp.*, 1ª ed., t. I, p. 133). Editado por don Miguel Artigas, Santander, 1919 y 1920 (Solalinde, prólogo a los *Milagros*, p. XI). "Está escrito en 502 tetrástrofos monorrimos de diez y seis sílabas, divididos en dos

demistiquios de ocho... El asunto del poema es el mismo del libro de Inocencio III, *De contemptu mundi...*”, dicen Hurtado y Palencia (obra cit., p. 134); pero el fragmento de siete estrofas que trae *Poesías de la Edad Media* (Buenos Aires, 1942) por don Dámaso Alonso, muestra varios hemistiquios de 6/1 y 8/1 sílabas, mezclados con los de 7/1; es decir, estructura métrica semejante a la de algunas secciones del *Buen Amor* y del *Rimado*.

21. *Loor de don Gonzalo de Berceo*. Anónimo. Según Sánchez, que lo publicó en 1780, el códice parecía ser de fines del siglo XIV y aún posterior. Reproducido por Ochoa, p. 266, y por Janer, p. 145. Parece ser un “pastiche” en que un lector y admirador de Berceo imita su lenguaje y sus resabios. Menéndez Pelayo (*Antol.*, t. II, p. xliii) sospecha que el autor fuese el propio Sánchez, lo que no se aviene con la condición moral de éste. Solalinde (Prólogo a los *Milagros*, p. vi) va más lejos y afirma que “en un rato de solaz lo compuso T. A. Sánchez, embriagado con el sonsonete de la cuaderna vía, etc”.

Variadas son las materias en que se ocupan los poemas de clerecía, vario su mérito y varia su extensión. Los *Himnos* de Berceo tienen 28 versos cada uno. Los *Milagros*, 3.646 versos; el *Silos*, 3.112 (en la ed. de Fitz-Gerald, 3.110); *Oria*, 820; y el total de versos de Berceo se acerca a los 13.300. El *Alejandro* tiene 10.700 versos en la edición de Willis (2.675 coplas de cuatro versos). El *Apolonio*, 2.620. El *Fernán González*, en la edición de Marden, 752 estrofas, en parte mutiladas. El *Buen Amor* y el *Rimado*, de extensión semejante, hacen en conjunto tantos versos como todo Berceo. El *Ildefonso*, 505 versos. El *José*, 1.248. El de la *Miseria del hombre*, 2.008.

Los códices mencionados son cuadernos manuscritos, extendidos a pluma de ganso, en piel o en papel, pero en los siglos XIV y XV, y aún XVI, como se ha visto. Son copias de otros códices desaparecidos, naufragos de la tempestad de los años, que se han salvado maltruchos, unos truncos, otros ilegibles, en parte, todos adulterados, al parecer, por los copistas. Ninguno, pues, es de mano del autor. Ninguno siquiera contemporáneo de los poetas. Hasta los del *Buen Amor* y el *Rimado* parecen ser medio siglo posteriores. Y el del *Fernán González*, y el del *Alejandro* de París, por lo menos dos siglos. Ninguno, en fin, ha sido reproducido íntegramente por la fotografía. En la *Hist. crit. de la lit. esp.* por De los Ríos, y en otros libros que he indicado hay láminas litográficas o fotograbadas con fragmentos

de algunos de dichos códices. Son dignas de mirarse; para tener idea de la dificultad que presenta la interpretación de la escritura. Es difícil fijarles fecha exacta a base de los signos solos, porque de persona a persona, entonces como hoy, la letra variaba dentro del mismo período. Y los técnicos no acaban de ponerse de acuerdo (31). Más seguro es el análisis del papel. Así es como Marden llegó a fijar la fecha del único códice del *Fernán González*: 1465 a 1479 (Introd., p. xvi); y Willis la del *Alejandro* de París: "más o menos mitad del siglo XV" (Introd., p. x).

No se sabe por qué no se han conservado códices del siglo XIII. Debieron de ser muy escasos, dado que el papel no se empezó a fabricar en España sino en 1260, según Sarmiento, citado por De los Ríos (*Hist.* t. III, p. 282; y Janer, ob. cit., p. xxviii).

Hay dos antigüedades que discernir en los viejos textos: la de la composición de la obra y la del texto que ha llegado hasta nosotros. La fecha de composición es la más importante para la literatura; en cambio, para la lengua (gramática, métrica), lo es la de transmisión. Si el texto no es contemporáneo de la composición puede haber sufrido acomodados al uso y gusto del momento en que se copió. No debemos pues atribuir al original todas las particularidades de la copia, sino aquellas solamente que estén garantidas por un uso general y explicable. Y, al parecer, se ha procedido con ligereza al atribuir al siglo XIII o al XII las particularidades de lenguaje que aparecen en nuestros textos del XIV o XV, con tanto más empeño cuanto más nos suenan a cosa insólita.

A la circunstancia de no haber sido reproducidos los códices por la fotografía se une la inopia con que se han divulgado, por lo menos en Chile, las ediciones paleográficas y comparadas, de corto tiraje tal vez. La del *Libro de Buen Amor* por Ducamin no puede ser reemplazada por la de Cejador. Tampoco las de los otros poemas, sino hasta cierto límite.

(31) Compárense los fotograbados de los Mss. E y H del *Silos* (en ed. de Fitz-Gerald), A de los *Milagros* (en ed. de Marden) y P de *El Cavallero Zifar* (ed. de Wagner, Michigan, 1929). Parecen ser de tres manos distintas: H, E-A, y P, pero contemporáneas. Sin embargo, H y E-A han sido situados en el siglo XIV, y P en el XV (Ver la nota 3, p. VII de *El*

Cav. Zifar). La letra del códice del *Fernán González* (ed. de Marden) es mucho más ligada y caracoleada que la de los copistas anteriores y la del Carlos Maynes (Ver el t. 6 de la N. B. A. E., plancha de la p. 516), que parece intermedia entre aquéllos y la del *Fernán González*, y más bien semejante a la del *Alejandro* madrileño.

Hay muchos grados entre la reproducción fotográfica de un códice (que es la edición más paleográfica de todas) y la que moderniza el texto para ponerlo al alcance del lector común, cosa que se practicó ya en los códices del siglo XIV, particularmente en los E-A de Berceo (Ver: Hanssen, *Revisión del probl. del imp.*, 1907, § 1; y Marden, pref. a *Veintitrés milagros*, Cap. II). En líneas generales, las ediciones de que disponemos en América pueden clasificarse en tres grupos:

1. Las paleográficas, por ej., las de Janer, Ducamin, Menéndez Pidal, Morel-Fatio, Marden (de Berceo), Solalinde (la *Misa*), Willis, y aún Kuersteiner;

2. Las críticas y anotadas, en que se han refaccionado los textos de acuerdo con ciertos principios y particularmente las "silabas contadas", por ej., la de Marden (el *Fernán González*), de Fitz-Gerald (el *Silos*), de Solalinde (los *Milagros*), y posiblemente las del siglo XVIII, de Vergara y de Sánchez;

3. Las populares, de Cejador, de Serrano, de Louis-Michaud, de Espasa-Calpe, etc.

Pues bien, cuantas más ediciones se publican del grupo 1, más se comprueba que los poemas de clerecía no estaban versificados en la forma regular, sobre todo del "cuento de silabas", en que nos hicieron creer las ediciones del siglo XVIII, primero, y de los críticos de hace medio siglo, a su siga.

Como los copistas antiguos escribían de modo casi ilegible para los no avezados a leerlos, y empleaban numerosas abreviaturas, las transcripciones modernas difieren bastante unas de otras. Marden dice acerca de la edición del *Fernán González*, por Janer: "Paleográficamente considerada, es muy imperfecta"; y comparándola con la de Gallardo, añade: "A pesar de los muchos errores, el texto de Gallardo es probablemente algo mejor que el de Janer" (pp. XXV y XXVI de su ed.). No son más benignos Fitz-Gerald, Willis, o Kuersteiner, en sus respectivos casos.

Las ediciones críticas tienen en general el defecto de que el crítico ha modificado el texto, cambiando, quitando, añadiendo letras o palabras, conforme a sus gustos, dictámenes, conocimientos y prejuicios, para llegar al resultado de producirlo con seis silabas protónicas en cada hemistiquio. /

Conviene notar también observando la lista anterior, que los editores posteriores a Janer, salvo tres: Menéndez Pidal, Solalinde, Ce-

jador, son hispanistas extranjeros: franceses y anglo-americanos. También los estudios críticos sobre la misma materia han sido hechos casi todos por extranjeros. (Ver las bibliografías de las *Historias citadas* de Hurtado y Palencia y de Valbuena Prat).

Este asunto de las buenas ediciones y de los sabios atisbos publicados en revistas o libros es cosa demasiado importante para no agregar unas palabras más. Sin esas herramientas es imposible no incurrir en erradas inferencias u opiniones, por malos o incompletos antecedentes. De esto mismo se lamentaba ya Hanssen al publicar su primer ensayo gramatical (*Sobre la formación del imperfecto...* Santiago, 1894, p. 4. nota), y al "reclamar la indulgencia de la crítica".

Y, puesto que no tenemos textos fieles con que poder reconvertir en voz auténtica de los siglos XIII y XIV los versos mal copiados de Berceo o de Juan Ruiz, debemos aceptar los textos como están, como son para nosotros. Podemos hacer constar sus irregularidades ortográficas, gramaticales, métricas; podemos divagar acerca de cómo debieron de ser escritos por los autores o transcritos por los copistas; anotar y publicar todo eso, recopilar la conjugación, idear teorías métricas; pero no podemos juiciosamente enmendar los textos más allá de un prudentísimo límite, que es el de las erratas manifiestas. Las irregularidades pueden haber tenido un motivo ignorado, y el lector tiene interés en conocer los textos como son, en juzgar por sí mismo; pues donde uno no vió otro puede ver cosas nuevas.

Los críticos han juzgado las irregularidades de los códices según sus preferencias y conocimientos. Hablando de Berceo, dice Sánchez: "Me atrevo a afirmar que ningún verso salió de su numen imperfecto por sílaba de más o de menos... Verdad es que se hallan en sus poesías algunos versos cuya men ura desdice de la general" (Ochoa, p. 74 y Janer, p. XXIV). Y culpa de esto a los "copiantes". Criterio que ha predominado después sin contrapeso.

Hanssen juzgó severamente la edición del *Silos* de Fitz-Gerald: "A pesar de lo que promete el título, el trabajo de Fitz-Gerald no es lo que comúnmente se llama una edición crítica. El texto no está enmendado sino más bien remendado. En medio de la reproducción del manuscrito *E*, se hallan parches sacados de otro manuscrito (*H*) o de la edición de Vergara (*V*) con diferente ortografía y ortología". (*Revisión del probl. del imperfecto*, p. 3 del folleto). Pero suavizó después sus palabras: "Me es grato reconocer que el autor ha hecho

un trabajo de provecho para la filología castellana". (*Notas a la Vida de S. Dom. de Silos*, p. 3 del folleto). Y más tarde añadió: "La edición dió al texto una base más sólida" (*La elisión y la sinalefa en el "Libro de Alejandro"*, p. 345). Propuso, sin embargo, no pocas enmiendas en las *Notas* citadas.

Tampoco aprobó Hanssen sin grandes reservas la edición del *Fernán González*, por Marden: "Esta poesía la podemos actualmente estudiar con comodidad en la laboriosa y concienzuda edición del Sr. Marden", se lee en la p. 7 del folleto *Sobre el metro del poema de Fernán González*. Pero en las páginas siguientes formula reservas mayores que para la edición del *Silos*. Aprobó, en cambio, sin reservas la edición del *Alejandro*, por Morel-Fatio; por lo menos, no sé que las formulara, y Hanssen cita de preferencia esta edición en su *Gramática*. Las otras ediciones de Marden, las de Solalinde, etc. Hanssen no alcanzó a conocerlas.

He citado ya opiniones de Marden sobre Janer. He aquí ahora de Fitz-Gerald sobre Sánchez, Ochoa y Janer: "La edición (del *Silos*) de Sánchez, que otrora prestó servicios, carece en verdad de valor científico". La de Ochoa carece de interés para su trabajo. Y la de Janer reproduce errores de Sánchez, empeora otros, o los comete nuevos en su cotejo con el códice H (en total, 11, en que hay varias inexactitudes de Fitz-Gerald, p. XV). Pero algunas pocas veces Janer corrige bien; y Fitz-Gerald concluye: "Se ve . . . que . . . no hemos podido servirnos de la edición de Janer" (pp. XIII a XV de su ed.).

Acerca de la edición del *Alfonso Onceno*, por Janer dijo Menéndez Pelayo, de deñosamente: "Hizo lo que pudo en la reproducción paleográfica, pero sin intentar nada en cuanto a la restauración del texto, lastimosamente estragado en el manuscrito del Escorial, que está escrito como prosa". (*Antol.* cit., t. III, p. CXVII y sig.). Así será; sin embargo, para el investigador más vale que el editor "no intente nada", con tal que reproduzca fielmente.

Más duro, si es posible, se muestra Solalinde: "Janer corrige algunos yerros de Sánchez, pero comete otros nuevos, que tampoco señalamos, pues son ya proverbiales las malas lecturas de Janer y la poca exactitud de todas las obras publicadas en la Biblioteca de Autores Españoles" (p. 15 de *El sacrificio de la misa*, 1913).

Poco cristiano es todo esto, que, además, denuncia que ningún crítico está conforme con las ediciones ajenas. Este descontento se debe en gran modo, a mi ver, a los prejuicios que han presidido en

el trabajo de cada cual, y particularmente al empeño de darles sílabas cabales a los versos. Pues bien, comparando las ediciones de este siglo con las de los pasados, y considerando cuán propio del hombre es errar, he llegado a convencerme de que los textos de la B. A. E., sin ser buenos, son mejores de lo que me habían hecho creer los críticos nombrados y otros. Y no le impidieron a Hanssen hacer sus primeras investigaciones, ni a Robles Dégano su *Ortología clásica*, etc., quienes, con mejores fuentes, habrían hecho trabajos más notables.

El texto ideal para el estudioso y el investigador es el que reproduce con mayor exactitud el original, y remite a notas, de preferencia al pie de las páginas, las correcciones que propone el editor, o las comparaciones con otros textos.

II. LA MÉTRICA DE CLERECÍA. RIMAS Y ESTROFAS

Historiadores de la literatura, críticos, preceptistas y editores (T. A. Sánchez, A. Bello, Milá, De los Ríos, Janer, Menéndez Pelayo, Hanssen, Marden, Fitz-Gerald, y otros) han discurrido sabiamente sobre cuanto puede decirse de los poemas de clerecía. (Ver las noticias bibliográficas de las *Historias* de Hurtado y Palencia y Valbuena Prat). No sería siquiera del caso resumirlo aquí. Sobra con recordar lo que ya está dicho: que estos poemas fueron compuestos por letrados y para ser leídos por gente culta, en una forma métrica, suerte de alejandrino, que constituye la unidad de su género, vario en todo lo demás. La "menor popularidad" de que gozó este mester señalada por Menéndez Pelayo, se explica suficientemente por el fin: ser leídos por gente alfabetada; y sería más exacto decir *menor vulgaridad*. En efecto, la observación entraña una confusión de hechos. Los poemas de "juglaría", tanto como su transformación, los romances, gozaron de mayor difusión entre el vulgo iletrado, porque había que llevarlos en la memoria y se transmitían de boca a oreja. Los de clerecía no se sabían de memoria, se leían en manuscritos por la gente culta, y entre ésta gente debieron de tener más difusión, puesto que de aquéllos apenas si quedaban códices ya en el siglo XV, y de éstos quedan numerosos todavía. El marqués de Santillana, hombre de gran lectura, no mencionó el *Cid*, ni el *Rodrigo*, ni el *Alfonso Onceno*, en su noticiosa carta (*Proemio*) al Condestable de Portugal. Y aunque tampoco citó las obras de Berceo y si sólo cuatro importantes de clerecía, no deja de significar algo su silencio.

Y porque los poemas de juglaría se llevaban en la memoria y no en letras escritas, atribuyo gran mérito a quien los escribió por primera vez. Per Abbat, rebajado por los críticos al papel de simple copista del *Cid*, pudo ser algo más al dejarnos su manuscrito, del siglo XIV también. Hay gratuita injusticia en desconocerlo. Nadie sabe hasta qué punto recogió él las partes del poema, las organizó, y en suma, sirviéndose de una materia tradicional e informe, hizo él la obra que conocemos.

No hay, pues, unidad literaria entre los poemas de clerecía; los une el tiempo, el propósito, la clase social de los autores y la métrica. "En suma, dice Menéndez Pelayo (*Antol.*, t. II, p. XXXIII), el mester de clerecía, socialmente considerado, no fué nunca ni la poesía del pueblo, ni la poesía de la aristocracia militar, ni la poesía de las fiestas palaciegas, sino la poesía de los monasterios y de las nacientes universidades o estudios generales. Así se explica su especial carácter, la predilección por ciertos asuntos, el fondo de cultura escolástica de que hacen alarde sus poetas, y la relativa madurez de las formas exteriores, que son ciertamente monótonas, pero nada tienen de toscas y sí mucho que revela artificio perseverante y sagaz industria literaria. Júzguese como se quiera de cada uno de estos poemas, cualquier cosa serán menos tentativas informes y engendros bárbaros, como suelen decir los que no los han saludado".

La métrica de clerecía es, empero, lo que ahora nos importa y el tema que vamos a abordar.

La impresión musical que dan los versos de clerecía al lector moderno es diferente de la que dan los de juglaría en la lectura. Hablo de la *lectura moderna*; porque se ignora cuál fuese el movimiento rítmico predominante en el verso *cantado* por los juglares, recogido más tarde de la tradición oral y escrito en la forma que conocemos como poemas del *Cid*, de *Roncesvalles*, de *Rodrigo*, y localizados en los siglos XII y XIII; ya que tampoco se sabe cuál fuese la música con que eran cantados esos versos irregulares. Como "letras" para el canto o el recitado, han podido ajustarse a la de dos acentos, como a la de tres, o a la de cuatro, por cada hemistiquio; siempre que, en este último caso, el cuarto acento hubiese caído en el reposo que sigue a cada hemistiquio. También han podido cantarse como canto llano, sin compases ni medida. Nunca quizá sabremos pues con precisión el verdadero metro de los versos de juglaría. (Ver mi estudio *El verso de arte mayor*, 1946, p. 11 y sigs.)

Pero el lector moderno puede, dándoles un uso que entonces no tuvieron, encontrarles a muchísimos versos el movimiento de los octonarios o doble octosílabos, sin más diferencia con los romances viejos que menor oscilación silábica en éstos que aquéllos. (Ver mis publicaciones *El octosílabo castellano*, Cap. VIII, y *El verso de arte mayor*). Esta impresión es francamente evidente en el *Alfonso Onceno*, ya del siglo XIV, escrito en redondillas, a veces regulares, y que quizá no fué cantado.

La diferencia señalada conviene bien a la declaración del letrado que compuso el *Poema de Alejandro*, quien no vaciló en decir que su arte era nuevo, hermoso, sin fallas; para justificar lo cual señala la estrofa de cuatro renglones ("quaderna via") y las sílabas cabales del renglón ("sílabas contadas"), pero omite la calidad *consonante* de las rimas, detalle no despreciable. Estas circunstancias y la de ser el verso más frecuente el 6/1-6/1, han permitido igualar el movimiento de los versos de clerecía con el de los alejandrinos modernos. (Ver la *Antol.* de Men. Pelayo, t. IV, pp. xxxv y xxxvi). Límite yo la igualación al *movimiento*, a las *cadencias*; y no la extendo al silabeo, al modo de obtener las sílabas, ni a su número, como se verá más adelante.

Para nosotros, lectores modernos, ambos "mesteres" tendrían, pues, en común el rasgo de que sus sílabas ondulan siguiendo movimientos de dos acentos rítmicos principales en cada hemistiquio; pero, mientras el de los juglares es el impar de 7 tiempos, el de los letrados es el par de 6 tiempos. Y nótese que no digo "sílabas".

Para la mejor comprensión de lo que acabo de expresar con cifras, y dado que es lo más común representar las sílabas de los hemistiquios alejandrinos, según que sean graves, agudos o esdrújulos, con las cifras 7, 6, 8, que se prestan a confusiones, explicaré que los símbolos 6/1, 6/0, 6/2 expresan eso mismo, pero de modo más claro; o sea, que el hemistiquio tiene 6 tiempos o sílabas de marcha y, según el caso, 1, 0, o 2 sílabas no métricas en el tiempo de reposo. Análogamente, los símbolos 7/1, 7/0, 7/2 del hemistiquio de los octonarios, expresan: 7 de marcha y el resto, si lo hay, de reposo.

En consecuencia, los críticos y preceptistas han fijado, procediendo con alguna ligereza, tres rasgos característicos para la métrica de clerecía:

1. El verso es alejandrino, de dos hemistiquios, con el acento métrico en la sexta sílaba;

2. Las estrofas son de cuatro versos, de igual rima;
3. Las rimas son consonantes, graves o agudas, pero no esdrújulas (32).

Me propongo hacer notar que tal manera de ver es deficiente y que las excepciones exigen modificar ese cuadro.

Quien recorra las páginas de las historias literarias y demás libros que he citado encontrará parejamente la afirmación de que el verso alejandrino, que empezó con el mester de clerecía, dejó de cultivarse durante los siglos XV a XVIII (salvo esporádicas excepciones) y sólo recobró popularidad con Zorrilla y los románticos. Es lo que enseña Menéndez Pelayo en las páginas citadas del tomo IV; y yo lo repetí alguna vez. En verdad, y mirando el asunto desde un ángulo de mejor comprensión, las cadencias del alejandrino, ya que no el renglón de dos hemistiquios, solamente estuvieron en desuso durante el siglo XV, desde que López de Aya escribió su último verso de clerecía hasta que Boscán compuso el primer heptasílabo de sus imitaciones de versos italianos. Y desde este último momento los ritmos del heptasílabo o del hemistiquio alejandrino son casi tan familiares al oído castellano como los del octosílabo.

Un lector acostumbrado a leer versos lleva en el oído las cadencias de cada metro. Forman ellas el cuadro musical o rítmico de los varios movimientos de la misma medida, que surgen encadenados, de modo que un movimiento pide a continuación, no otro movimiento cualquiera, sino el mismo o bien otro determinado por leyes que el oído entiende y no explica. Toda contravención a este juego de armonía, habitual o nativo y subconsciente, choca a la sensibilidad, sin que uno sea capaz de discernir las causas. Es uno de tantos fenómenos psíquicos que la percepción coge y no la razón.

Hay, pues, un cuadro musical propio del metro alejandrino, que el lector desprevenido espera encontrar en su lectura de los versos de clerecía. Y en efecto, no bien ha leído unos cuantos renglones, les toma el aire y los adapta a los movimientos cadenciales del verso 6/1-6/1. Pero, de trecho en trecho, y a veces en cada renglón, tiene que pararse a echar cuentas: el carricoche no rueda y cojea. Por donde quiera que se abran estos poemas la aventura es más o menos la misma. El lector que he supuesto lee lo escrito como es natural leerlo, según las costumbres modernas de la lectura, con silabeo y acentua-

(32) Fitz-Gerald cree en la posibilidad de esdrújulos del tipo *gráciä*,

civiö, reverenciä, . . . (Versification of the quad. via, 1905, pp. 10-34).

ción modernos. De ahí nace el tropiezo; los versos de clerecía necesitan silabeo y acentuación diferentes para obtener cadencias adecuadas, prosodia diferente. Por desdicha, la prosodia de los siglos XIII y XIV hay que inferirla de los versos mismos y los sabios no logran ponerse de acuerdo en cada caso. El silabeo es vacilante, porque las mismas palabras tienen a veces, a voluntad del poeta, más y menos sílabas.

Valiosísima cosa habría sido que los poetas del mester de clerecía hubiesen échado efectivamente cuentas cabales de 6 sílabas en sus hemistiquios, y que los copiantes antiguos hubiesen acentuado de algún modo las voces de su lenguaje. Habríamos tenido, en tal caso, brújulas seguras para guiarnos en el silabeo y la acentuación. Pero los indicios de ambas cosas que pueden sacarse observando las rimas o haciendo estadísticas son precarios.

Para producir un silabeo de cuenta cabal, obtener cadencias que satisfagan al oído, y aun rimas efectivas, tiene el lector que hacer *hiatos*, *diéresis*, *sinéresis*, *elisiones*, *apócope*s, *traslados de acentos*, que hoy nadie hace. La separación de vocales en dos sílabas (hiatos y diéresis) las hace el lector actual con docilidad, pero sin agrado. La unión de vocales, si son *sinalefas*, las hace con facilidad y agrado; si *sinéresis*, con resistencia. Las supresiones de sílabas (*elisiones*, *apócope*s, *aféresis*, *enclisis*) con resistencia y desagrado. Encontrar ejemplos sería la cosa más fácil, porque pululan; pero en este lugar entorpecerían el discurso y los dejaré para los capítulos dedicados a cada caso general.

Don Federico Hanssen fué uno de los primeros lectores que, “prevenido” de que tenía que hallar 6 sílabas protónicas en cada hemistiquio, se dió a la tarea de explicar cómo había que leer los versos de Berceo. Veremos sus observaciones en los capítulos siguientes.

Cuando el profesor Fitz-Gerald publicó su estudio *Versification of the cuaderna vía* (1905) era el *Silos*, dice él, el único poema “del cual había una edición crítica basada en más de un manuscrito”, porque las de Ducamin, de Menéndez Pidal y de Marden están en otra categoría (p. IX). Pero, Fitz-Gerald no estaba lejos de creer también que este único poema era el único *escrito* en *cuaderna vía*, puesto que luego añade: “Me inclino a creer que la verdadera *cuaderna vía* fué tan artificial que pronto declinó de su espléndido boato constituido por las *sílabas contadas*” (p. X-XI).

Fitz-Gerald se declaró, además, deudor a Hanssen en cada página de su estudio (p. XII); le alabó por haber “adivinado la ver-

dad" trabajando con "textos no críticos ni veraces"; pero, agregó, "las teorías de Hanssen y sus conclusiones no son siempre del todo convincentes". Fitz-Gerald enumera, en seguida, los puntos que le parecen demostrados por Hanssen: su doctrina del hiato absoluto; elisión en vez de sinalefa; apócope, aféresis, síncope; diéresis y sinéresis; desinencias de los imperfectos de la II y III conjugaciones; rimas asonantes y encadenamiento de coplas; todo lo cual Fitz-Gerald va a exponer metódicamente (p. XIII); pero también a complementar y objetar en parte.

Como Hanssen, está Fitz-Gerald dispuesto de antemano a que todo concurra a la demostración de un verso en que todo pasa como si fuese alejandrino, pero que no es alejandrino porque en el de clerecía no se usa la sinalefa (p. XI). Mas, esta ausencia de sinalefa no sería lo propio sino de la primera mitad del siglo XIII, es decir, de los poemas de Berceo, el *Alejandro*, y el *Apolonio*; pues no tiene inconveniente para admitir la sinalefa en poemas de la segunda mitad, de acuerdo con Pietsch, que restauró 28 coplas de los *Disticos de Catón* en 1902, y con Marden, que restauró el *Fernán González* en 1904 (p. X, nota 3).

Hay, pues, según Fitz-Gerald, dos períodos de clerecía, si no tres, ya que en 1905 nada dijo de los poemas del siglo XIV. Menéndez Pelayo distingue también dos períodos en el mester de clerecía, pero son: el del siglo XIII, cuyo verso sería siempre alejandrino; y el del siglo XIV, en que el octonario se mezcla con el alejandrino. (*Antol.*, t. II, pp. xxxv a xxxvii, y t. III, p. lii). Sucede, sin embargo, que también contienen abundantes hemistiquios largos o cortos los poemas del siglo XIII, sin exceptuar los de Berceo; es decir, de 7/1 sílabas y de 5/1, que oscilan en torno a las 6/1 del mayor número. Se comprobará también ésto más adelante.

Y, por lo tanto, más exacto que distinguir dos períodos, o tres, en el mester de clerecía, es concebirlo con una técnica que nunca fué estrictamente alejandrina (6/1-6/1, sin fallas), ni basada exclusivamente en el hiato, sino que constantemente evolucionó hacia el octonario (7/1-7/1), y hacia la sinalefa, llegando a veces a fijarse en estas medida y prosodia, en largos pasajes de poemas como el *Rimado* de Ayala, al extinguirse el mester a fines del siglo XIV.

Bastaría examinar acuciosamente algunos trozos para inferir de ellos lo esencial de la métrica de clerecía. Pero, puesto que tendremos ocasión de considerarla más despacio en los capítulos siguientes,

notemos por el momento nada más que, en cualquier trozo, no elegido para la demostración, la sinalefa es requerida, y algunos hemistiquios se apartan de la medida convencional de 6 sílabas protónicas. Pues bien, siendo esa la *realidad de los códices*, los críticos y editores han hecho inferencias de fantasía al adoptar como control de la pronunciación la medida fija de 6.

Su procedimiento ha sido elemental: cuando un hemistiquio está largo, se busca en él una palabra o dos en que se pueda decir: "El copista se equivocó o adulteró; hay que quitarle una sílaba, aplicarle apócope, aféresis, contracción, elisión, sinéresis..."; o bien, si está corto, "hay que darle una sílaba más, por hiato, diéresis, o una nueva palabra". Este juego se facilita cuando hay dos códices divergentes, y trasladando del uno al otro se da con la cuenta de 6.

Si con estos intercambios o esas enmiendas, el sentido, las cadencias o la corrección del lenguaje ganan, no digo yo que no sean plausibles. Y bueno será adoptarlas, pero sin poner en primer término el prejuicio del hemistiquio cabal de 6 sílabas, ni basar en ésto la prueba de bondad de la enmienda.

Pero, no sólo el verso no es en rigor alejandrino; las estrofas tampoco son siempre "cuadernas", ni "tetrástofos"; ni la rima es siempre consonante; por lo cual aquellas tres reglas de métrica no expresan sino la línea principal, las prácticas más usuales; no todas las posibilidades.

Sin tomar en cuenta al *Ildefonso*, que tanto desdén merece a Menéndez Pelayo (*Antol.*, t. II), ni al *Fernán González*, tan estropeado, ni siquiera al *Alejandro*, que en el código, de Madrid aparece con 25 estrofas de 3 versos, 10 de 5, 4 de 6, 3 de 2, pero que, cotejado por Willis con el de París, muestra estar mutilado en las dichas coplas irregulares; quienquiera puede comprobar que, a pesar de las explicaciones imaginadas por Fitz-Gerald (*Versif. of the quad. via*, p. 99-100) y por Hanssen (*Notas a S. Dgo. de Silos*, p. 21), el hecho es que los códices de Berceo contienen estrofas de 5 versos (*Silos*, 185 y 510 en ambos códices; 167 y 509 en uno de ellos; *Milagros*, 99 y 866; *Martirio*, 15) y de 3 versos (*Duelo*, 173). Y las hay también en el *Apolonio* (7 de 3 versos y 3 de 5). Marden, II, p. 29. Y en el *José* (2 de 3 y 2 de 5). Y en el *Rimado*, pasajes enteros (coplas 712-724 y 763-774 de la ed. Janer) con estrofas de 6 versos rimados *aaabab*, y la 762 de 2 versos. Es posible que algunas de aquellas estrofas irregulares se deban a adulteraciones de los textos del poeta; pero no todas ni las

últimas. Y es de notar que en los dos grandes poemas del siglo XIV: el *Buen Amor* y el *Rimado*, más variados y oscilantes en cuanto al metro, tienen mayor regularidad estrófica en las secciones escritas en verso de clerecía, propiamente tal. Y también que en el *Rimado* hay coplas con rimas internas, en las cesuras (las 781 a 783), como las de Sem Tob. Y en fin que, aunque en el total de coplas de los poemas las irregularidades estróficas son pocas, existen y desautorizan la regla segunda de la descripción habitual. La copla de clerecía podía, pues, oscilar en torno a los cuatro renglones por lo común preferidos.

Menos veraz todavía es la tercera regla. La rima del mayor número de coplas es consonante, sin duda. Pero un verso o dos asonantes se hallan hasta en el *Silos*, donde las coplas 190 en un códice y las 80, 105, 228, 267, 277, en los dos, se encuentran en tal caso. Igualmente, en el *Millán*, las 7, 115, 208, 470, 472; *Milagros*, 92, 317; *Loores*, 38, 112, 168; *Misa*, 225; *Duelo*, 1, 30, 145, 203; *Signos*, 15, 53; *Oria*, 112. En el *Alejandro* la frecuencia es mucho mayor. He aquí algunos ejemplos en que coinciden, más o menos, los dos códices, indicados por el número de la copla en la ed. de Janer: 461, 527, 536, 537, 540, 545, ... En el *Apolonio*, lo mismo, 73, 76, 546, ... y aún con versos sueltos: 197, 285, 357, ... En el *Fernán González*: 77, 427, 479, ... de la ed. Marden. En el *José*: 118, 203, 304. En el *Buen Amor*: muchísimas y curiosas: ... 171, 187, ... 265, 283, 323, ... 653, 680, 695, ... 875, 930, ... 1269, 1338, 1475, ... 1648, 1649, ... de la ed. Ducamin-Cejador. En fin, en el *Rimado*: 580, 1020, ... del cód. E (t. II de la ed. Kuersteiner) correspondientes a las 568, 986, ... de Janer.

Esta comprobación de la irregularidad de los tres rasgos con que se ha descrito el mester de clerecía es importante, porque el prejuicio de la regularidad es la brújula que ha guiado a los críticos, gramáticos y editores en sus teorías sobre el silabeo, la acentuación, las enmiendas y restauraciones por lo cual hicieron a un lado y desdeñaron las irregularidades. Todos han confiado en la promesa de sílabas contadas que hizo el autor del *Alejandro* y han visto cuaderñas perfectas por todas partes, extendiendo a todos los poemas la técnica que ningún otro poeta ofrece ni explica, y que el propio autor del *Alejandro* (tal como nos lo presentan los copistas) no cumple sin grandes desmayos. Es un caso de contagio mental explicable por el interés de los investigadores en que la regla fuese cerrada.

El autor del *Alejandro* es, mucho más que Berceo, un imitador de los franceses, a veces un traductor del *Roman d'Alixandre* por Lambert li Tors y Alexandre de Bernay (Ver: Menéndez Pelayo, *Antol. cit.*, p. II, p. LXIX y sigs.). Los franceses fueron "contadores de sílabas" desde los primeros poemas destinados a la lectura (bretones, antiguos, etc.; no las "chansons de geste", cuyo propósito era el canto, Ver: mi *Arte Mayor*, p. 16) hasta la adopción del "vers libre". El poeta castellano del *Alejandro* adoptó, pues, una teoría métrica francesa que, al parecer, era también la de Berceo y del autor del *Apolonio*; pero que éstos no proclamaron, si bien la practicaron con más rigor que el poeta del *Alejandro*, pues el del *Apolonio* habla de un "arte nuevo", nada más. (Ver: De los Ríos, *Hist. cit.*, t. III, p. 279 y sig.), y Berceo ni siquiera habla de novedades ofrece una "prosa" que puede valerle, como a los juglares, "un vaso de buen vino".

No nos demos prisa, sin embargo, en culpar al autor que prometió traernos un arte poética "fermosa", sino más bien a sus intérpretes. ¿Qué quiso decir el poeta por "sílabas contadas"? Quizá fué algo distinto de lo que también dijo el Marqués de Santillana y de lo que se entiende de buenas a primeras, sobre todo cuando se lleva en la mente el concepto del verso cabal, único que conocieron los siglos XVIII y XIX. "A sílabas contadas", como "a pasos contados", son expresiones que significaron para los italianistas primero, y para los francófilos después, número igual en cada hemistiquio, sin excepción. Pero, pudo tener un sentido menos estricto en el siglo XIII, sentido que se conciliaba con las abundantes excepciones en que concuerdan los dos códices del *Alejandro*.

No conozco fotografías del códice del *Apolonio*, cuyo asilabismo está de manifiesto en la edición de Janer tanto como el del *Alejandro* en la de Willis. En cuanto a Berceo, poeta capital en nuestro tema, el asunto de sus códices presenta un rompecabezas. No por su antigüedad los códices son enteramente dignos de fe, porque a menudo los copiantes tenían más en cuenta la lectura fácil que la exactitud histórica. Y como no subsisten manuscritos de poemas del siglo XIII, imposible es hoy saber, a ciencia cierta, cuál de los códices representa mejor la técnica y prosodia del poeta. Hanssen buscó con certero instinto pruebas en la prosa del siglo XIII y de preferencia en códices que parecen ser contemporáneos de Berceo: *La estoria de los Godos*, escrita primero en latín por el arzobispo Don Rodrigo, y traducida por el propio autor al castellano, a pedido del rey San Fernando (Ver al

único historiador de la literatura que habla de ésto: De los Ríos, *Hist. cit.*, t. III, p. 421 y sig.); y la traducción aragonesa del *Libro de Marco Polo*. Hanssen estima que la *Estoria* es el monumento más notable del antiguo dialecto toledano" (*Revisión...*, p. 40 del folleto). Pero la contribución de la prosa, aún en códice de mediados del siglo XIII (Ver el facsímil litográfico en la *Hist.* de De los Ríos y las reflexiones de e te crítico), es muy limitada para el problema métrico.

Un hombre del siglo XVIII, edad de clasicismo afrancesado, de líneas regulares y perfección geométrica, el académico Sánchez, fué el que primero "se atrevió a afirmar que ningún verso salió imperfecto del numen de Berceo" y quién primero pensó en corregir los originales cuando sobrase o faltase alguna sílaba, pues las obras o faltas tenían que ser "descuidos de los copiantes". En rigor, no sabemos hasta qué punto este ideal lo pusiesen por obra, primero Vergara, después Ibarreta, y luego Sánchez. Si algún día se descubriesen los manuscritos que sirvieron de fuente a los tres, quizá tendríamos una sorpresa semejante a las que nos han deparado los códices descubiertos en el siglo que corre, los cuales, al hacernos retroceder hasta el siglo XIV, nos han traído mayor irregularidad, en vez de disminuirla. Yerro de los copistas han de ser muchas veces irregularidades y propio del hombre es errar; pero otras veces los llamados yerros, al repetirse, insinúan la presunción de que la técnica efectiva de los poetas, aun de la primera mitad del siglo XIII, toleraba el asilabismo y las demás irregularidades.

III. HEMISTQUIOS LARGOS Y CORTOS

Ya he dicho que el lector moderno no lee de buenas a primeras, con cadencias adecuadas, los versos de clerecía: sobran vocales que hoy valen una sílaba y entonces formaban probablemente diptongo, o se decían sin tiempo en el ritmo; y al revés: faltan sílabas que entonces se obtenían quizá disolviendo diptongos modernos, o completando palabras a medio escribir, o guardando silencios que la escritura no transcribe. Digo "probablemente" porque las doctrinas respectivas se han inferido de la observación de los textos de Sánchez y de Janer, mirados con ojos predi puestos; pero los críticos dan por sentado aquello sin lugar a dudas (33). Basta examinar las edi-

(33) ...Sobra o falta alguna sílaba... según que se lee *bispo u obispo*, *princep* o *príncipe*... y otras muchas voces..., por las cuales debemos

aprender a leer los versos de Berceo", escribió Sánchez. (Ochoa, ob. cit., p. 75; Janer, id., p. XXV).

ciones paleográficas, y mejor aún las fotografías de que hablé antes, para notar que algunos hemistiquios tienen, *cuando se leen con la pronunciación de hoy día*, más de 6 sílabas protónicas, o menos. Tomemos para ejemplo las coplas 384 a 396 del *Silos* de Berceo, en el códice H, mal cotejadas por Sánchez y por Janer, y fotografiadas por Fitz-Gerald. Son 104 hemistiquios, de los cuales 22 serían cortos, de 5 o de 4 sílabas protónicas, a cau a de las sinalefas, indicadas en seguida por ? :

si dê oyr miraglos
 búsqê escribidores
 con esto mê alçar
 quierô aún contar
 non me quierô en cabo
 del riô enfogar
 que fuc valliado
 perdió la visión
 andavâ enbargado
 fíçosê a la casa
 enpeçó â rogarlo
 enpeçó â plorar
 ser tan aterrado
 tornó â sù estudio
 que por nos fué âspado
 quando ôvô orado
 lâ oración finada
 ofrió buonâ ofrenda
 rendiendô a Dios gracias
 ê al santo perlado
 pagado ê alegre
 tornó â su condado

Y 11 serían largos, de 7 sílabas protónicas:

¿qui los podría contar
 non les dariemos cabo
 que son ende sabidores
 las gracias menoscabar
 tanto que serie pobre
 entendió deste confessor
 credié bien que por elli
 credié bien firme miente

que le darie conseio
 que façie de grand duelo
 que vedie tan grand príncep.

Según parece, tal era el modo de leer estas dos clases de hemistiquios antes de que don Federico Hanssen publica e sus estudios respectivos. Es posible, sin embargo, que algún lector, guiado por la necesidad de obtener cadencias, cometiese algunos hiatos, diéresis, sinéresis, apócopes, alargando o acortando los hemistiquios irregulares; pero yo no he encontrado declaración precisa y detallada de tales prácticas en ningún autor. En cambio, Hanssen puesto a leer los versos de Berceo e instruído de que debía hallar 6 sílabas protónicas por hemistiquio, hizo observaciones y estadísticas, y discurrió en el acto reglas prosódicas que empezó a formular en 1894.

Afirmó: 1º Que Berceo y colegas no cometían sinalefas sino hiatos (34); por consiguiente, están cabales 19 de los 22 hemistiquios cortos; 2º Que las desinencias son *ie* de los imperfectos (copretéritos) de las conjugaciones II y III y de los condicionales (pospretéritos) de las tres conjugaciones (salvo la de 1ª persona, con *ia*) tenían valor de una sílaba y formaban un diptongo con acento en la *é*. Y aunque esta idea de que formaban diptongo fué rechazada por algunos de sus críticos (como se verá más adelante), cobran cabalidad de 6 protónicas 8 de los 11 hemistiquios largos desde el momento que *ie* tenía valor de una sílaba, cayese el acento en la *i* o en la *e*.

Quedan, empero, en mis listas 3 cortos y 3 largos. Puede ganar una y hasta dos sílabas el hemistiquio *que fué valliado*, suponiendo que *fué* tuviese dos sílabas (Ver: Hanssen, *Gram.*, p. 117), en este caso, porque en otros tiene una; o bien que se dijese con diéresis *valliado*, que está en relación con *valía*, y significa *de gran valía*.

Otro corto: *perdió la visión*, se alargaría haciendo diéresis en *visi^on*, con tres sílabas; procedimiento que constituye otra de las reglas de Hanssen.

Y el otro corto: *ser tan aterrado*, se mejoraría suponiendo que el copiante se olvidó una *e* en *seer*, aun cuando *seyer*, *seer*, *ser*, son formas usuales, vacilantes todavía en aquel tiempo.

En cuanto a los hemistiquios largos, dos se arreglan suponiéndoles apócopes (regla de Hanssen): *que son end' sabidores*, *entendió*

(34) Esta regla y las siguientes tienen excepciones, reconocidas o no

por Hanssen. Serán consideradas más despacio en los capítulos que siguen.

dest' confessor; o bien este último acentuando *conféssor*, como palabra grave (regla de Fitz-Gerald, que se verá más adelante).

Y el tercero queda sin acomodo, con sus *siete protónicas*: *las gracias menoscabar*, porque no hay de qué agarrar^e para acortarlo.

La regla primera de Hanssen, la del hiato absoluto, combinada con la segunda, la que concede una sola sílaba a las desinencias con *ie*, y con las otras reglas, dan un nuevo aspecto a varios de los hemistiquios que nos parecían cabales en esta forma (copias 384 a 396 del *Silos*):

nî abriemos vagar
 Pellayô avie nonbre
 non devie ser nado (nada es errata del código)
 yendo de santô en santo
 avie muchô espeso
 podrie ser guarido
 avie constunado
 de la su fuentê onrrada
 la quê avie perdida
 buen presentê e granado.

Pues bien, no están cabales sino la mayoría y con este otro sílabeo:

ni âbri(e)mos vagar
 Pellayo âvi(e) nonbre
 non devi(e) seer nado
 yendo de santo ên santo
 aví(e) mucho êspeso
 podrí(e) seer guarido
 aví(e) constunado
 de la su fuent' onrrada
 la que âvi(e) perdida
 buen present' e granado

Y dos de ellos pierden su cabalidad: *avi(e) constunado*, que puede componerse aceptando la lección del código E: *que âvi(a) costumbrado*; y *yendo de santo ên santo*, que se queda largo, a menos que lo leamos con la peregrina apócope o elisión: *yendo de sant' en santo*, disimulando lo que parece más natural, la resistida sinalefa.

No he considerado largo el hemistiquio (*en*) *la tiêbra tollida*, porque lo que parece \tilde{e} (sobrerrayada) en el código, podría ser, más bien, el signo = que emplea el copista para separar los hemistiquios,

mal borrado, después de un error de pluma. Tampoco olvidaré decir que el hemistiquio *ofrió buena ôfrenda* ha podido ser dicho con diéresis en *ofrió*, y una sílaba más.

El códice E del *Silos*, con menos abreviaturas, más claramente escrito, y con algunas formas de lenguaje menos arcaicas, ofrece, empero, casos de parecida dificultad al lector moderno. En las coplas 531 a 536 (fotografiadas por Fitz-Gerald) se hallan estos hemistiquios:

- 7/1 como es de su natura
 7/1 salió dende el obispo
 5/1 abbades e prores (dos veces)
 7/1 dios sea ende laudado
 5/0 e una deidat
 5/0 la simple deidat
 7/1 los libros que signifiquen
 5/1 contar vos queremos.

No me detendré a decir cómo la ciencia de Hanssen o de Fitz-Gerald compone estos entuertos; algo he dicho ya.

Pasa otro tanto con los *Milagros* editados por Marden, con el *Alejandro* editado por Willis, el *Apolonio* por Janer, el *Fernán González* no retocado: los hemistiquios largos o cortos pululan. Y tal es el cuadro efectivo de la versificación de clerecía, en punto a la medida de los hemistiquios en los códices antiguos.

Ahora bien, este cuadro, en gran modo regular, pero con irregularidades, es el que los críticos de hace medio siglo se empeñaron en regularizar a fondo, mediante sabios e ingeniosos ardides.

Después de describir en la forma como Bello describe el alejandrino, Hanssen habló del verso de Berceo en la p. 5 de su *Formación del imperfecto* en estos términos importantes: "Además, el poeta tiene la libertad de suprimir la primera sílaba de los hemistiquios:

- (x) *Muchos son los padres* — que fiçieron tal vida
 (Silos, 61)
 Querrie partirse delli — (x) *ferse ermitaño*
 (Millán, 12)

Es decir que en 1894, Hanssen tenía en su cabeza la idea de una versificación de clerecía en que, como en la del arte mayor, el poeta podía *no contar sílabas cabales* y omitir sílabas débiles al comienzo de los hemistiquios. O sea, la "prokatalexis" de que hablará en *Zur spanischen... Metrik* (1900), que él aplicaba, pues, al verso de clerecía seis años antes que al de arte mayor.

Fitz-Gerald declara que “también tuvo él la misma idea al comienzo de su estudio de la *cuaderna vía* y antes de captar cuál es la regla fundamental de esta poesía” (*Versif. of the c. v.*, p. 94)

Pero Hanssen se retractó en 1896: Engañado por ciertas particularidades de los versos de arte mayor, he pensado en otro tiempo... que Berceo tenía la libertad de suprimir la primera sílaba de los hemistiquios. Este era un error... Todos los hemistiquios que tienen una sílaba más o una menos son viciosos y deben ser corregidos (en Berceo y en el *Apolonio*)” (*Sobre la conjugación del Libro de Apolonio*, 1896, p. 4).

¿Qué motivos tuvo Hanssen para cambiar de doctrina? La ventaja que para sus investigaciones le ofrecía el verso de 6/1-6/1 sílabas cabales y constantes. El lo declara así: “Al principio de mi artículo *Sobre la conjugación del Apolonio*, he retirado la opinión que tenía antes, de que Gonzalo podía suprimir la primera sílaba de los hemistiquios. Esa hipótesis traía una gran ventaja, pues con ella se evitaba la variabilidad de la prosodia de Gonzalo, que nos obliga a leer a veces *gloriosa, Dios, christiano, traydor, ay, muy, fuy, rey, sey*, etc., con diptongo; y a veces *gloriosa, Dios, christiano, traïdor, aï, muï, fui, reï, seï*, etc.; y numerosos hemistiquios, en los cuales no se nota otro defecto que la supresión de una sílaba, podían quedar intactos. Pero he abandonado la hipótesis, por no poderla poner en concordancia con los principios generales de la métrica románica”. (*Miscelánea de versif. cast.*, 1897, p. 21).

Y en esta misma obra, tras una clasificación de los poemas de Berceo, según los elementos leoneses que aparecen en las ediciones que él conocía, declara todavía en la p. 5: “Los hemistiquios de los versos de Berceo... que tienen una sílaba más o una sílaba menos son viciosos y deben ser corregidos”. En este estudio, bastante extenso, y uno de los más competentes del Maestro Hanssen, sugiere aún retoques a los versos de Berceo, de Juan Ruiz, y del Canciller Ayala, con miras a la regularización. Cede en esas páginas al prejuicio que atribuye perfección al lenguaje y la métrica de los primitivos, y propone restauraciones, él también, como De la Barra.

Reconoce que entre los 7.290 hemistiquios de los *Milagros* “hay algunos que, en la edición de Janer, tienen una o varias sílabas más de lo que les corresponde”. “Pero, añade, casi todos se pueden corregir fácilmente por pequeños cambios ortográficos... Los hemistiquios que presentan dificultades un poco más serias los he reunido

aquí, anotando las enmiendas que propongo" (p. 6). Los clasifica, en seguida, en dos grupos: *a*) 26 hemistiquios que juzga "defectuosos" y "que en ningún caso se pueden citar para probar que hay sinalefa", porque no presentan encuentros de vocales y para acortarlos hay que cambiarles palabras; y *b*) 18 hemistiquios "que se podrían citar para probar que hay sinalefa".

En verdad, Hanssen podría haber reunido muchos más, de ambas clases, y también cortos, con menos de seis sílabas protónicas. De los que Hanssen anotó, casi todos son largos también en la edición de Solalinde, cosa natural, puesto que Sánchez, Ochoa, Janer y Solalinde reproducen el mismo manuscrito, más bien que el códice desaparecido que copió Ibarreta. Pero algunos no son largos en la edición de Marden, que reproduce el códice de la Academia Española. En cambio, muchos hemistiquios regulares en Ibarreta son largos o cortos en Marden. Por esto, no anotaré aquí sino alguno de los 26 y 18 de Hanssen (35) y otros que él no quiso anotar:

Largos sin sinalefa posible (Milagros):

que paririe a Messía (copla 53)
 estava con grant querella (117)
 benedicta sea ella (130)
 contra la su magestat (144)
 los manzebos más livianos (155)
 ir contra Sancta María (157)
 preste, dime la verdat (224; en Marden sin *la*)
 do merecie seer levado (241)
 non sentía nul periglo (448. *Sentía*, de 1ª persona, vale de ordinario tres sílabas)
 si non, sería dañada (450. *Serie*, de 1ª persona, vale de ordinario tres sílabas. Ver el Cap. V)
 ca veo que me segudan (524)
 fuente de misericordia (526; acortable: *fuent'*)
 façer edificaçión (528)
 echadas desti logar (562; en Marden *deste*, que puede recortarse: *dest*)

(35) Hecho que habla de la competencia de Hanssen es que la mayor parte de las modificaciones que él

propone al texto de Janer se hallan verificadas en los de Solalinde o de Marden.

en la dueña por errado (571, en Marden: *el obispo por errado*)
 quando quiso despedirse (574)
 tan grant es cras como eri (584; acortabl: *com'*)
 essir el un peregrino (604; en Marden: *salir un...*)
 Señor, tu faz tanta graçia (693. Así en Marden. En Janer y Solalinde: *Señor fas tan de graçia*)

Largos acortables por sinalefa (Milagros):

buscando suso e iuso (copla 83)
 escripto es que el omne (91; acortable: *quel*)
 apareçiól' a un clérigo (105)
 quando ovo la Gloriosa (138)
 que en buenos e en malos (158; acortable: *quen*)
 quando a essir ovieron (185; en Marden: *salir*)
 la boca por qui essie (277; en Marden: *salia*)
 ca sabía que otro día (513)
 la que fué pora el mundo (515. En Solalinde: *para*.
 Acortable: *poral*)
 non avía alguna escusa (516)
 dízelo la Escritura (518; acortable: *dizel'*)
 tú acorrist' a Theóphilo (520)
 que era desesperado (520)
 tú acorriste, Señora (521)
 que todo el mundo fable (527; acortable: *todol*)
 como qui amodorrída (528; acortable: *com'*)
 yo a Dios me acomiendo (551)
 fo pora la abbadessa (560. En Marden: *para*. Acortable: *poral'*)
 onde estava assentado (560. En Marden: *posado*. Acortable: *ond'*)
 desende él pensarie (575; acortable: *desend'*)
 en caliente e en frío (584; acortable: *calient'*)
 enfogóse en la agua (595. En Marden: *en el agua*. Acortable:
enfogós')
 ricamente alliviado (578. en Janer y Solalinde: *ricament e alle-
 viado*. La *e*, conjunción, parece
 sobrar).

Cuando, delante de consonante, el acortamiento puede obtenerse por recorte de palabras que así se usan hasta en la prosa (ver el Cap. IV), la enmienda es de tipo diferente de cuando la supresión

de una vocal se hace *delante de otra vocal*. En este caso, Hanssen prefiere hablar de "elisión" en vez de "sinalefa"; el resultado es igual (ver el Cap. VI).

Cortos no alargables por diéresis (Milagros):

tiempo de quaresma (copla 56)
 oy en el día (62; aunque *hoy* valga 2 sílabas)
 d'un clérigo otro (116)
 entendió el bispo (512. Los críticos dicen: Error, por *obispo*)
 nunca en est sieglo (616. En Marden: *este mundo*)

Cortos con diéresis dudosa (Milagros):

era muy soberbio (67. *Muy* vale una sílaba en las coplas 86, 88, 90, y veinte más)
 a su bendición (499. *Bendición* vale tres sílabas en la copla 528 y otras)
 miraclos cutiano (503. *Cutiano* vale tres sílabas en las coplas 162, 220, y diez más)
 tomar la Gloriosa (533. *Gloriosa* vale de ordinario tres sílabas)
 vuestra religión (561. *Religión*, vocablo popular, tiene de ordinario tres sílabas)
 miraclo oyere (868. En Marden: el primer hemistiquio es el corto: *Bien creo que esti — miraglo qui oyere*)
 Yssieli por boca (112. *Yssie* vale ordinariamente dos sílabas)
 que traíen a pella (256. En Marden: *como a pella*)
 avien con él todos (355. *Avien* vale ordinariamente dos sílabas)
 avían mal querencia (378. En Marden: *grant mal. . .*)
 vivien segund regla (506. *Vivien* vale de ordinario dos sílabas)
 sería porfazada (513. *Seria*, 3ª persona, vale de ordinario dos sílabas)
 diçienles los omnes (892. *Diçien* vale de ordinario dos sílabas)

Los hemistiquios del grupo *b* de Hanssen son largos si se rechaza la sinalefa; cabales si se acepta. Cuando el investigador Hanssen se vió abocado a este callejón, debe de haber pasado un mal rato; porque el caso era de aquellos en que se sale de las llamas para

caer en las brasas. Si rechazaba la sinalefa tenía que aceptar el hemistiquio largo; y si quería sílabas contadas tenía que aceptar la sinalefa. Pero, con tal de no aceptar la sinalefa en Berceo, Hanssen era capaz de todos los heroísmos; y la rechazó de plano.

Los del grupo *a* son largos de suyo y en todo caso. Pues bien, para reducirlos a las seis sílabas protónicas, Hanssen los rehizo, suprimiendo, trastrocando vocablos. Y todo esto ¿por qué? Porque Hanssen en 1897 estaba dominado también por el prejuicio de la cabalidad. ¡Cuánto más sencillo habría sido atenerse a los hechos y reconocer que el verso de clerecía, tal como lo conocemos, toleraba la irregularidad! Sinalefa por excepción; hemistiquios cortos y largos por excepción.

El *Silos* de Berceo es el poema más antiguo, probablemente, de clerecía. De él subsisten dos códices en buen estado material; aunque del siglo XIV y no del todo coincidentes; pero bastante parecidos entre sí para servir de base a una buena edición como la de Fitz-Gerald. Pues bien, después de adoptar como fuente principal el códice E, y como códice también la edición de Vergara (acuerdo discutible), y de aplicar a la reconstrucción del poema todos los procedimientos ingeniosos de Hanssen y del editor, substituyendo lo que más convenía para llegar a la cuenta de 6 sílabas protónicas por hemistiquio, aplicando diéresis y apócope, no logró Fitz-Gerald producir una restauración total. En el texto así obtenido, el editor "no agregó nada a lo que se hallaba en los tres manuscritos, ni suprimió nada", como él lo expresa (p. xxviii); pero en la elección entre las fuentes dió preferencia a las variantes que realizaban "el metro en primer término, el ritmo después, la rima consonante en seguida, y también el sentido" (pp. xxix, xxx y lxiii y sig.). Esto equivale, naturalmente, a seguir normas predeterminadas. Por fortuna, el profesor Fitz-Gerald, siguiéndolas, hizo buena obra. No obstante, quedan en su edición 98 versos defectuosos (según el criterio de él), de los cuales 95 son largos o cortos (pp. xxxi a xxxix de su edición), y también otros que él no pone en la lista (coplas 28, 56, 57, 711, etc.). Pero en este centenar y más, la mitad son de esos que se componen fácil y lógicamente suprimiendo la vocal inicial o final a palabras o grupos de ellas (como *obispo, egleſia, evangelistero, epistolero...; sacerdote, fuerte, pudiente, fuisti, plaze, tiene, este, deste, ende, dende, ante, como, quando, qui lo, que le, te lo, que se, aviale, despidióse...*), que en otros versos y hasta en la prosa se hallan suprimidas.

Quedan, empero, bastantes casos que, para hacerlos entrar en el cuadro apetecido de las 6 sílabas, necesitan refacción más a fondo, cosa que nos apartaría demasiado de la realidad y nos haría entrar en la tendencia. Pondré ejemplos.

Cortos no alargables por diéresis (Silos):

toda humildat (copla 10)
 muchos son los padres (61)
 que los réfiriese (77)
 un año e medio (80)
 por un logar bueno (204)
 estas que tú vedes (238)
 el que dado ovo (252)
 fabló con el rey (268)
 fueron los miembros (555)
 el legado mismo (672)
 las preçes que fazen (718)
 fizieron grant daño (737)

Cortos con diéresis dudosa (Silos): (36)

Iohán avie nonbre (coplas 7, 337, 571, 748. Hanssen da tres sílabas a *I-o-hán*)
 avian aborrida (61. En el cód. H: *avien aborreçida*)
 de cirios cabdales (553)
 façíase él mismo (369)
 querrien lo veer (629. En el cód. E: *querrian*)

Largos sin sinalefa posible (Silos):

quando fué vangelistero (copla 44)
 guardarse de todo viçio (53)
 çerrásselis el camino (77)
 aún en mayor premia (81)

(36) Omíto la mayor parte de los cortos en que se ha discurrido diéresis para alargarlos. Incluyo el hemistiquio en que figura la voz *cirios*. Fitz-Gerald le da tres sílabas: *ci-ri-os*. Su teoría al respecto choca con muchos

casos en que ésta y otras palabras análogas tienen más bien diptongo en el grupo final *io*, porque, de no ser así, serían largos los hemistiquios. Ver el Cap. VII.

las noches en oraçión (217)
 convento bien ordenado (221)
 leales e derecheros (245)
 avia y un abbat sancto (266)
 las graçias menoscabar (387)
 el mayordomo fué bueno (460)
 graçias al confessor bueno (605)
 semeia la seca paia (617)
 tollóseli de los oios (685)
 en medio de la uzera (709)
 o por escarmentar otros (711)
 reçibrá mal galardón (731)
 de meter en farropeas (735)

Largos acortables por sinalefa (Silos):

ca luego así prendió (copla 9)
 leváronlo a la églesia (35. Largo también con *glesia*)
 sy en mi peccare otri (52)
 en un desierto estraño (56)
 María la Egipçiaca (57)
 non temerá el peccado (161)
 do sirva al que nasció (185)
 fasta que mi alma salga (247)
 mandó a los hosteleros (300)
 yendo de santo en santo (389)
 que ornen a los parientes (473)
 más que era deçebido (509)
 leváronla a los çielos (522)
 que aburrieron el siglo (525)
 un sábado a la tarde (558)
 laudado e gradesçido (595)
 a los pies la echaron (623)
 por toda aliende Sierra (730)
 denuestra al buen confessor (731. Aunque se diga *conféssor*)
 méti en nuestros corazones (771)

Fitz-Gerald cree que Berceo acentuaba *conféssor* (como en el nominativo latino) en los siguientes hemistiquios largos del *Silos* (*Ver-sification of the c. v.*, p. 95):

- entendió el confessor (325)
- que fazie est confessor (372)
- entendió dest confessor (390)
- menbroli del confessor (562)
- rogando al confessor (564)
- graçias al bon confessor (580)
- udió del bon confessor (592)
- a Dios & al confes or (600)
- por amor del confessor (601)
- fizo el bon confessor (611)
- salió el buen confessor (621)
- por amor del confessor (625)
- obró el buen confessor (634)
- laudaban al confessor (643)
- dixo el bon confessor (663)
- que el sancto confessor (671)
- vidieron al confessor (673)
- rendien al buen confessor (730)
- a Dios e al confessor (750)
- la gesta del confessor (754)

Pero cree también que acentuaba *confessór* (como en el acusativo) en este otro:

e por el confessor (72)

puesto que quedaría corto con la acentuación grave.

De los 20 anteriores, que, así, él tiene por cabales, los 9 precedidos de guión podrían serlo mejor con la elisión habitual: *entendiól*, *fizol*, *quel* . . ., o haciendo sinalefas, que tanto da.

También Berceo habría acentuado *démon* (como el nominativo latino) en

ende salió el démon (*Silos*, 62)

que non pueda el démon (*Silos*, 766)

Millán, disso el démon (*Millán*, 113)

que, si de cabalizarlos se tratase, también podría lograrse el resultado por aquellos medios.

En fin, este otro hemistiquio largo del *Silos*:

los libros que signifiquen (534),

tal como otros varios del *Sacrificio de la Missa* en que figura el verbo *sacrificar*, Fitz-Gerald, siguiendo a Hanssen, lo vuelve cabal

trasladando el acento: *signifiquen*. Pero en la *Missa* hay un hemistiquio cabal con el acento en la sílaba penúltima (Ver el Cap. V).

Prescindiendo de estas ocurrencias tan sabias como sutiles, y considerando que las palabras *confesór*, *demón* o *demónio*, eran populares, con acento ya fijado por el uso, lo que dificultaba el capricho sabihondo de los "clérigos latinistas"; y reuniendo en un haz todos los hemistiquios de medida irregular en el *Silos*, que pueden ser 60 y tantos; la irregularidad sería del *uno por ciento*, más o menos, en este poema. Cifra harto baja, por cierto; pero existente.

En el *Sacrificio de la Missa* los hay también y más frecuentes, de las mismas especies. He aquí algunos:

- 5/0 on deben rogar (37, *on* igual *ond*, *donde*)
- 5/1 fazen después desto (55)
- 5/1 que nin pues nin ante (58)
- 5/0 fincasse en paz (157)
- 5/0 o es nesçiedat (213)
- 5/1 de los dos que quedan (277)
- 7/0 hy offreçien el cabrón (7)
- 7/0 offreçe en el altar (59)
- 7/2 en el primero capítulo (97)
- 7/1 diçelis: Dios sêá convusco (292).

Y no es difícil hacer buena cosecha de hemistiquios largos o cortos en las demás obras de Berceo, pero no quiero insistir demasiado. Me contentaré ahora con entresacar algunos del *Alejandro*, que coincidan en lo esencial en sus dos manuscritos, tan diferentes y estragados que poco se prestan para hacer inferencias:

- 7/0 leche de mugier raféz (7)
- 7/1 que era el día nado (10. En cód. O: *reziente nado*)
- 7/1 a cabo de pocos años (15)
- 7/1 el padre, de siete años (16)
- 8/1 aprendie de las siete artes (17)
- 7/1 a maestre Nethanamo (19)
- 5/1 de los veinte años (21)
- 7/0 a omne obedeçer (26)
- 7/1 fiende la mayor por medio (cód. P. 262, Os. 256)
- 5/1 jaspes e dimantes (P. 271, Os. 261. Error quizá por *diamantes*)
- 7/0 de la loriga terlís (P. 567, Os. 555)
- 4/1 señor, si miento (P. 1.687, Os. 1.545)

5/1 esto que te digo (P. 1.687, Os. 1.545)

5/1 matava los puercos (P. 2.530, Os. 2.402)

Diez años después de haber formulado Hanssen en *Formación del imperfecto* aquella notable observación que he recordado antes, y de haberla renegado, volvió a medias al buen camino en el artículo *Sobre el metro del Poema de Fernán González* (1904), donde declara que "por medio de investigaciones posteriores ha llegado a otra teoría" (p. 4). Hace notar la facilidad con que López de Ayala pasa "sin regla y sin motivo visible" del alejandrino al octonario y viceversa; recuerda lo que tenía dicho desde 1900 acerca del arte mayor en *Zur spanischen... Metrik*; y suelta esta enorme verdad: "También en las estrofas que obedecen al esquema de la cuaderna vía, se puede ver que el poeta considera los grupos de siete sílabas y los de ocho como formas afines que se pueden reemplazar mutuamente" (p. 5). Y en seguida: "No necesita prueba ninguna la conocida verdad de que las coplas de cuaderna vía del Arcipreste (de Hita) constan en su mayoría de alejandrinos. Sin embargo, el texto conservado por los manuscritos pasa en muchas partes del alejandrino al octonario. Si antes hubiera habido lugar a duda, en vista de las lecciones de los manuscritos que conocemos por la fructuosa labor del señor Ducamin esa duda debería desvanecerse.

"Imposible es, por ejemplo, establecer el alejandrino en la copla 713:

Amigo, non vos durmades, que la dueña que dezides

otro quier casar con ella; pide lo que vos pedides.

Es ome de buen linaje, viene donde vos venides;

vayan ante vuestros ruegos, que los ajenos convides.

Parece que el Arcipreste también ha formado estrofas en las cuales el ritmo fluctúa libremente, entre el alejandrino y el octonario:

1162. Desque el santo frayre ovo Carnal confesado,

diol esta penitencia: que por tanto pecado

comiese cada día un manjar señalado,

e non comiese más; e serie perdonado.

1163. —El día del domingo, por tu cobdicia mortal,

combrás garvanços cochos con azeite, e non al.

Irás a la iglesia, non estarás en la cal;

que non veas el mundo nin cobdicies el mal.

1164. En el día del lunes, por la tu sobervia mucha,

combrás de las arvejas, mas non salmón ni trucha.
 Irás oyr las oras, non provarás la lucha,
 nin bolverás pelea, segund que la as ducha.

“Son “versos de romance” los hemistiquios 1162 a 2, 1163 a 2, 1163 c 2, 1164 a 2”. (pp. 5-6).

Pudo Hanssen añadir que el hemistiquio 1162 a 1, con sinalefa, es 5/1; y el 1163 b 2, sin sinalefa, es 7/0.

Después, pasando al *Bernán González*, entonces recién editado por Marden, añade: “El número de los hemistiquios que, conforme al texto dado por los manuscritos, son de ocho sílabas, es bastante crecido. La mayoría de ellos la convirtió Marden en hemistiquios de siete sílabas; pero confiesa en la página LII de la introducción lo siguiente: “A pesar de las muchas correcciones introducidas en nuestro texto, quedan todavía 143 versos que no caben en el metro alejandrino. . . De los susodichos versos irregulares algunos contienen, sin duda, hemistiquios que corresponden a frases enteras formadas de versos de romance o de hemistiquios de algún cantar de gesta”. Marden reconoce de este modo, en la teoría, la existencia de “versos de romance” en el original del poeta. . .” (p. 7).

Y, después de impugnar la sinalefa (que Marden acepta para los encuentros de vocales iguales: *a-a*, *e-e*, *o-o*), Hanssen concluye este largo investigar con estas saludables palabras: “Con claridad se diseña un episodio de la historia del alejandrino castellano. Gonzalo de Berceo empleó el alejandrino puro. . . En cambio, otros poetas dieron entrada al verso de romance, combinando los hemistiquios de ocho sílabas con los de siete” (p. 21). Ya sabemos que “8” y “7” en el lenguaje de Hanssen equivale a lo que llamo, con más claridad: 7/1 y 6/1. Y también que la reserva de Hanssen para Berceo es falaz: un puro porfiar para no ceder.

Y termina: “La índole de la antigua versificación castellana permitía tal combinación (de 6/1 con 7/1 y con 5/1): eso lo demuestra el verso de arte mayor y otros metros que he examinado en publicaciones anteriores a ésta.¹ Difícil es decir si la susodicha innovación se introdujo voluntaria o involuntariamente; pero, aunque en un principio haya sido falta de corrección, se debe suponer que después se haya convertido en licencia lícita e intencional. En todo caso, Juan Ruiz y López de Ayala proceden con premeditación al insertar es-

trofas formadas de versos de romance entre los cuartetos que constan de alejandrinos" (pp. 21-22).

Hanssen trató, pues, de salvar a toda costa la doctrina en que puso tanta pasión, siquiera en lo tocante a Berceo y al *Alejandro*. Y propició en 1904 la separación en dos grupos: poemas de clerecía de rígorosas sílabas contadas para éstos; y con oscilación silábica para los demás. La concesión es insuficiente; la realidad no le favorece. La edición del *Alejandro* por Willis puede convencer al más recalcitrante de los partidarios del alejandrino perfecto.

Ahora bien, este punto de partida, de que el verso del mester de clerecía no era siempre y en cada hemistiquio el alejandrino de 6 y 6 sílabas de marcha que se ha venido usando como agua regia para comprobar la pureza de los textos y para corregirlos, este punto de vista invalida no pocas de las inferencias que se han venido también haciendo sobre la prosodia (acentuación y silabeo) y la gramática de los siglos XIII y XIV. Puesto que no es fuerza que cada hemistiquio tenga 6 sílabas protónicas, algunos de los hiatos, diéresis, apóopes, etc., que proponen los refaccionadores no son indispensables, si el hemistiquio *suená bien* a pesar de sobrarle o faltarle sílabas para tal cuenta.

Quien mira desde el ángulo de la regularidad, atribuyéndole el mayor valor estético, juzga mejores los poemas o los pasajes en que la regularidad se cumple, o se vuelve enteramente al revés el juicio, pero sí se amplía cuando uno mira desde el ángulo en que las irregularidades son parte del mismo sistema de versificación, que admite cadencias, rimas, estrofas, que juzga el oído más bien que la cuenta del material objetivo de la palabra. La definición única y tradicional del mester de clerecía pasa a ser, entonces, sólo una parte del todo, la principal; pero que admite excepciones en cada uno de sus rasgos. Y desde ese momento, los problemas métricos, gramaticales, etc., se achican, se resuelven solos. El verso más largo o más corto que el normal pudo ser escrito por el poeta; no es quizá error de copia.

IV. PALABRAS RECORTADAS: APÓCOPE, AFÉRESIS, CONTRACCIÓN, SÍNCOPIA

Hecho curioso que se advierte, no ya sólo en los poemas de clerecía, sino en todos los códices antiguos castellanos, en verso y en prosa, es la forma recortada que adoptan ciertos vocablos; sustanti-

vos: *infant, princep, glesia, bispo, gent, fuent.* . . ; verbos: *val, plaz, yaz, diz, fiz, pon.* . . ; adjetivos y adverbios: *fuert, solament* . . . ; pronombre en posición débil: *dixol, diól, pesól, tornós, dióm.* . . ; curioso y desconcertante, porque, *al mismo tiempo* y sin concierto discernible, esos vocablos también adoptan, hasta en los mismos códices, la forma entera: *infante, príncipe, iglesia, obispo, gente, fuente, vale, plaze, yaze, dize, fize, pone dixole, dióle pesóle, tornóse, dióme.* . . Tales grafías recortadas se hallan en el *Cid* y el *Auto de los Reyes Magos*, como en los poemas de Berceo y sus contemporáneos, como en los *Anales Toledanos*, el *Fuero Juzgo* traducido, la *Estoria de los Godos* (trasladada del latín al castellano por su propio autor, el arzobispo Don Rodrigo, a ruego del rey Fernando el Santo) (37), el *Setenario* de su hijo, Alfonso el Sabio, las *Partidas* y demás obras atribuidas al mismo, la *Biblia Medieval Romanceada* (38), la *Gran Conquista de Ultramar*, el *Conde Lucanor*, el *Cavallero Zifar*, el *Cuento de Carlos Maynes y de la Emperatriz Sevilla*, etc. . . Pero, no sólo la frecuencia es menor en la prosa de las obras citadas, que en los versos de Berceo, sino la extensión de este uso, cuya competencia con las voces enteras no ha sido aún debidamente estudiada, me parece.

No se trata de abreviaturas, por lo menos en muchos casos; porque las abreviaturas de los códices eran indicadas casi siempre por los copistas con una raya horizontal sobrepuesta a las palabras, o puesta debajo o de otro modo o no puesta, y que los editores resuelven por analogía con otras palabras; y porque algunas de estas otras grafías recortadas se confirman como hechos fonéticos en las rimas, si no también en las cadencias. Cuando de éstas se trata, los críticos las ponen bajo los nombres de *apócope, elisión, aféresis*, . . . Y según que el hemistiquio esté falto de una sílaba o sobrado de una, los editores (no los paleográficos) cambian lo escrito: ponen éstas donde aparecen aquéllas, y viceversa, si es que no echan mano de otro procedimiento, para dar con las sílabas cabales que apetecen.

(37) Según De los Ríos, *Hist. crít. de la lit. esp.*, t. III, p. 421 y sig., el códice que se guarda en la biblioteca de la catedral de Toledo, del cual reproduce fragmentos y un litografiado, sería de mediados del siglo XIII, y en tal caso, uno de los pocos de esa edad. Fitzmaurice-Kelly, *Hist.*, 1926, p. 27, habla de "obra retocada por

otra mano". sin precisar más. No he encontrado cosa útil sobre esta importante *Estoria de los Godos* ni en Cejador, ni en Hurtado y Palencia, ni en Valbuena Prat.

(38) Ver en este *Boletín*, tomo IV 1944-46, p. 272, las observaciones del Dr. Rodolfo Oroz sobre este punto del *Vocabulario* en la mencionada *Biblia*.

Se justifican diciendo que el texto está adulterado; pero cuando las sílabas protónicas son 6, aceptan de buen grado todo lo que hallan, entero o recortado. En verdad, no se sabe hasta qué punto las voces recortadas o enteras sean obra de los copistas, puesto que códices del siglo XIII casi no existen.

A) *Apócope*

El recorte de los vocablos era, pues, ciertamente, una modalidad del antiguo castellano. Pero, cabe preguntarse: Cuando un copiante del siglo XIV (y posiblemente también del XIII) escribía *est día, est año*, ¿qué quería representar? Hoy nosotros le leemos *fonéticamente*, pero ¿es posible que él escribiese sólo una aproximación. Sobre todo, delante de vocal, el recorte puede esconder una sinalefa, en vez de una elisión. Y aún delante de consonante puede haber existido una vocal débil, que no se escribía para evitar complicaciones, vocal débil que habría sido el puente entre las grafías enteras y las recortadas. El uso inconstante y disparejo parece sugerir esta explicación. En los mismos códices, los mismos copiantes escriben *este día y est día, este año y est año*, o casos análogos.

El copiante del códice E del *Silos* y A del *Millán, Oria*, y los *Milagros*, ya lo sabía, y quizá por eso completa las voces, en el supuesto, agradable a Hanssen, de que el original copiado las tenía recortadas. La misma insistencia que ponen Vergara, Ibarreta y el códice H en recortar palabras cuando el hemistiquio sería largo sin el recorte, la misma ponen E y A en escribir voces enteras, produciendo hemistiquios largos. No sabemos, pues, hasta qué punto las formas incompletas se debe al poeta o a sus editores.

Tiene gran papel esta modalidad del castellano arcaico en los poemas de clerecía, porque determina la cabalidad o bien la irregularidad de muchísimos hemistiquios.

De estos diversos casos de palabras recortadas, el que llaman "apócope" es el más importante, por el número de palabras que comprende y el uso más general.

Las grafías recortadas por el cabo final se hallan con mucha frecuencia en la parte *pre-tónica* o cuerpo de los hemistiquios; con poca frecuencia en el reposo rimado del segundo hemistiquio; y casi nunca en el reposo no rimado del primero (cesura). Esta diferente frecuencia merece también atención, porque demuestra que, si bien algunas de estas palabras recortadas pueden ser abreviaciones o errores del copista, las más provienen del poeta; el cual, cuando escribía en li-

bertad (cesura), empleaba palabras enteras, y cuando la rima o el ritmo, y quizá la medida, le pedían abreviar, acomodaba las palabras a su abor. En otros términos, aprovechaba cierta posibilidad de la lengua de entonces, que, al parecer, vacilaba de boca a boca, y aun en la misma persona, según las ocasiones, para ritmar, medir y rimar con mayor facilidad.

Pero, el empleo de este recurso no sólo tiene extensión diferente, según el sitio del verso (cuerpo del hemistiquio, rima, cesura), sino también según el poeta (39). Berceo, que mucho más que el autor del *Alejandro*, o del *Apolonio*, o del *Fernán González*, fué un "alejandrismo", quiero decir: estuvo, según los textos, más cerca de realizar el verso de 6/1-6/1 sílabas, emplea abundantes vocablos recortados en el cuerpo del hemistiquio, pero pocas veces en la rima o en la cesura. Juan Ruiz (y podría añadirse Sem Tob, su cuasi contemporáneo) los emplea limitadamente y casi los mismos en el cuerpo del hemistiquio, y en la rima, pero rarísima vez en la cesura. López de Ayala reduce aún el número en los sitios cuerpo y rima, y si se quiere, los aumenta en la cesura, donde el recorte es inútil.

Además, muchas otras palabras con estructura semejante a la de las que a veces han sido recortadas, no sufren recorte en ninguna posición ni en ningún poeta. He hallado siempre enteras: *sabe, sale, falle, nace, debe, acomete, beve, olvide, vive, sigue, puede, suele, muere, pierde, enciende, atiende, pariente, miente, triste, alcance, salve, aprende, mete, dure, preste, monge* . . . El uso de recortar algunas puede estimarse, por lo tanto, como bastante limitado.

En las rimas, Berceo ofrece los siguientes ejemplos:

1º *Viçent, gent* (adjetivo), *omnipotent, cosiment* (*Silos* 271); *argent, solament, present* (sustantivo) (*Silos* 364), así escritas en uno de los códices del *Silos* y adoptadas por Fitz-Gerald; y *firmemente, omnipotente, aturadamente, gente* (sustantivo) (*Silos* 392); *yxiente, yente, buenamiente, oyente* (*Silos* 565), así escritas en uno u otro y adaptadas por el mismo editor. En los otros poemas de Berceo las hay también terminadas en *-ment*: *orient, Lorent, falliment* (*Millán* 3, *Laurençio* 1); *obedient, buenamient* (*Millán* 90, *Missa* 219); *denoda-*

(39) Y de códice a códice. El del *Alejandro* de París (lo mismo que el AF de Berceo), resuelve gran número de este tipo de abreviaturas, en comparación con el de Madrid, escribiendo enteras las palabras. Pero, ni el uno ni el otro códice cumplen la pro-

mesa del poeta de versificar "a sílabas contadas qu'es muy gran maestría". El número de hemistiquios largos o cortos es crecido en el *Alejandro*, aun después de hacer correcciones según los dos códices o tres.

dament, desobedient (Millán 290); *aveniment, verament* (Milagros 1); *talent* (Milagros 365); *piment, maravillosament, escarniment* (Milagros 699).

2º *diz* (Silos 619, en rima con *peccadriz, Madriz, feliz*).

3º *plaz* (Silos 772, *Missa* 157, *Oria* 67, en rima con *paz, assaz, faz* (sust.), *solaz, iaz, az*).

4º *fiz* (1ª pers.) *Millán* 19, en rima con *maiz, Madriz, nodriz*).

5º *yaz* (*Missa* 157, 294, en rima con *solaz, assaz, paz*).

6º *nodriz* (Millán 19, en rima con *raiz, Madriz, fiz*).

7º *val* (sust.: valle) (Millán 27, 469, en rima con *natural, matal, ostal, tal, sayal, cobdal*).

8º *val* (verbo: vale) (*Missa* 81, 122, 131; *Laurençio* 45; *Juiçio* 58; *Milagros* 385, 551, en rima con *çelestial, igual, perennal, atal, spirital, rostroial, general, plural, mal, arenal, al, tal, infernal, Sant Marzal, mortal, ostal*).

9º *plan* (Silos 334, en rima con *Sant Millan, satan, can*).

10. *man* (*Duelo* 159, en rima con *Iohan, pan, affan*).

11. *credist, conçebist, parist, abrist* (Milagros 119).

12. *quemant, infant, delant, pesant* (Milagros 324).

Los casos 2º a 10 enseñan más que los otros, porque las palabras dispares con que consueñan aseguran la pronunciación recortada del poeta. El sonido que omitía es casi siempre *e* pero en *nodriz* parece ser *a*, y en *plan* y *man*, *o*. De lo que puede inferirse que había cierto parecido de timbre entre las tres vocales, o suma debilidad de articulación.

En la cesura no he hallado recortada más que *val* (verbo) en *Silos*, copla 446, código E, según Fitz-Gerald; pero que H y V escriben *valle* y *vale*, con todas sus letras.

En el cuerpo del hemistiquio se hallan las ya enumeradas y muchas más. Fitz-Gerald da una lista de las que él y Hanssen llaman "apócopos", encontradas en el *Silos* (pp. 54-55 de su *Versification of the cuaderna via*):

adur (aduro = apenas), allend, allent, bel, com, cosiment, delant, dend, desend, deyus (deyuso), dient, diz, dulz, en, end, ent, es, est, estonz, exist, faz, fecist, fiz, fizier, fuent, fuert, fuist, fust, Garci, gent, yent, humil, iaz, yaz, infant, luen (lueñe), maguer, dulcement, durament, fierament, lealmient, luengamient, much, ond, plaz, porond, present, prez, princep, prudient, quant, quier, Ricart, roman, sacerdot, Servan, sofrist, suert, tant, val, vent (veinte), Viçent, vin (vine), yus (yuso).

Incluye Fitz-Gerald en la misma lista los casos de pronombres personales enclíticos apegados en la escritura a los verbos o a *non*, *nin*, *qae*, *como*, . . . (y que Marden clasifica como casos de "enclisis", pp. XLII de la Introducción de su *Fernán González*): Acusativo masculino *le* o *lo*: *començól*, *fazial*, *nol*, *pesól*, *quel*, *sacól*, dativo *li* (o *le*): *andával*, *cómol*, *contesciól*, *dával*, *díxol*, *echól*, *fiçol*, *nil*, *nol*, *quel*; reflejo *se*: *quis*.

Vale la pena hacer notar nuevamente que estas palabras recortadas en ciertos casos, se hallan enteras en otros.

De éstos casos de sedicente "apócope", Marden cita (p. XLIII) como existentes en el *Fernán González*: *diól*, *omillom*, *quándol*, *nom*, *not*, *nos*, *nol*. Pero, declara en la página anterior: "La apócope de cualquiera vocal de las palabras castellanas es muy rara en los manuscritos del Poema. En el texto *restaurado*, la *a* se apocopa (o la recorta Marden, que sería más exacto) *cuando lo exige el metro*; etc. . . ." En efecto, los casos anteriores son en el manuscrito: *dióte*, *omillome*, *quando lo*, *non me*, *non te*, *non se*, *non le*.

Hanssen había tratado esta materia con amplitud y mucha ciencia en su *Miscelánea de versificación cast.* (1897), pero a base de la edición de Janer (pp. 11-18 del folleto). No es cosa de resumirla aquí. Y si la resumiese, el resultado sería el mismo.

Debo hacer notar, sin embargo, que, como Hanssen repudiaba la sinalefa, y aceptaba la elisión con limitaciones, y el hiato en forma universal, no da bastante importancia al hecho de que a menudo las dichas apócopes se presentan delante de vocal. En el *Silos* (edición de Fitz-Gerald), las voces en *-ment*, recortadas en el cuerpo del hemistiquio, están siete veces delante de vocal (coplas 22, 396, 415, 422, 475, 524, 654); dos delante de consonante (coplas 356, 361); y hay un caso dudoso (c. 464), debido al orden de las palabras en el códice H. Aquellos siete casos podrían ser, pues, más bien que apócopes, elisiones o sinalefas. Pero en esto Fitz-Gerald es discípulo de Hanssen. (Ver p. XII de su *Versification of the c. v.*: "My indebtedness to Professor Hanssen's numerous treatises is patent on every page of this study, and it is a pleasure to acknowledge it here"). Y su texto está preparado en este caso, como en *todos los otros*, dando preferencia, entre las grafías de los dos códices (E y H) y la edición de Vergara, a las que, *recortadas*, hacen disminuir una sílaba al hemistiquio de 7/1. Los códices E y H, con gran frecuencia, dan palabras enteras; la edición V., seguida por Sánchez, Ochoa y Janer, es la que

recorta a menudo. Por ejemplo, aparece *dest* en el *Silos* de Fitz-Gerald ocho veces; ninguna de las cuales está justificada por E o H, que escriben *destè*, *desti*. Con la voz *ende*, 14 casos, escrita *en*, *end*, *ent*, ocurre otro tanto. También en algunos de éstos el recorte va delante de vocal, y un lector desprevenido no está seguro de que la "apócope" no sea más bien elisión o sinalefa.

Hay, empero, casos como el de *diz*, que aparece quince veces delante de consonante, siete delante de vocal, y una en la rima, en que los códices parecen ceder al recorte, de preferencia delante de vocal o de pausa, si bien generalmente dan *dize*, *dixe*, *dixo*.

Sin la idea preconcebida de llegar por cualquier medio a las 6/1 sílabas y de producir el hiato absoluto, el número de palabras recortadas podría, pues, disminuir en los textos de Berceo; pero no desaparecerían todas; habría que hallarle una explicación al procedimiento. Pues bien, al parecer el recorte de vocablos se hacía, más bien que para realizar un verso de sílabas contadas y cabales (puesto que el uno por ciento de los hemistiquios de Berceo es 7/1 o 5/1), *para realizar una cadencia agradable al oído del poeta*, con un material lingüístico que le ofrecía la doble posibilidad de poner palabras enteras o recortadas.

He dicho ya que el códice A de los *Milagros* no recorta, en general. Por lo mismo, muchos hemistiquios que en Ibarreta, Sánchez, Janer, y Solalinde, tienen 6 sílabas protónicas, en A tienen más. He aquí unos pocos para ejemplo, ya que holgaría una larga lista; y entre paréntesis, el texto de Ibarreta y Janer:

- Copla 84. sy se murió o lo mataron. (sis murió ol mataron).
 85. de deleyte bien vaçío. (deleit).
 91. el pleyto del Evangelio. (pleit).
 124. apreçiolí la madre. (apreçiol).
 135. sopisti para ganarla. (sopist pora).
 202. non vos puede vuestra parla. (puet).
 532. de caer en esse lazo. (es).
 552. fue para el diversorio. (fo poral).
 560. levantose el obispo. (bispo).
 571. tóvose en la dueña. (tóvos el obispo).
 590. a la otra parte passada. (al otra part).
 595. uno de los peregrinos. (un de los).
 615. dulçemente la finaron. (dulçement).
 867. fuente perenal es ella. (fuent).

He elegido casos en que el recorte del texto de Ibarreta no puede interpretarse como sinalefa.

No se ha hecho el recuento de las palabras recortadas que aparecen en el *Alejandro*; pero la impresión que me ha dejado la lectura en la edición de Willis es que los recortes son menos abundantes en este poema que en los de Berceo. No recuerdo haber encontrado *sacerdot*, *princep*, *titol*, *roman*, *semient*, *argent*, *fuent*, *gent*, *suert*, *dient*, *deleit*, *pleit bispo*, . . . *fuert*, *dulz*, *humil*, *omnipotent*, . . . etc. En las rimas, las palabras terminadas en *ente* están enteras: *omnipotente*, *oriente*, *occidente*, *igualmente*, *recreyente*, *altamente*, *gente*, *caliente*, . . . (cód. P, 262, 761, 2.534; Os., 256, 734, 2.406) E. Estas y las en *ante* están escritas una que otra vez in la *e* pero con un soberrrayado que indica la abreviatura del copista.

Recortadas, he anotado: *dis*, rimando con *rais*, *naris*, *enperadris*, *çervis*, *terlis*, *perdis* (P. 355, 567, 773; Os. 347, 555, 746); *plas*, rimando con *fas*, *pas*, *has* (P. 556; Os. 544); *val*, rimando con *natural*, *ornal*, *tal*, *enperial*, *comunal*, *ál* (P. 42, 274; ausentes en Os.; *vale* se halla en las 44, 91, . . . de P.); *gentilés*, *aborrés*, rimando con *niñés*, *pres*, *rafés*, *ves* (P. 7, 53; Os. 7, 49).

En las cesuras, recortadas sin objeto, porque también aparecen enteras, he anotado: *quisier* (Os. 3; no en P.; y P. 74, 81, . . . Os. 59, 71, . . .); *dier* (Os. 64; pero *diere* en P. 61); *yaz* (Os. 2.434; pero *yase* en P. 2.562), etc

En el cuerpo del hemistiquio, antes de vocal y de consonante, se hallan: *infant* (P. y Os. 8, 14, 15, 20, 23, . . .); *yas* (P. y Os. 11); *val* (P. 81, Os. 71, . . .); *convien* (Os. 14; pero *conviene* en P. 14); *sopiés* (Os. 26; pero *sopiése* en P. 26); *veint* (P. 21; no en Os. 21).

Como los recortes de substantivos y verbos no son frecuentes, falta la paciencia para hallarlos. Pero los de pronombres son menos escasos, en ambos códices, sin llegar empero a la frecuencia de en el *Silos*. He aquí algunos: *metiól* (Os. 5), *ival* (P. y Os. 12), *diól* (P. 16; *diólo* en Os.), *quel* (P. y Os. 16), *sil mas* (Os. 18, *si mas le* en P.), *nol* (Os. 19, *non se le* en P.), *pesól* (P. y Os. 20), *despeñól* (P. 20, *despeñós* en Os.), *camiósle* (P. 23, *cambiósle* en Os.), *fués* (Os. 23, *fue* en P.), *comies* (P. 24, *comia* en Os.), etc.

Otros casos son meras elisiones o sinalefas o contracciones: *quisierdes* (Os. 1, no en P.), *menster* y *mester* (Os. 1 y 2, *menester* en P.), *aprendrá* (P. y Os. 3), *pecármos* (Os. 4, *pecáremos* en P.), *todel* (Os. 5, *todo el* en P.), *estinfant* (Os. 8, *este infant* en P.), *todol* (Os.

8 y 19, *todo el* en P.), *todesto* (Os. 10, *todo esto* en P.), *yas esto* (P. y Os. 11), *conquerrá* (Os. 13, *conquistará* en P.), *veré* (P. 24, *veeré* en Os.), etc.

Este aspecto del silabeo, con vocales presentes o ausentes, a voluntad del versificador o del copiante, es igual —matiz más, matiz menos— en el *Apolonio*, el *Fernán González* y el *Ildefonso*. En las rimas o en el cuerpo del hemistiquio: *diz, fis, plaz, val, perdón, Alfón, . . . nol, ques, fiçol, quen, púsol, . . .* (*Apolonio*, 3, 10, 17, 18, 21, . . . ; *Fernán González*, ed. Marden, 65, 122, 268, 370; *Ildefonso*, p. 323, 1; p. 324, 1 y 2); pero también: *fiço, dexóle, este, téngolo*, etc. (*Apol.* 3, 4, 5, 11). En las cesufas, por excepción, *diz, val, saludól e preguntól*; pero también *muerte, corte, yaze, fese, dize, deste, gente* (*Fernán González*, 30, 58, 111, 140, 286, 344, 368).

Un siglo después de Berceo, Juan Ruiz hace otro tanto, pero en menor escala. Nunca rima terminados en *—ente, —ante, —iste*, recordados, como Berceo; antes bien, enteros (coplas numeración de Ducamin y Cejador: 1.178, 1.438, 1.520, 1.542, 1.556, 1.557, 1.559, y muchas otras). Rima a veces, sin embargo, al modo de Berceo, *iaz, faz* (faze), *plaz* (que, al parecer, los códices escriben *ias, fas, plas*) con *solaz, paz, catat, vollaz, agraz* (c. 14, 482, 889, 898, 1.318). Rima *fiz, diz*, con *raiz, Juan Ruiz, codorniz, yz, Melón Ortiz*, (c. 19, 881). Rima, además, *conbid, pid*, (convite, pide) con *ardid, lid, id, decid* (c. 52, 1.079). Rima *pon* (pone) con *Catón, coraçón, razón, non, gualardón, confesión, saçón* (c. 44, 315, 362). Rima *val* (vale) con *atal, criminal, mal. ál, comunal, coytral, portal, cal, caudal, perenal, tal* (c. 357, 553, 756, 973, 1.683). Rima *tien, mantien, detien, vien, avien, convien* con *bien, quién*, y con ¡ojo! *fazien, dezien* (c. 110, 737, 759, 851, 1.543, y 1.309, que es la más valiosa, porque puede juntarse con la 148 de la *Vida de Santa Oria*, señalada por Hanssen para comprobar su teoría del “diptongo *ie*”, v. el Cap. V). Rima todavía Juan Ruiz *duz* (dulce), *aduz* (aduce) con *andaluz, marfuz, cruz, luz*, (c. 115-120, 1.055, 1.639); y *quier* (quiere) con *perder, aver, muger* (c. 468); y *pud* (pude) con *juventud, Calataút, salut, virtud, laúd, Ascut* (c. 582, 911, 1.511); y *rasonar*, (razonare) con *prestar, fablar, dar* (c. 679). Pero no he encontrado rimas de *plan* ni *man*, ni de *gentilés* ni *aborrés*.

En la cesura, rara vez se hallan en los versos de Juan Ruiz palabras recortadas; antes bien, las mismas que recorta en algunas rimas aparecen enteras en este sitio de libertad y pausa: *yaze* (c. 16, 17,

18, 281, . . .), *faze* (c. 156, 256, 468, 497, 514, . . .), *fiso* (1.503), *dize* (c. 66, 111, 164, 276, 295, 418, . . .), *pone* (c. 357), *pide* (c. 333, 338, 350, 525, . . .), *tiene* (c. 208, 222, 229, 366, 381, . . .), *mantiene* (c. 157), *viene* (c. 653), *tiene* (c. 229, 1.416, 1.434), *quiere* (c. 316, 552, 560, *dulce* (c. 1.614); o bien en otras rimas: *faze*, *yaze*, *plaze*, *enlaze* (c. 534, 1.042, que deben compararse con la 372); *compone*, *trastorne*, *pospone*, *pone* (c. 379); *tiene*, *conviene*, *mantiene*, *viene* (c. 225, 385, 885); pero se halla *quier'* (c. 74), *plaz'me* (915), contra *plázeme* (421), etc.

En el cuerpo del hemistiquio se advierte la misma inconstancia y variedad de formas, y también se hallan varios de los otros vocablos recortados, de las obras de Berceo, aunque con menor frecuencia. En la edición de Cejador se emplean apóstrofos para indicarlos. Pero, obedeciendo al doble prejuicio de las 6/1 sílabas cabales y del no empleo de la sinalefa (que, cuando se trata de Juan Ruiz, es yerro rehusarla: p. XXX del t. I), Cejador pone apóstrofos a veces inmotivados. Sin hacer un catálogo de voces recortadas, en una simple mirada se nota que el número de substantivos y adjetivos de tal especie es menor en Juan Ruiz que en Berceo. Pero el recorte de pronombres sigue copioso; aunque la duda es mayor de que tales grafías correspondan a hechos fonéticos. Y para no afirmar sin comprobar, he aquí algunos casos anotados sin propósito preconcebido:

1º Apóstrofos que son o pueden ser simples elisiones, delante de otra vocal, o sinalefas: *d'amor* (1.338), *d'agraz* (907), *d'un* (907), *d'aqueste* (1.701); *qu'el* (265, 1.591, 1.623); *com'a* (1.452), *como'l* (197); *l'alma* (212), *l'oyere* (1.627); *t'asañes nin t'aires* (908); *poc'a poco* (916); *tod'el mundo* (1.440); *conbidó'la* (1.370); *dezir t'he* (34); . . .

2º Recortes de pronombres delante de consonante: *diól* (1.373), *ofreciól* (27), *abriól* (900), *sacól* (253), *dixol* (1.431, 1.456), *dixom* (61), *fízol* (266), *ruégal* (43), . . . ; *que l'cunple* (206), *que l'sacase* (253), *que s'pegan* (219), *no l'quiere* (212), *non l'fue* (227, 238), *quando l'colgó*, (261), *nunca l'digas* (924), . . .

Estos recortes no son sistemáticos, puesto que también se hallan: *dióle* (271, 1.370), *respondile* (61), *otorgóle* (1.457), *enbióme* (91), *partime* (106), *fisole* (1.457), *diselo* (44), *contávalo* (92), *dixéronle* (93), *posiéronle* (94), *tómelo* (1.629), *fállanse* (81), *omillome* (1.331), *levómelo* (910), . . .

3º Recortes de formas verbales: *iaz* (543), *faz* (156, 157, 304, 1.293, 1.408, . . .), *diz* (64, 82), *fiz* (84, 1.317, 1.508, 1.631, . . .), *vin* (974), *val* (valle y vale, 1.245, 1.622), *fues* (193), *ayunav* (1.621), . . .

Pero, también: *yaze* (16, 18, 69, 1.379), *faze* (97, 143, 1.286, 1.408), *dize* (69, 80, 105), *fize* (92, 215, 996, 1.507), *fizo* (103, 118, 132, 1.458, 1.508), *vine* (1.305), *vale* (487), *fuese* (194), *ayunava* (1.621).

En los *Proverbios de Sem Tob*, el examen de las rimas es aún provechoso. Riman enteros entre sí: *yase*, *fase*, *plase*, *aplaste* (Coplas 65, 70, 101, 109, 168, 218, 391, 598, 606, 614, 628, 650); y recortado: *fas*, de *fase* (345, 671) y de *fases*, 2ª pers. (375) con *pas* (paz). También: *tiene*, *sostiene*, *mantiene*, *viene* riman entre sí (222, 264, 343, 346, 362, 454, 481, 547, 648, 675); y *tien*, *mantien*, *vien*, *convien*, riman con *bien*, *también* (90, 133, 134, 135, 137, 139, 240, 242, 371, 428, 579, 581, 602, 608, 625, 654). Riman también entre sí: *vale*, *sale* (362, 619); y *val* (vale), *val* (valle) riman con *cabdal*, *tal*, *cimental*, *spiritual*, *ál* (310, 312, 344, 470, 544). Rima aún *vala* (por *vale*) con *mala* (387), caso que puede ponerse al lado de *far* y *fer*, *piadat* y *piadat*, etc., en que se confunden *a* y *e*. Riman también *quiere*, *quisiere*, entre sí (412); y *quier* con *ver* (322). Todavía: *gente*, *mente*, *contente*, *ciertamente*, *largamente*, *pariente*, entre sí (125, 213, 409, 413, 512); y *dise*, *fise*, también entre sí (443).

Queda López de Ayala; porque Berceo, Ruiz y Ayala son ciertamente los mayores poetas castellanos de los siglos XIII y XIV; y muestran, en punto a métrica, tres momentos: mocedad, madurez, vejez, en la evolución del mester de clerecía. Aunque media un siglo entre Berceo y Ruiz, y sólo la mitad de uno entre Ruiz y Ayala, este poeta está más lejos de Ruiz que Ruiz de Berceo, en versificación, y hasta en lenguaje. Con su alejandrino de medida más oscilante que el de Berceo, Ruiz hizo (dejando aparte los metros líricos) *cuartetos* solamente, como su predecesor. Ayala, como lo he recordado en el Cap. II, hizo, además, sextetos rimados *aaabab*, y dió oscilación más frecuente, de 5/1 a 8/1 a su alejandrino. Al principio del poema (que parece ser parte más antigua que la final) admite más fácilmente que al fin palabras recortadas. Hay rimas de *val* (*vale*, *vala* y *valle*, 7, 77, 394, 432, 1.084, 1.130, 1.150, 1.366, 1.431, 1.590), *fal* (*fala*, *falla*, 77, 85, 394, 1.112) *fas* (*face*, 296), *yas* (*yace*, 273, 1.533), *plas* (1.533), *pon* (1.527). Y los mismos vocablos y algunos otros: *dis* (254, 291, 292, 299, . . .), *fis* (20, 321, . . .), *convien* (319, . . .), *entendier* (7), *fisier* (175), . . . en el cuerpo del hemistiquio y hasta en la cesura. Este uso está equi-

librado por el de palabras enteras, las mismas en todas posiciones: *fase*, *place*, *amenase* y *dise* (!) riman en la copla 1.288 (40).

El lenguaje de Ayala es menos brillante que el de Ruiz, pero sin los balbuceos frecuentes de éste o de Berceo. Claro y recio, como cuadraba al militar y político que fué, y tan elevado y sincero como el del Arcipreste, con menos fantasía, en las partes líricas. Si dejamos aparte a Sem Tob (nuestro Omar Jayyám), y unos cuantos pequeños poemas o pasajes de las obras de Santillana, Mena, Jorge Manrique sobre todo, y Alvarez Gato, Juan del Encina, Gil Vicente, famosos e inolvidables, hay que descender hasta Garcilaso para encontrar versos bien forjados, después de aquellos "huelos", como ellos decían. Ayala está, pues, en la confluencia de lo arcaico y lo moderno; hace sonar por última vez la trompa del mester de clerecía, y más que cualquiera de los otros da importancia a las *silabas no contadas*.

Un hecho se destaca con evidencia en esta larga comprobación del recorte de sílabas finales: que los únicos recortes ciertos son los que están atestiguados por las rimas con palabras dispares; y éstos comprenden sólo un pequeño grupo de voces, que perdían inconstantemente una *e*, por excepción una *a* o una *o*. Estas palabras no son más de unas diez frecuentes, a saber: *diz* (dice), *fiz* (fice, fizo), *faz* (face, faces), *plaz* (place), *yáz* (yace), *val* (vale, valga; porque el sustantivo *val* parece ser forma original: *Valdepeñas*, *Val de Rueda*, . . .), *tien* (tiene, y compuestos), *vien* (viene, y compuestos) *duz* (dulce), *quier* (quiere, quiera); y unas quince excepcionales: *nodriz* (nodriza), *plan* (plana), *man* (mano), *gentilés* (gentileza), *aborrés* (aborrece), *perdón* (perdone), *Alfón* (Alfonso), *adus* (aduce), *conbid* (convite), *pid* (pide), *pon* (pone), *pud* (pude), *rasonar* (razonare), *fisier* (ficierre), *entendier* (entendiere) (41).

Otras pocas palabras, lo pronombres personales (dativos, acusativos y reflejos, particularmente *le*, *lo*, *se*), han podido también sufrir el recorte, pero no existe la certeza, pues el control que los críticos han creído hallar en el número de sílabas de los hemistiquios es ilusorio. En muchos casos puede tratarse de sinalefas, más bien que

(40) Repito que no he podido estudiar con pausa la edición de Kuersteiner, la única completa y fiel. Las observaciones de arriba se basan en la de Janer y son más provisionarias que todo cuanto he dicho de los otros poetas

(41) Hanssen menciona, además, *quis* y *vin* (*Revisión del probl. del imperf.*, pp. 15 y 16) y piensa que la *e* de *quiere*, *valle* y *diente* se deben a analogía con *quieren*, *valles*, *dientes*.

de elisiones; en otros, delante de consonante, simple uso de copistas, sin realidad fonética, *cuando la cadencia no lo pide ni justifica*.

Por consiguiente, este fenómeno lingüístico, de que los copiantes antiguos dan noticia suprimiendo vocales en la escritura, no es ni simples abreviaturas, ni el mismo hecho de que hablan nuestros gramáticos bajo el nombre de "apócope". La apócope de los gramáticos es estable y sin retorno. Cuando se adquirió la costumbre de decir *bon o buen, mal, grand o gran, primer, sanct o san*, etc., el recorte fué sin regreso a las formas enteras. Las apócopes son formas sintácticamente débiles, de adjetivos y de adverbios, principalmente. Tras Bello, Hanssen estudió esto con gran competencia en *Miscelánea de versif.*, § 4. En las abreviaturas, generalmente de consonantes o de sílabas consabidas que el copista ahorra con un trazo (y a veces olvidaba indicar), el sonido vivía y vive; en las apócopes, no escribía la vocal o la sílaba, y el uso subsiguiente confirma la muerte del elemento suprimido. Son dos extremos: vida oscura y muerte clara. En los hechos que llamo recortes se trata, al parecer, de un matiz intermedio: vocales extra-débiles, volátiles, que ora se podían hacer figurar como sílabas, *con valor de un tiempo*; ora silenciarse, *sin tiempo en el ritmo*. Pero, "sin tiempo en el ritmo" no es cosa idéntica a "sin existencia ninguna". Creo que cuando el copista del H del *Silos* escribió *dest fecho* (copla 219) y su contemporáneo *deste fecho*, y al revés: H *non le serie* (copla 466) y E *nol seria*, fué porque no encontraron mejor modo de transcribir este fenómeno de que *la vocal era extra-débil*, optando entre dos excesos: el de suprimirla del todo o el de escribirla como las otras. No creo pues que los hemistiquios respectivos deban leerse *sin las vocales pertinentes*; pero sí, *sin otorgarles tiempo* en el ritmo. Hay que pasar sobre ellas rápida y suavemente, sin apoyar la voz, como entre dientes; pero sin anularlas.

Eso de vocales sin tiempo en el ritmo es cosa difícil de ejecutar, y quizá de entender, para los castellanos de hoy, cuyas cinco vocales, claras, enteras, sin desmayos, son el trasunto de su genio; pero, las vocales sin tiempo o con valor de dos tiempos para tres vocales, son el abecedario en otras lenguas y han podido serlo en el castellano arcaico. El alemán, el inglés substituyen un troqueo por un dáctilo, un yambo por una anapesto, cada vez que lo necesitan. En el siglo XV, esto y más era posible en nuestra lengua al comienzo de los hemistiquios del arte mayor (Ver mi estudio pertinente); y ha seguido siéndolo al fin, posición en que 1, 0 o 2 sílabas son equivalentes. Y en el

Cap. V veremos que en el octosílabo de José Hernández (*Martín Fierro*) lo era todavía en el siglo pasado y en términos y casos parecidos a los del mester de clerecía.

Tal es la conclusión que me parece desprenderse de estas comprobaciones y de otras: En algunas personas o poblaciones, el timbre de la *e* puede haber sido más vecino que hoy al de la *a*. Los casos de confusión de *e* con *a* son numerosos: *far* y *fer*, *piadat* y *piadat*, *tenia* y *tenie*, y demás imperfectos y condicionales. Otras personas o poblaciones pronunciaban la *e* más entera y clara; y esta pronunciación, que respondía mejor a la índole del castellano, se impuso; porque, si todos hubiesen pronunciado débil y confusamente, la *e* habría desaparecido. Pero, aun en aquellas personas o poblaciones en que la *e* era oscura, la *e* existía, en forma vacilante, como sonido inestable. Y un poeta podía permitirse usar *fiz* o *fize*, a su sabor.

B) Aféresis

Los casos de "aféresis" son pocos; ocurren casi exclusivamente en Berceo; y tienen de curioso también que se usan en competencia con las palabras enteras. Hanssen estudió la aféresis de Berceo en las pp. 9 y sig. de *Miscelánea de versif.* y Fitz-Gerald en la 56 y sig. de *Versif. of the c. v.* Las palabras "aferesadas" son principalmente: *glesia*, *bispo*, *bispado*, *bispalia*, *pistola*, *pistolero*, *nemiga*, y las que llevan *s* "liquila": *spiritu*, *spiritual*, *scrito*, *scritura*, *sposo*, *stado*, *span-tado*, *statua*, *stola*, ... Estas últimas palabras son puros latinismos de clérigos trasminados de latín. Las otras no se diferencian de las omisiones que comete nuestro pueblo cuando dice o escribe *sequia* por *acequia*, *cera* por *acera*, ... (Ver: Cuervo, *Apuntaciones crit.*, § 816 y sig. de la sexta ed., París, 1914). En los siglos clásicos se usaba aún: *namorado*, *norabuena*, *congojar*, ... Hoy también cualquiera, hablando perezosamente, puede decir: *lobispo*, *lobispado*, *lasposa*, *lesposo*, ... Pues bien, Berceo elevó esto a la categoría literaria; pero cuando no está en los códices, ¿hasta qué punto hay derecho a reemplazar las palabras enteras por las recortadas?

Hanssen enseñó (*Gramát. hist.*, p. 27) que "en latín vulgar se agregó una *i* delante de una *s* combinada con otra consonante". Y que "esta *i* se convirtió en *e*: *escribir*, *estado*, *esperar*". Cree que en antiguo castellano existieron ejemplos de omisión de la *e* cuando precede a una vocal o una *s*; pensando, claro está. en aquellos casos de

aféresis, que, como ya he dicho, son meros latinismos, y quizá mero artificio ortográfico. En este caso, resultaría que los hemistiquios en que figuran esas palabras, si no ocultan una sinalefa, son largos en la lectura. La *s* "líquida" es ajena al castellano.

C) *Síncopa* y *Contracción*

La síncopa se presenta sólo en algunos futuros y condicionales de la II y III conjugaciones (Hanssen, *Miscelánea de versif.* p. 18, y *Conjugación de Gonzalo de Berceo*, pp. 47-48; Fitz-Gerald, *Versification of the c. v.*, pp. 52-53): *ardrá* (*Signos* 21), *aprendrá* (*Millán* 2), *contendredes* (*Milagros* 716), *entendremos* (*Loores* 142), ... *escondrie* (*Millán* 240), *rendriedes* (*Millán* 402), *quisierdes* (*Silos* 315), *dierdes* (*Silos* 467) ... Compíte también en los códices con casos no sincopados. Y fué práctica que duró más largo tiempo que las otras que se han visto, puesto que en los clásicos se encuentran todavía ejemplos de estas síncopas.

Tiene la síncopa en la versificación el mismo alcance que las contracciones, estudiadas también por Hanssen y por Fitz-Gerald (*Miscelánea*, pp. 8-9; y *Versification*, pp. 48 y sig.), puesto que ambas importan la supresión de una sílaba en el interior de palabras o de elementos unidos por el sentido. Pero las contracciones, desde el punto de vista de la prosodia, son casos de sinalefa convertidos en elisiones, con caída de una vocal, por consiguiente. De las muchas contracciones que aparecen en Berceo, quedaban todavía en la ortografía de los clásicos: *della*, *dellas*, *dello*, *dellos*, ... *al*, *del*, ... y en la nuestra sólo las dos últimas; pero en la pronunciación quedan, no sólo todas éstas, sino también las preclásicas *antel*, *paral*, *sobrel*, *dessa*, *deste*, *desta*, y otras, cuando el énfasis de la palabra no pide separar. Caídas totalmente en desuso son, naturalmente: *antelli*, *delli*, *desti*, ...

Todo este material lingüístico, con recortes al fin, al comienzo o en medio de las palabras, da a la lengua de los poemas de clerecía gran inestabilidad. Doble uso de los vocablos utilizado a comienzos de este siglo para refaccionar los textos en el sentido de las sílabas contadas; pero arma de doble filo también, ya que no sólo los versos largos pueden hallar acomodo recortando palabras (Ver los consejos de Hanssen en *Miscelánea*, p. 18), sino los regulares y los cortos, más cortedad o descompostura.

V. ACENTOS MOVIBLES. LAS DESINENCIAS *ía, ías, ía, . . .*

A la falta de fijeza en el número de sílabas que se ha visto en los capítulos anteriores, se une en los poemas de clerecía cierta movilidad en el sitio de los acentos, hecho que contribuye a dar al verso un relieve imprevisible. Parece cosa natural que en aquellos tiempos algunas palabras llevasen, en algunas bocas por lo menos, el acento en otra sílaba que hoy; pero que, a la vez, lo llevasen en una u otra sílaba, a voluntad del versificador, es lo que me parece digno de notarse. En el primer caso se hallan *reína, vaina, sandío, salmodia, controversia, lluvia*, rimadas y ritmadas como *reína, vaina, sandío, sandía, salmodia, controversia, lluvia*; y en el segundo caso están: *judío, vió, significa, santifica*, y otras, que vacilan entre dos acentuaciones, y particularmente las desinencias *ía, ías, ía, íamos, íades, ían* de los imperfectos (copretéritos) de las conjugaciones II y III, y de los condicionales (pospretéritos) de las tres conjugaciones.

Rimas de *reína* con *gallina, vecina, marina, devina, cortina, . . .* se hallan en todos los poemas, menos en los *Proverbios de Sem Tob* y el *Rimado de Ayala*; de los que puede inferirse que fué la única pronunciación hasta mediados del siglo XIV: *Silos* 643, *Millán* 149, *Misa* 27, *Milagros* 33, *Duelo* 1; *Alejandro* 130, 372, . . . (Ed. Janer); *Apolonio* 252, 595, 647; *Fernán González* 106, 577 (Ed. Marden); *Buen Amor* 2, 391, . . . (Ed. Ducamin-Cejador). En las coplas 744 y 895 del *Rimado* (Ed. Kuersteiner, tomo II; correspondientes a las 727 y 867 de Janer) los hemistiquios *Reyna de gran valía* y *Reyna digna de valor* exigen ya diptongo y dos sílabas en *Reyna*.

De *baina* con *finá, aína*, se hallan rimas en los *Proverbios de Sem Tob* (44 ,597).

Sandío, escrito a veces *sendío*, está rimado con *judío, fío, mio* (*Milagros* 766), con *rocío, río, frío, vío* o *vido* (*Buen Amor* 991, 1.387; *Proverbios de Sem Tob* 393); y el ritmo pide otro tanto en la copla 976 del *Buen Amor*, y en la 750, para *sandía*.

Salmodia, controversia, riman con *ledania, día, alegría, yo podría, ioglería*, en el *Millán*, 33, 384.

La lluvia y ella venía riman en la copla 191 de los *Proverbios de Sem Tob*.

Los vocablos del segundo caso se hallan también en las cesuras y en el cuerpo de los hemistiquios. Cuando están en las rimas, el con-

trol de los otros consonantes es prueba decisiva. Dentro del hemistiquio, el control del ritmo (más bien que la medida) es a veces suficiente. Pero, en la cesura, no hay seguridad de que el poeta haya optado por una u otra acentuación.

La acentuación grave de *judío*, *a*, *os*, *as*, está atestiguada por las copias 646 y 766 de los *Milagros*, en que *judío* rima con *sendío radio*, *yo fío*, *mío*. Y la aguda de *judió*, *á*, *ós*, *ár*, por la 178 del *Duelo*, en que *judiós* rima con *Dios*. Acentuación grave tiene también probablemente en las copla 122, 123 de los *Loores*, 636 de los *Milagros* y aún 49 de la *Missa*, porque el ritmo lo pide, en esta última si la voz *significa* es esdrújula. Agudo cierto es también *judiós* en las coplas 1.193, 1.656 a 1.660 del *Buen Amor* (ed. Ducamin-Cejador), en que rima con *nos*, *Dios*, *vos*, *dos*, *tos*; y probable, por pedirlo el ritmo, en la 1.513 (1.487 de la ed. Janer, en que se escribe *judiás*, que es lo propio): *para judiás e moras e para entendederas*. Pero, por esta misma razón, es grave en la 78 (ed. Cejador): *más mucho que non guardan los judíos la Tora*. Y también en la 1.063: *de judíos muy mal*. Y en las 554 y 1.051.

Cuando *judiós*, *ás* es agudo, puede tener también tres sílabas, si se hace diéresis entre *i-o*; y parece que así ha de silabearse en: *a todos los cristianos, moros y judi-ós* (*Buen Amor*, 1.193); pero con dos sílabas y diptongo en: *matáronlo los judiós* (1657).

En los *Proverbios de Sem Tob*, *judío* va bien con acento grave en las coplas 1 y 49; pero en la 48 va mejor con agudo: *porque judió los diga*. Y en la 686 el Rabí confirma esto último rimando *prometi-ó* con *judió*.

En el *Rimado* de Ayala, la acentuación aguda conviene en la copla 266 (ed. Kuersteiner, t. II; 265 de Janer): *e fagan luego pago a judiós traidores*; aun cuando, si se comete sinéresis en *traidores*, con tres sílabas, *judios* no iría mal tampoco.

Cuando *judío* está en el cuerpo del hemistiquio y vale por dos sílabas, podría llevar, empero, el acento en la *i*, si, como se verá en otros casos, la *o* puede tenerse por débil y sin tiempo métrico, formando las vocales *io* sinéresis, aunque no diptongo; cosa que los fonetistas pueden rechazar, pero no los metricistas. La *o*, en tal caso, se cerraría, se acercaría a *ú*, con articulación relajada.

Vido, transformado en *vío*, rima con *rio*, *gentío*, *vacio* en la copla 85 de los *Milagros*; y pide acentuación grave también en las 563, 586, 610, 700, . . . de los *Milagros*, 438 del *Millán*, 34, 63, 98 del *Lau-*

rençio. También en el *Alejandro*: P. 288, Os. 281, . . . En otras coplas subsiste la forma *vido*, grave por fuerza; forma que prefieren Juan Ruiz (c. 272, 483, 1.324) y Sem Tob (c. 394, 488, 516); pero no López de Ayala, quien rima *vió* con *ordenó*, *cenó*, *murió* (c. 219 de la ed. Janer).

En fin, *significa* y *santifica* necesitan acentuación esdrújula en las coplas 21, 49, 50, 76, 78, 97, de la *Missa* de Berceo; pero en la 61 *significa* es grave.

Copla muy estropeada ha de ser la 502 de los *Proverbios de Sem Tob*, en la que riman *él quedó* con *su dedó*. Quizá sea el adjetivo *quédo* el verdadero consonante de *dedo*.

No me parece imposible que las palabras que he reunido en el primer grupo (*reina*, *vaina*, . . .) padeciesen también movilidad en el acento; pero no hay, al parecer, ejemplos evidentes y simultáneos.

En un tiempo en que las rimas entre palabras con acento inestable no eran todavía una moda, como fueron en el de Calderón o de Rubén Darío y Lugones (discípulos éstos más bien de Banville que de nuestros clásicos o de nuestros primitivos), hallarlas en Juan Ruiz o en Sem Tob es cosa no desdeñable de señalar aquí, porque en el siglo XIV pudieron deberse al mismo hecho lingüístico que propiciaba la doble acentuación de *judío*, *vío*, etc., es decir, menor diferenciación que hoy entre la sílaba tónica y las otras.

En su hablar riquísimo y libérrimo, Juan Ruiz traslada el acento sintáctico cuando le viene a cuento. Tres coplas de sus poemas son instructivas en este punto. En la 104 (ed. Cej.) el poeta rima la expresión *muy mal va* con *alba. salva*, anticipando el acento oratorio de *va a mal*:

Fiz', luego, estas cántigas de verdadera salva;
mandé que gelas diesen de noche o al alva:
no las quiso tomar; . . . e dije yo: "¡Muy *mál va!*
Al tiempo, se encoje mejor la yerva malva".

Muy exigente será el lector que en la rima del penúltimo verso y en la zancada, que divide al último en tres hemistiquios, no vea un precedente para la poética de Verlaine o de Rubén Darío.

En la copla 1.638, rima Juan Ruiz *por o* (es decir, *por do* o *donde*) con *oro*, *tesoro*, anticipando también el acento, de *o a pór*:

El tercero, la estrella
guió los Reyes, *pór o*
venieron a la lus della,

con su noble thesoro,
e laudaron,
e adoraron;
al tu fijo presentaron
enciensio, mirra, oro.

En fin, en la 1.705 rima *avivad-vos*, o *avivá-os*, con *Dios, nos, Muñoz*, postergando esta vez el acento.

Fabló, en post aqueste, el chantre Sancho Muñós.
Diz': "Aquest' arzobispo ¡non sé qué se ha con nos!
El quiere acaloñarnos lo que perdóno Dios;
por end' apello en este escripto: ¡Avivadvos!"

Cuando esta acentuación, para nosotros artificiosa y quizá no para el Arcipreste, ocurre en la cesura:

Yo le respondí que le daría tal puñada (copla 63)
se produce en nuestra lectura una moderna, más bien un trimetro (o alejandrino de tres hemistiquios, como ya los había escrito Bereeo):

Yo le respondí / que le daría / tal puñada,
que no un dimetro acentuado 6/0-7/1:

Yo le respondí qué / le daría tal puñada.

Sem Tob sigue el ejemplo de Juan Ruiz. He aquí las rimas de las coplas 76, 418, 465 y 627:

Lo que uno a *pro* a (a pro ha)
al otro caro cuesta;
lo que el peso loa
el arco lo denuesta.

Syn esto que *ha el*
otro amigo suyo
y fiándose dél
descobrirle ha lo tuyo.

Muy grand plaser, *porque*
que entiende, me fase;
mayormente que sé
que el mi plaser le plase.

La merced de Dios sola
es la fuisía cierta:
otra ninguna *non la*
ha onbre syn refierta.

Ciertamente, no lo hicieron mejor Darío ni Lugones.

Pero de todos estos casos de vacilación en el lugar del acento, ninguno más importante que el de las *desinencias* de los imperfectos (copretéritos) de las conjugaciones II y III y de lo condicionales (pospretéritos) de las tres conjugaciones, por la frecuencia del empleo de tales palabras y porque se presentan en dos formas, con *a* y con *e*: *ia, ias, ía, íamos, íades, ían; ie, ies, íe, íemos íedes, íén*; con empleo un tanto diferente y con el acento ora en la *i* ora en la otra vocal. Asunto muy debatido entre los hispanistas (42).

Cuando Hanssen empezó sus estudios de gramática y de versificación arcaicas, antes de 1894, no existían a su alcance otros textos de los poemas de clerecía que las ediciones de Ochoa y de Janer (p. 4 de *Sobre la formación del imperfecto*). Pudo conocer, además, la *Historia* de De los Ríos y los prólogos de la *Antología* de Menéndez Pelayo. En el libro de Janer prefirió para sus observaciones los poemas de Berceo, que son los más regulares. Y, contra la creencia general de entonces, sienta Hanssen, desde el comienzo de este artículo de 1894, la doctrina de que los imperfectos de la II y III conjugaciones tenían "en los monumentos más antiguos del idioma castellano" las formas siguientes:

Sing.	1. tenía	(con <i>a</i> y diéresis)
	2. teniés	(con <i>e</i> y diptongo)
	3. tenié	id.
Plur.	1. teniémos	id.
	2. teniédes	id.
	3. tenién	id.

Como se ve, esta doctrina envuelve varias afirmaciones:

1. De desinencia de *yo* es *ía*, y no *íe* ni *íé*.
2. Lleva el acento en la *í*, con diéresis.
3. Vale *dos* sílabas y no *una*.
4. Las desinencias de *tú, él*, etc., tienen vocales *ie*, y no *ia*.
5. Llevan el acento en la *é*: *íés, íé*, etc.; con sinéresis y diptongo.
6. Valen, cada una, *una* sílaba; y no *dos*.

Estas afirmaciones tuvieron opositores y partidarios, unas sí otras no, en mezcladas fórmulas, durante una larga discusión.

(42) No conozco las publicaciones de Baist, Gassner, Zauner, Pietsch, Suchier, Menéndez Pidal... sino a

través de los resúmenes de Hanssen y de Fitz-Gerald, en las obras citadas o que voy a citar.

Hanssen había sacado su teoría observando casos y contándolos. Declaró también en el mismo artículo que *en Berceo* "son excepcionales las formas que no corresponden al modo indicado" (p. 4), y catalogó numerosos ejemplos clasificados, en pro de la regla general, y explicó los pocos que halló en contra de ella, pero para desecharlos. Dichos ejemplos no se apoyan en el control de las rimas, sino en el cuento de las sílabas, que, presupone él, deben ser 6 protónicas en cada hemistiquio. Pero, en la discusión, olvidó estas reservas y tendió a comprobar el paradigma sin excepciones.

Cuando, pues, pudo conocer nuevas y mejores ediciones, y los estudios de otros hispanistas, y las objeciones de sus críticos, aceptó términos menos limitados y dogmáticos; pero, encasillado ya en la posición predicha, mantuvo lo esencial de su opinión primera, tercaamente. Juzgando la edición del *Silos* de Fitz-Gerald y su complemento: *Versification of the cuaderna via*, dijo Hanssen en *Notas a la Vida de S. Domingo de Silos* (1907), después de organizar una estadística de las formas diversas que se hallan en los códices y ediciones (pp. 5-6): "Ahora, se entiende que el *ía* no puede ser de dos sílabas en los sustantivos y en la 1ª persona de singular, y de una o de dos en las demás personas. Evidentemente, los pocos ejemplos del *ía* monosilábico son errores del copista y deben ser reemplazados por *ie*". Y en la p. 37 añade: que la idea general de Fitz-Gerald "es que el poeta podía pronunciar indistintamente *tenia* y *teniá*, *tenie* y *tenié*, *seá* y *seá*, *creó* y *creó* (pág. 26). Si las formas *teniá*, *teniás*, *teniá*, *teniámos*, *teniádes*, *tenián* hubieran existido, se encontrarían en la rima de las estrofas cuyos versos terminan en *a*, *as*, *an*, *amos*, *ades*. No se hallan, y por lo tanto, no existieron".

Y resumiendo esos doce años de batalla, Hanssen puso nuevamente en claro su doctrina en *Revisión del problema del imperfecto* (1907), artículo en que la serie de desinencias adopta, en resumen, este cuadro (pp. 37 a 45):

Formas regulares

avía
aviés
avié
aviémos
aviédes
avién

Formas irregulares

(avié)
avías
avía, aví
avíamos
avíades
avían

Las desinencias con *ia* son siempre de *dos* sílabas, las con *ie*, de *una*. Y, aunque no lo vuelve a decir, se entiende que las “formas irregulares” son errores que, si no van en las rimas, deben ser enmendados.

En el ardor de la discusión, Hanssen fué, pues, más lejos que en la declaración del comienzo, la cual se limitaba a lo observado en “los monumentos más antiguos”, y reconocía “excepciones al modelo indicado por él”.

Voy a comentar un poco este tema, separando las cuestiones: 1º distribución de las desinencias con *a* y con *e*; 2º posición del acento y valor silábico de las desinencias.

Antes de los “monumentos escritos” existió el castellano hablado, en el cual lo que Hanssen llama excepción parece haber sido la norma, tanto como después del siglo XIV. En efecto, la época de Berceo parece formar parte de un paréntesis en la evolución de dos aspectos notables del castellano: la pronunciación de las vocales débiles finales, que en ciertas palabras vacila entre la apócope y la forma entera (ver el Cap. IV); y, lo que es un complemento, la pronunciación de las desinencias de los imperfectos y condicionales, entre *ia*, *ie*, y aún *ie*. Este paréntesis abarcaría los siglos XII a XIV, como puede inferirse de los hechos siguientes, bien conocidos:

1º Los imperfectos latinos con *-aba-* y con *-eba-* *-ieba-*, que pasaron a *-iba-*, se volvieron *-aba-*, *-ia* en castellano. “Este *ia* se conserva hasta hoy. Pero en la Edad Media se convertía en *ie*, salvó en la persona Yo, que mantuvo generalmente *ia*. Ese *ie* llevaba etimológicamente el acento en la *i*, y aun perdía la *e* final, diciéndose *avi*, *teni*, *traí*; esto era raro, siendo medio más común de deshacer el hiato el formar un diptongo que necesitaba trasposición de acento sobre la vocal más sonora: *tenién*, *comién*, *vinién*, consonante de *bien*. Estas formas dominaron en el siglo XIII, pero ya en el XIV perdían terreno; no obstante, se usaban algo aún en el siglo XVI, en que *hazien* era un defecto de pronunciación “con que los toledanos ensucian y ofuscan la polidez y claridad de la lengua castellana”, al decir del zamorano Dr. Villalobos. Pero no lejos de la patria de Villalobos, en las aldeas de Astorga, San Justo y San Román, se conserva aun hoy *you habié*, *tu habiés*, *ellos habién*, *el yacié* (hasta el sustantivo *dié* día, mirand. *die*); la forma en *i* vive en Asturias y es regular en Sendinés *tenís*, *tenín*; en gran parte de Asturias se

usa también *ie*, *ies*". Esto enseña Menéndez Pidal en su *Gramática histórica*, 1905, pp. 212-214, sin cambio en la 6ª edición.

2º En los poemas de los siglos XII a XIV se halla el doble uso de formas, con *ia* y con *ie*. En el *Cid* predominan, como en Berceo, las con *ie*; en el *Rodrigo*, las con *ia*. Doble uso y doble proporción que se observa también en las obras en prosa de la misma época; por ejemplo: la *Estoria de los Godos*, que he mencionado en el Capítulo II, y el *Libro de Marco Polo*, de cuyos imperfectos Hanssen hizo estadísticas (en *Revisión...*, p. 40 y sig.); y también el *Setenario* de Alfonso el Sabio (ed. de K. H. Vanderfor, Buenos Aires, 1945), cuyos códices, de más o menos 1.300 el de Toledo y 1.400 el del Escorial, muestran preferencias divergentes: por las desinencias con *ia* el T, por las con *ie* el E (p. LII de la Introd.); y también, caso curioso, *La Lozana Andaluza* de Delicado, aunque de 1528 (ed. Louis-Michaud, Paris, 1912?), relato dialogado en que se hallan algunos imperfectos con *ie*.

3º Por un libro de los mencionados, en que predominan ya las formas con *ie* ya con *ia*, hay contemporáneamente varios en que sólo se hallan formas con *ia*; particularmente desde el siglo XV: *Zifar*, *Amadís*, *Carlos Maynes* y otros relatos de "caballería", cancioneros, epistolarios.

Resulta, así, que, mientras las desinencias con *ia* guardan una línea de continuidad desde el latín hasta hoy, las con *ie* (acentuadas en la *i* o en la *e*) amagan simplemente a las otras durante los siglos XII a XIV, tal vez no en todas las bocas castellanas, sino en algunas localidades y personas, que las usan mezcladas en varias proporciones. Serían, pues, las desinencias con *ie* un mero desvío de la pronunciación, que no prosperó. Por consiguiente, en una edad preliteraria de límites imprecisos, los imperfectos y condicionales en cuestión tenían desinencias con *ia*, exclusivamente, como hoy. Esta edad puede haber durado hasta el siglo XII, si las formas escritas con *e* se deben a los autores, y hasta el XIII, si se deben a los copistas. Se produjo en ese límite el desvío de que hablo, en competencia con la línea de *ia*, que no se rompió en ningún momento.

Hanssen fué impugnado en la cuestión del acento y del silabeo desde el principio por G. Baist, profesor en Freiburg, quien opinó que no había tal diptongo *ie*, y que las desinencias, fuesen con *ia* o con *ie*, estaban acentuadas en la *i*. Ignoro cómo Baist resolvería el resto del problema. Las vocales *a* o *e*, ¿daban o no una sílaba más

al hemistiquio? Si sí, las pronunciaba él, tal vez como *a* y como *e*; pero si no, ¿eran acaso mudas?

Hanssen replicó en *Sobre la pronunciación del diptongo ié* (1895), que empieza: “El estudio de la rima es uno de los auxilios más eficaces para enmendar el texto y para conocer el lenguaje de los poetas de la Edad Media. . .” Y en la p. 2 sigue: “Hay un verso donde consuena la 3ª persona del plural del imperfecto con la palabra *bien*: *sedien, entendien, habien, bien* (S. Oria, 148)”. Hanssen buscó má ejemplos de esta especie en Berceo y el *Alejandro*, pero, ‘por el momento, no en Juan Ruiz; de suerte que no mencionó sino en *Ueber die Altspanischen Präterita* (1898, p. 63) este otro ejemplo: *fasien, desien, detien*, ‘bien (Buen Amor, 1283 de Janer, 1309 de Ducamin-Cejador). Y encontró aún este otro del *Poema de José* (copla 21): *bien, Sayen, yaçien, verien*, ejemplo no confirmado en la edición de Menéndez Pidal (ver la p. 281 de la *Gramática hist.* de Alemany y la 81 de *Versification of the c. v.* de Fitz-Gerald).

Pero, ya en 1895, señaló otros casos interesantes. La copla 68 de *Santa Oria* rima las formas verbales

ganariemos (condicional)
mereçiemos (imperfecto)
fiçiemos (perfecto)
quisiemos id.

Y Hanssen con toda razón: “Este ejemplo es muy importante, porque prueba que la terminación *iémos* de los imperfectos era consonante con la terminación *iémos* de los pretéritos perfectos” (p. 24).

Señaló, además (p. 31), otra rima de *bien* con *sabien* en el *Libro de los Reyes de Oriente* (ed. de Janer, p. 319). También (pp. 32-33) tres coplas del *Alejandro* (las 169, 549, 2.214 de Janer) en que la 3ª persona del singular, en *ía*, rima con voces como *día, yo daría, grandía, glotonía, villanía, compañía*, que prueban lo contrario de otras tres del *Alejandro* también (las 1.144, 1.363, 2.126 de Janer), en que las 1.ªs personas de plural del imperfecto: *aziemos, aviemos, podriemos, seriemos, sabiemos, veniemos*, riman con 1.ªs de plural del perfecto: *diexiemos, podiemos, aprisiemos, fesiemos*, y con *diezmos* y *avemos*. Y Hanssen comenta: “Estos ejemplos prueban con claridad que el acento cargaba sobre la *e*” (p. 33 de su art. de 1895). Lo cual es sobre todo digno de cuenta en la consonancia con *avemos*

y la asonancia con *diezmos*, pues no dejan lugar a réplica en lo que también confirman aquellos otros casos.

La contradicción que ya se advierte en las dos citas del *Alejandro* echaban, sin embargo, dudas sobre la teoría, y junta con las objeciones que seguía encontrando ésta, continuaron tentando e irritando la paciencia de Hanssen; quien, para sus inferencias gramaticales, necesitaba versos de sílabas contadas. En *Miscelanea* (1897) declara, corrigiéndose: “La 1ª persona de singular del imperfecto de la II y III conjugaciones (por errata el texto dice I y II) termina ordinariamente en *ía*. En mi primer trabajo he admitido, en algunos casos, la terminación *ie*; pero, eliminada la libertad de suprimir la primera sílaba de los hemistiquios (ver el Cap. III del presente estudio), me atrevo a proceder más rigurosamente” (p. 21). Y luego, después de ordenar una lista de ejemplos, dictamina que se deben corregir los códices en tales y cuales casos de *ie* por *ía*, y tales otros no.

Va todavía más lejos. En los imperfectos “hay algunos pocos ejemplos de la terminación *í*, que en otro tiempo he tomado por errores de imprenta. He recogido tres: *teni* (*Milagros* 265), *mordí* (*Silos* 337), *avini* (*Silos* 85). Otro ejemplo presenta el *Libro de Alejandro: avi* (1.007)” (p. 15). Pues bien, sugiere Hanssen que “probablemente se usaban las formas apocopadas también en primera persona”, y concluye: en dos hemistiquios largos, uno es la copla 450 de los *Milagros*, en que se halla *serie*, y otro en la 57 del *Duelo*, en que está *dicia*, “opino que hay que poner las formas apocopadas *serí. dici*” (p. 22).

Pero ahora hay que advertir que las formas *mordí* y *avini* del *Silos* se hallan en la edición de Vergara, Sánchez, etc.; no en los códices H ni E. Y que la *teni* de los *Milagros* está en la copia de Ibarreta, no en el códice A. Acaso, pues, se trata de enmiendas de estos varones del siglo XVIII, que leían con acentuación en la *í* y estaban ya imbuidos en la idea de restaurar los textos.

Más aún: hay que reducir la prueba de estos artículos de Hansen de 1895 a 1898 a sus justos límites. Berceo y Juan Ruiz rimaron, una vez cada uno, la 3ª persona de plural de algunos imperfectos con la palabra *bien*, y con *detien'* apocopado, que es justo suponer se pronunciaron siempre con diptongo *ie*. Y Berceo y el autor del *Alejandro* rimaron, una vez también cada uno, la 1ª persona de plural con palabras en que el diptongo *ie* o una *é* acentuada están también

asegurados. Tienen estas observaciones valor probatorio, pero en los límites de una excepción. En el siglo XV un poco, y en el XVI un mucho, también los poetas acentuaron *tenía, habría, sea, río*... más por moda italianista que por tendencia del idioma; y ¿podría alguien probar que ésta fuese la manera habitual de acentuar entonces? La generalización de Hanssen es, por lo tanto, excesiva. Sobre todo cuando los mismos Berceo, Juan Ruiz y contemporáneos nos muestran con mayor frecuencia rimas de las desinencias *ía*, nunca *ie*, con palabras que de suyo llevan el acento en la *i*, hecho que el propio Hanssen conocía y menciona (ver su mención anterior del *Alejandro* (coplas 169, etc.).

En efecto, Berceo rima:

romería, ermitanía, él *vivía*, María (Millán 187)
yo comedia, ello *valía*, día, alegría (Millán, 423)
Isaía, ella *saldría, levantaría*, él *posaría* (Loores 8).

En el *Alejandro* de Janer las rimas de esta especie son más frecuentes aún, pero no siempre corroboradas por el código de París. He aquí un caso en que hay coincidencia entre ambos códigos (ed. Willis):

clerezía, palaçianía, filosofía, él te *guía* (Os. 214, P. 220).

Hanssen, en *Revisión*, p. 32, citando a Pietsch, menciona nuevamente las coplas 169, 549, 2.214, del *Alejandro*. No he tenido oportunidad de verificarlo en la ed. de Willis.

En el *Fernán González*, ed. de Marden, hay estas otras:

ella *dezía*, vía. Andalucía, día (426).
él *avía*, alegría, yo podría, mía (497).
ella *dezía*, Garçía, yo quería, yo avría (579).
vía, romería, mensajería, eila *quería* (622).

Y esta suerte de rimas abunda en los poemas del siglo XIV. Por ejemplo, en las coplas 24, 26, 28, 38, 112, 125, 194, 303, 312, 319, 340, 348, etc. del *Buen Amor*; en las 4, 20, 71, 169, 191, 231, 262, 293, etc. de los *Proverbios de Sem Tob*; en las 98, 113, 323, 324, 492, 499, 512, 531, 576, 580, etc. del *Rimado*, tomo II de la ed. Kuersteiner (correspondientes a las 97, 112, 323, 324, 492, 499, 512, 531, 564, 568 de Janer). Y eran usadas ya en el *Cid*, donde riman en *ía* en los ver-

sos 275, 276, 279 (ed. Menéndez Pidal) las formas verbales *prendia*, *queria*, de 3ª persona, y *queria* de 1ª (43).

Queriendo conciliar estos hechos, también evidentes, con aquellos, Hanssen opina que "las formas caracterizadas por el uso del diptongo *ie* principian a desaparecer ya en el transcurso del siglo XIII y se pierden rápidamente en la lengua oficial de Castilla, de modo que en los textos castellanos del siglo XIV ya son excepcionales. Sin embargo, en algunos dialectos se conservan por más tiempo" (*Revisión*, pp. 43-44). A pesar de esta reserva, si se hubiera de resolver la duda de la acentuación por el número de las rimas en pro o en contra de la teoría de Hanssen, habría que convenir en que la regla era acentuar las desinencias en la *i*, sean con *ía* o con *ie*; aun cuando existía la posibilidad de trasladar el acento a la *e* y no a la *a*, siguiendo la norma de movilidad acentual de los vocablos, comprobada al comienzo de este capítulo.

Pero llama la atención la poca frecuencia de estas rimas en Berceo, la ausencia en el *Apolonio*, y la total abstinencia de todos de rimar *ía* con *a*. Hanssen lo hizo notar también. Tras estas limitaciones ocurría algo que se nos escapa y que no está resuelto por ninguna de las teorías cuyo resumen hace Fitz-Gerald en la p. 84 de su *Versification of the c. v.* Todas tienden a corroborar el cuento de las sílabas, pie forzado que ofuscó a sus autores. El resumen es éste:

Hanssen, Gassner y Pietsch procuran probar que en el castellano antiguo hubo un paradigma *ía, iés, ié; iémos, iédes, ién*.

Zauner, de acuerdo con Baist, que hubo este otro: *ia, ies, ie o ia, iemos, iedes, ien*.

Hanssen y Pietsch admiten *ía* como doble forma de su 3ª persona *ié*.

Porebowicz hace notar que hay grandes probabilidades en favor de las formas *ias, ies, — iamos, iemos, — ian, ien*.

Fitz-Gerald encuentra todas las formas, disilábicas y monosilábicas. Cuando, para dar con las 6 sílabas, necesita *una* en la desinencia de 1ª persona, sea con *ía* o con *ie*, se la da: coplas 448 y 450 de los *Milagros*, 57 del *Duelo*, 105 de los *Loores*; cuando en las otras personas necesita *dos*, también: coplas 7, 337, 369, 571, 748, 61, 629 del *Silos*, 112, 513, 256, 378, 355, 506, 892 de los *Milagros*, 174 de los *Loores* (*Versif. of the c. v.*, pp. 84-85).

(43) Sobre la rima de *salie*, 3ª persona, en el verso 197, con *valdrá* y

Bivar, etc., ver Hanssen *Revisión*, pp. 30-31.

Añadiré que Marden (Introd. a su ed. del *Fernán González*, p. XLVI) sigue en su mayor parte la opinión de Baist, cree que Pietsch tiene razón en lo que dice sobre la desinencia *ia*, de 3ª persona, en rima y al fin del hemistiquio, y afirma que en el *Fernán González* pasa lo mismo con las *ias*, *ian*.

Y basta esta disparidad de opiniones para comprender que el asunto ni es claro ni está resuelto. Entretanto, subsisten los hechos comprobados. La doble serie de desinencias reconocida por Hanssen en *Revisión* es una realidad, débase o no a los copistas. Es efectivo que el copiante del códice E del *Silos* (y del A de los *Milagros*, etc.) cambia sistemáticamente las voces arcaicas ya en su tiempo por otras de su amaño: *exir* por *salir*, etc., y Hanssen lo califica de "falsificador" (*Revisión*, p. 6). Incluye entre estas "falsificaciones" las desinencias con *ia* en vez de *ie*, lo que parece menos justo, puesto que Berceo usa ambas, aunque en proporción diferente, y al parecer también en casos distintos. Las con *ie* son, en todo caso, las más adecuadas para disimular el valor no silábico de la *e*, y para provocar la sinéresis con acento en la *é*, cara tesis de Hanssen, y quizá lo más durable de su tenaz defensa.

De las 6 desinencias, las que se presentan más a menudo son las de 3ª de singular y 1ª y 3ª de plural, como es de rigor (Hanssen, *Revisión*, § 4). La del singular puede hallarse delante de otra vocal en casos como éstos:

bien les venie en mientes (*Silos* 6).

servie a los parientes (*Silos* 10).

él non avie ardura (*Silos* 18).

Y la pronunciación de los siglos XIII y XIV ha podido adoptar la sinalefa o la elisión, tal como hoy mismo en estos versos:

en que ardía en las noches mi amor como un Infierno

(Chocano, *Nocturno póstumo*).

escribiría un cuento de profunda intención

(Chocano, *El lobo enamorado*).

Es decir, con elisión parcial o total de la *e* o de la *a*. No concibo siquiera, en estos casos, la necesidad o la posibilidad de la sinéresis con traslado del acento, que normalmente caía en la *í*.

Cuando la desinencia *ie* está delante de consonante, como en estos ejs.:

non falsarie su dicho (*Silos* 7).
 avie poco cuidado (*Silos* 11).

entonces procede hacer hipótesis como para las otras 4 desinencias que llevan siempre una consonante en pos: *ies, iemos, iedes, iem*. Y entonces, lo más corriente ha de haber sido poner el acento en la *i* y anularle a la *e* el valor silábico y hasta el timbre. Si algo quedaba, sería un alargamiento de la *i*.

Hoy mismo ocurren en nuestro Castellano cosas parecidas. La palabra *María* tiene tres sílabas y nadie duda de que la tercera es *a*. Sin embargo, esta *a* no sólo cambia de timbre y pierde su valor de sílaba cuando entra en diptongo, por causa de una sinalefa:

María-inmaculada

sino que pierde todo, o casi todo, por causa de elisión si el diptongo no es físicamente posible:

Marí (a) Hernández

en que de la *a* no queda sino un alargamiento en la *i*.

Esto último es también lo que pasa en la lectura de un verso como éste de Rubén Darío (*Retratos*):

¡Oh Sor Marí (a)! ¡Oh Sor Marí (a)! ¡Oh Sor María!

En mi dicción no desaparecen totalmente estas *dos aes* que pongo entre paréntesis, ya que no puedo unir las en diptongo, las debilito, las volatilizo, pero algo queda entre mis dientes, no sé si objetiva o subjetivamente, algo que percibo como un alargamiento de las *ies* precedentes, o como una vocal oscura capaz de sumarse con las *óh* acentuadas que siguen.

Es un caso semejante al de la *r* inglesa delante de consonante en la misma sílaba: *lord, park*; la *r* no suena, pero tampoco desaparece; queda algo que produce alargamiento de las vocales *o, a*.

José Hernández menudea en su *Martín Fierro*, escrito todo en octosílabos, versos que tendrían, en el silabeo ordinario, una sílaba más, pero que el poeta debilita o anula por sínéresis:

En los siguientes versos, entresacados de los dos primeros poemas de su obra, hay sínéresis con traslado del acento, hacia atrás o hacia adelante:

y toraso en ródeo ajeno.
 se hacia astillas el bagual.
 No habiá uno que no parase.
 y verlos al cáir la noche.
 Las láenas del día anterior.
 Però áura . . . ¡barbaridá!
 Pues ái no más se le afea.
 Ai comienzan us desgracias.

Las sinéresis de esta especie no son extrañas a la versificación clásica, que, con Garsilaso, se inspiró en prácticas italianas. Pero en estos otros versos hay sinéresis *sin traslado del acento* en palabras análogas o iguales a las que aparecen con sinéresis posible en los textos de Berceo:

No me hago al láo de la güeya.
 Que nunca peléo ni mato.
 ¡La pucha que tráe lecciones!
 Decían que el día llegaba.
 Y sentáo junto al fogón.

Pa empezar el día siguiente.
 Tenía tropilla de un pelo.
 Solía llamarlo el patrón.
 Vivía bajo la cārreta.
 Venía la carne con cuero.

Las vocales en *cursiva* tienen valor de una sílaba, en que la segunda vocal es debilitada, volatilizada, sin traslado del acento. Nadie en una buena lectura podría decir *peléo, día, teniá*, etc.

Todo esto aunque lugareño es Castellano de buena cepa. Y quien al leer el *Martín Fierro* pueda producir cadencias en la forma que dejo indicada, puede sin tropiezo alguno "comerse" las *e* o *a* de los imperfectos y condicionales de Berceo, sin recurrir a traslados de acentos, salvo en los casos evidentes de que se ha hablado.

Esto no sería posible en otras lenguas en que la vocal débil de los diptongos se estrecha tanto que se vuelve consonante. Me refiero a las que en el alfabeto fonético internacional se representan por *j*, *w*, *y*. Pero en castellano no alcanzan tal grado de estrechez y siguen

siendo vocales: i, u, las de cualquier diptongo: *vió, voy, cuando, laurel*, etc. . . y mayormente las *e, o* de *Leonor, cohete, beato, almohada*, etc. . .

No es esto lo que enseña el Señor Navarro Tomás en su *Manual de Pronunciación Española*; pero sí lo que enseñaron Bello y Hanssen al definir los diptongos y la sinalefa, y lo que yo percibo y creo.

Es insólito que Berceo y sus coetáneos no rimasen con frecuencia las desinencias de los imperfectos, todas, con substantivos y otras palabras terminadas como ellas. Desde luego, no hay en ninguno de ellos rimas de *ie, ies, ien*. Las dos del *Millán* son en *ia*, y también las de los demás poetas. Hay en los códices rimas escritas *-ie* o *-ien*, pero cuando las cuatro son desinencias verbales; y uno no sabe si en estos casos hay que leer con acento en la *i* y hiato o con acento en la *e* y diptongo. Algo hay oculto.

En un mismo poema de Berceo se halla toda la variedad de timbres que ocasiona el debilitamiento de las *ees* o *aes*. No me refiero a la ortografía caprichosa que cambia de código a código, o de editor a editor:

Si *oia* razón buena bien lá *sabía* tener,
 recordábalas siempre, non la quería perder;
 santiguava su cebo cuando quería comer,
 si *fazía* que se quiere que *avía* de beber.

Así dice la copla 16 del *Silos*, ed. Fitz-Gerald, según el código E., y salvo las *aes* que son *ees*, lo mismo dice la ed. Janer, según el código H.

Me refiero al testimonio de las rimas, y a la probabilidad que nos brinda el ritmo: las seis vocales subrayadas, sean *aes* o *ees* son mudas o casi mudas en la estrofa 16 citada; no cuentan para el verso, a menos que seis de los ocho hemistiquios sean 7/1 o 7/0. Opto por la primera alternativa, pues me atraganta la doctrina de Hanssen de que los seis imperfectos fuesen voces agudas con diptongos y acentos en la *ees*, mal escritos con *a*. Pero creo que el valor de las desinencias, *ia* o *ie*, es en esta estrofa de *una* sílaba, eso sí.

Pero hay más. El ritmo de los versos muestra que las desinencias, aunque sean *-ia, -ie, -ian, -ien*, etc., pueden valer por *una* sílaba, y aunque sean *íá, -ié, -ián -ien*, etc. . . pueden valer por *dos*.

Son abundantísimos los hemistiquios en que pueden valer *una*, como los siguientes:

que *siguian* los exemplos
bien *sabian* escusarse
bien lis *benia* en mientes

(*Silos*, 6, ed. Fitz-G.)

Son más bien escasos los hemistiquios en que pueden valer *dos*, como los siguientes:

non *sería* señado
re*sc*ibría sossaño
tenía, Dios lo sabe
non lis *valía* nada

(Ver p. 84 de *Versific.* más ejs. Hanssen, *Revisión*, p. 38 a 39).

fazian muy grant planto

(*Silos*, 15, 21, 244, 403 y 520, ed. F. G.)

No parece que la explicación de esta doble cantidad fuese que, cuando valía *una* sílaba se pronunciase como diptongo, y cuando *dos*, con hiato y acento en la *i*. Esta solución sencísimísima no se avendría con el origen etimológico ni con el triunfo del uso común actual.

A este propósito y resumiendo los argumentos de la polémica entre Hanssen, Baist, Zauner, Gassner, Porebowicz, Pietsch, dice Fitz-Gerald: "La objeción más seria de Zauner al paradigma de Hanssen es la dificultad de hacer salir las modernas formas en *ia* de un tipo anterior *ié*. La posición está bien tomada" (p. 85 de *Versific.*).

A lo cual puede añadirse: la inutilidad de transformarlas primero en *ie* — *ié* para volver éstas a *ia*; en vez de suponer las dos series simultáneas y paralelas, siendo *ie* simple desviación en boca de algunas personas o regiones, y *ié* una excepción.

La *e* en cuestión, y menos aún la *a*, no eran mudas, claro, de ningún modo; hay enorme diferencia entre un signo de expresión que nadie usa ya, y otro que en ocasiones cae y en ocasiones se dice, o que unas personas dicen siempre y otras omiten a veces.

Y tras tanta discusión de esclarecidos sabios, creo que un lego puede bien leer los versos de Berceo y sus contemporáneos acentuando, en general, los imperfectos y condicionales en las *ies* de las

desinencias, alargando un poco esta *i* para recordar las *ees* o las *aes* que las siguen, cuando las cadencias o la medida exigen debilitar o callar estas dos vocales. Y en los demás casos pronunciarlas como *a* o como *e*, incluso con acento en estas vocales, según lo exijan la rima o las cadencias.

VI. HIATO, SINALEFA, ELISIÓN

En la sucesión de las sílabas y combinación de las palabras, dos accidentes pueden acaecer cuando concurren dos o más vocales: o se dicen *separadas*, en *dos* sílabas; o se dicen *unidas* en *una*. En el caso primero o de *separación*, hay *hiato*, si las vocales concurrentes pertenecen a dos palabras distintas; y *diéresis*, si se hallan dentro de una misma palabra. Esta distinción tiene *tinte* escolástico, por lo cual hay quienes llaman hiato a cualquiera de estos dos subcasos. En el caso segundo o de *unión*, los gramáticos han gastado mayor sutileza todavía. Si las vocales concurrentes pertenecen a la misma palabra y se unen en diptongo, anulando un hiato o diéresis, dicen que se ha producido *sinéresis*. Si pertenecen a dos palabras distintas y se unen formando diptongo, hay *sinalefa*. Si se unen perdiéndose una vocal, por ser ambas iguales, hay *crasis* (Hanssen. *Gram.* p. 45), que otros siguen llamando *sinalefa*; pero si la que se pierde no es igual a la que sobrevive, hablan de *elisión*.

Sabido es que el hiato y la diéresis tenían extenso uso en latín. Al transformarse en castellano una reacción persistente ha borrado hiatos y diéresis, contrayendo las vocales, reduciéndolas a diptongos, sinalefas, sinéresis, o eliminándolas, (elisión). Como esta reacción no ha sido obra de un día, es justo que, cuanto más retrocedamos más casos de hiatos y de diéresis encontramos. En el tiempo de Berceo el trabajo de "contraer" vocales había comenzado, pero había avanzado poco.

Hoy sólo escribimos las contracciones *al* y *del*, porque son constantes, ya que es puro artificio el escribir *Voy a El Salto, Vengo de El Heraldo* . . .

Los clásicos escribían todavía *dél, della, dello, deste, dese* . . . y en los manuscritos de los siglos XIV y XV se usan *antel, antelli, delli, desti, daquende* . . . y también *Doca, davena, doios (de ojos), dora (de hora), fastal, paral, poral (para el), sobrel, todel* . . .

Aquello se dice hoy, pero no se escribe; esto se dice también, pero con sinalefa. ¿Era el grado de sinalefa el que querían indicar los escribas o el de elisión?

La respuesta no es fácil. Tal vez no sepamos nunca hasta qué punto estas grafías contraídas representaban la caída total de las vocales no escritas. Es posible que, cuando concurrían vocales diferentes que podían formar diptongo: *todo-el, De-Oca, de-avena* . . . la grafía ocultase una sinalefa, en vez de un elisión, puesto que hoy son todavía sinalefas en la pronunciación cuidada y sólo elisiones en la pronunciación negligente. (Ver Fitz-Gerald, *Versif.* . . . p. 50-51).

Además, así como hay contracciones que hoy se hacen, pero no se escriben, parece que las había entonces de vocablos enteros, breves, como *ha, a, e*, que, al pasar a la escritura, si el escribiente no *analizaba bien*, las dejaba a veces "embebidas" o "absorbidas" en la palabra vecina. Cita Fitz-Gerald una observación de Cuervo (*Notas a la Gramática* de Bello, 1902, pp. 97-98) y también nueve verso del *Silos* de Berceo (*Versif.* pp. 50-51) en que los copiantes embebieron la preposición *a*, o la conjunción *é*, como e tos:

para (a) Santo Domingo dar horrorificencia (189)
 qui (a) Adam e ad Eva volvió con su Señor (218)
 sy non en Jesu Cristo; (e) empeçol de rogar (649)
 ante començó él la açada (a) buscar (726).

Los ejemplos precedentes prueban por lo menos que la "crasis" o sinalefa de vocales iguales, con elisión de una, puede considerarse posible en el castellano de Berceo; sin embargo, estas omisiones de *a* y otras palabras ecundarias podrían estar bien y deberse al predominio que en el vulgo hablador tiene el sentido del ritmo sobre el análisis y la lógica. Hay refranes gramaticalmente incorréctos:

Quien feo ama, bonito le parece;
 Quien con lo ajero se viste, en la calle lo desnudan;
 Quien no habla, Dios no le oye;
 Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija;
 que deberían comenzar por A.

Se han visto ya los variados medios que empleaba Berceo para disminuir el número de vocales: recorte de sílabas (Cap. IV), sínere-

sis de ciertas desinencias verbales y de otras palabras (Cap. V), y sinalefa también, por lo menos aparentemente en algunos de los hemistiquios largos recordados en el Cap. III.

Este aspecto de la métrica de clerecía, que podríamos llamar restrictivo, tiene su contrapeso expansivo en el uso del hiato y la diéresis para aumentar el número de las sílabas. También en esto la palma pertenece a Berceo, pues la mayor parte de sus versos serían inarmónicos y de compasados si los leyésemos sin hiatos ni diéresis en incontables encuentros de vocales, como ya se ha visto en ejemplos de los Capítulos anteriores, y veremos nuevamente ahora. No tenemos otra prueba de que los poetas del siglo XIII usaban abundantemente la separación de vocales, pero ésa es suficiente.

Después de leer sus obras, cualquier lector queda convencido de que Berceo, particularmente, cometía tantos hiatos cuantos podía. No porque la cuenta de 6/1 sílabas por cada hemistiquio así lo exija (como ha sido costumbre entender su métrica desde Sánchez acá) sino porque no se obtienen cadencias adecuadas de otro modo. Sin embargo, no es seguro que el poeta silabeara sus versos haciendo siempre hiatos, como enseña Hanssen. En los hemistiquios irreductibles por el recurso de recortar palabras, Hanssen y Fitz-Gerald proponen elisiones y substituciones. La elisión en tales casos no es más que un subterfugio para eludir la sinalefa, por la cual sienten horror. Sin embargo si *Caesara Augusta* llegó a ser Zaragoza; *Sancte Iacobe*, Santiago; *Cardinea (de) Atilio*, Cardañalijo; *Sancte Emeteri*, Santander; *Sancte Iuliane*, Santillán; *ante annu*, antaño; *filiu ecclesiae*, feligrés . . . una edad intermedia debió haber en que las vocales en contacto formaron diptongos (sinalefa), antes de llegar a la elisión. El orden cronológico es que la sinalefa precede a la elisión.

Hanssen trató del hiato, la sinalefa y la elisión desde 1894 hasta 1916 en varios artículos: *Sobre la formación del imperfecto* (1894, p. 5); *Sobre el hiato en la antigua versificación cast.* (1896, pp. 3, 10, 16 y otras); *Miscelánea de versificación cast.* (1897, pp. 18-29); *Ueber die alspanischen Präterita*. . . (1898, pp. 61-64); *Notas a la Prosodia cast.* (1900, pp. 16-18); *Revisión del problema del imperfecto* (1907, p. 12); *La elisión y la sinalefa en el "Libro de Alejandro"* (1916, p. 345 y sig.). Fitz-Gerald trató de la misma materia: *Versif. of the cuaderna vía* (1905, pp. 60-68 y 101-110). No coinciden enteramente ambos tratadistas. Son muchas páginas densas que descansan en el prejuicio que ya varias veces he señalado: que cada hemistiquio

de Berceo, del *Alejandro* o del *Apolonio*, debe forzosamente tener 6 sílabas protónicas; no obstante que ambos críticos hacen constar que existen algunos hemistiquios largos o cortos; pero, al mismo tiempo, por culpa de los copistas!, a fin de reservarse el derecho de enmedar la forma hasta dejarla simétrica. Procuraré resumir lo esencial. Me ocuparé primero, en este capítulo, en el *hiato*, cuyo contrario es la *sinalefa* o la *elisión*; y en el siguiente capítulo diré algo sobre la *diéresis*, pues lo esencial de la *sinéresis* está dicho en el Capítulo V.

En los versos de Berceo, en mayor grado que en los de los otros poetas, se advierte el uso del hiato hasta cuando las vocales son iguales:

„El uno e/el otro. (Mil. III d.)
 Amaba/al so fijo e amaba/a ella (Mil. 117 a.)
 Que/el fijo sufrió (Mil. 120)
 El pan que/entre día. (Silos 13)
 Que/egual dellos posa (Silos 1)
 En cual suele el pueblo (Silos 2)
 Yo en él lo/espero (Silos 4)
 Tornava/a la tardi (Silos 23 y 25)
 Que/el pastor lis dava (Silos 23 y 25)
 Tanto que/a/algunos (Silos 23 y 25)
 Rendió/a él la alma (Silos 521)
 Que/estaban redor (Silos 522)
 Leváronla/a los cielos (Silos 522)

En el *Fernán González*, el hiato desaparece ya entre vocales iguales: *a-a*, *e-e*, *o-o*, según Marden (Introd. a su edición, p. LI) y da lugar a la sinalefa:

Non nos ..

Alamançor (667)

En la base de este juicio está también la idea preconcebida de las 6 sílabas cabales; pero, como no choca con el uso moderno, es más llevadera.

Hanssen había propuesto como comienzo del uso de la sinalefa el *Buen Amor* de Juan Ruiz. Marden hizo retroceder el límite unos 80 años. Por lo cual Fitz-Gerald reservó, para el hiato exclusivo, sólo la primera mitad del siglo XIII, cediendo algo ante la publicación del *Fernán González* de Marden (Versif. p. X, nota 3).

Hanssen no desmayó por esto y enseñó en su Gramática:

“La sinalefa del latín clásico fué limitada en latín vulgar. Esto lo prueba la métrica de los poetas posteriores y el testimonio de Ci-

cerón (Orator 150). Se conservó la sinalefa también en el latín vulgar cuando las dos palabras estaban en estrecha unión sintáctica, pero desapareció siempre o casi siempre por suprimirse la vocal (elisión) o por convertirse en consonante. Por este motivo, la sinalefa castellana no está en relación histórica con la sinalefa romana. Berceo evita igualmente cualquiera contracción en la palabra y en el verso (Fitz-Gerald *Versification of the Cuaderna Via*, 40). Resultados seguros se podrán obtener por una comparación de las dos versiones del *Poema de Alejandro*. A pesar de la aversión de los poetas a la sinalefa, parece que ésta, en algunos ejemplos aislados, ya existió temprano en el idioma . . .”

“Los primeros ejemplos seguros del uso de la sinalefa en la versificación, (los) presenta el Arcipreste de Hita” (Gram. Hist. pp. 45-46).

Mucha importancia tiene este pasaje del sabio maestro. Comentémoslo. Fitz-Gerald, de acuerdo con Marden, anticipa la fecha de la sinalefa “segura” a la época en que se compuso el *Fernán González*: segunda mitad y tal vez tercer cuarto del siglo XIII. Pietsch, a juzgar por lo que dice Fitz-Gerald en la nota 3 antes recordada, la anticipa al tiempo mismo de Berceo, el *Apolonio* y el *Alejandro*. La “comparación” que propiciaba Hanssen la hizo el propio don Federico hasta cierto punto, en su artículo *La elisión y la sinalefa en el Libro de Alejandro, de 1916*. Y la puede hacer mejor en la actualidad quien tenga paciencia para cotejar en la edición de Willis los textos tan discrepantes de ambos códices. Y en fin, notemos que, para Hanssen, la elisión llega, si llega, tras un período en que se usa la sinalefa. Pero de esta “trampa” fonética y lógica él se escapa alegando que “históricamente la elisión es más antigua en las lenguas románicas que la sinalefa y no tiene relación ninguna con ésta” (*Revisión*, p. 14). Afirmación refutable, si “históricamente” significa lo que aparece en los documentos escritos solamente, pues antes de lo escrito existió lo oral y no escrito.

Sinalefa y elisión son, en realidad, dos grados distintos de un mismo accidente: si las vocales en contacto se suman en un diptongo o triptongo, hay sinalefa; si posteriormente una de ellas cae, hay elisión. Por consiguiente, es exagerada la oposición radical que Hanssen quiso establecer entre sinalefa y elisión.

En este punto Hanssen busca en Bello la base de su doctrina, allí donde don Andrés dice (*Principios de ortología*, 3, 4): “En la si-

nafeza castellana . . . (p. 14 de *Revisión*) . . .” Y Hanssen añade: “Esta es . . . no me muevo” “Si desaparece . . . Fernán González ” (*Revisión*, p. 14).

Pues bien, la explicación de Belló suficiente para su libro elemental de 1835, no lo es para el caso de Hanssen. En el diptongo que se forma por sinalefa o por sinéresis las vocales soldadas pierden algo, cada una, de su naturaleza independiente; no sólo algo tan importante como su valor temporal, que de 1 pasa a ser 1/2, puesto que el diptongo vale uno y no dos tiempos en el ilabeo: sino algo de su timbre y de su volumen de voz. Cada uno acerca su articulación a la otra, de modo que en ciertos encuentros de vocales la sinalefa o la sinéresis crean sonidos inesperados, particularmente en los triptongos. En un encuentro de *o-eu*, o bien *uo-eu* (puerto europeo, triduo eucarístico), se oye la vocal *eu* del francés, *ö* del alemán; en otro de *io-i* (labio inferior, participio irregular), se oye algo próximo a la vocal *u* del francés, *ü* del alemán: en otro de *uo au* (individuo audaz, antiguo autor), se oye la *a* “baja” de *bah!*; en otro de *ua-o* (lengua oficial), se oye la *o* “abierta”, etc.

Por otra parte, cuando las vocales concurrentes son iguales, no se pierde a menudo, totalmente una de ellas, pues se suman alargándose la que queda.

La doctrina referente a Berceo la planteó Hanssen por primera vez en *Sobre la formación del Imperfecto* (1894), donde declara: “Berceo no conoce la sinalefa y admite el hiato sin ninguna restricción, pero emplea con mucha frecuencia la apócope. Muchísimos versos viciosos deben ser corregidos por (no) poner formas apocopadas . . . En muchos otros, el metro puede ser re tablecido por aféresis . . .” (p. 5). Es una doctrina que no tolera medias tintas y que Hanssen mantuvo hasta sus últimas publicaciones.

En *Sobre el Hiato* . . . (1896), declara má extensamente una “tesis que no sorprenderá a los romanistas”, a saber: “La primitiva versificación castellana, que aparece en el *Poema del Cid*, en las obras de Gonzalo, y en otros monumento de poesía arcaica, admitía el hiato sin restricción ninguna y no permitía contraer la vocal final de una palabra con la inicial de otra. Esa contracción que llamamos sinalefa, la introdujeron por primera vez los que imitaron a los trovadores lemosines y portugueses”. (p. 3).

Y tras una cita muy conocida en que el Marqués de Santillana cuenta que, mientras los castellanos empuñaban la espada para re-

conquistar la Península, los portugueses" y gallegos empuñaban la péñola para deleitarse con el arte poética y enseñarla a castellanos, extremeños y andaluces; pasaje que nada enseña acerca del hiato o la sinalefa: Hanssen infiere, sin embargo, que "uno de los puntos en que se diferenciaba el arte de los antiguos del de los modernos, según distingue el Marqués, es el uso del hiato y de la sinalefa. Para lo primeros, valen las reglas que siguen:

1. Se admite el hiato.
2. No se usa la sinalefa.
3. Se pueden suprimir vocales finales por apócope (*com* en lugar de *como*, etc.); se pueden suprimir vocales iniciales por aféresis (*star* en lugar de *estar*, etc.); se emplean ciertas contracciones (*quera* en lugar de *que era*, etc.); pero no se usa la sinalefa.

La presente cuestión no se puede resolver como un problema algebraico. Para dejar la tesis definitivamente establecida, sería necesario una revisión crítica de toda la poesía arcaica castellana. Por ahora, no puedo hacer más que escoger algunos trozos de antiguos poetas, enmendar su texto en cuanto sea posible, y probar que no hay necesidad de acudir a la sinalefa para dar a los versos el número de sílabas que les corresponde (p. 4).

Hanssen escribe aún en el mismo artículo: "En las poesías de Juan Ruiz y López de Ayala, ya se nota la influencia de los trovadores. Por lo tanto, podría ser que se encontraran en ellas algunos ejemplos de (la) sinalefa. Pero mientras no existan ediciones críticas, lo único que se puede afirmar con seguridad es que estos poetas no tenían ninguna aversión contra el hiato". (p. 22).

Hagamos constar que hoy se usa el hiato (y la diéresis, en corta escala, sin aversión; y la sinalefa (y ha ta la sinéresis) en grande escala. La diferencia con el uso del siglo XIV de que habla Hanssen es, por lo tanto, asunto de grados, no de accidentes. Y toda la cuestión tan debatida consiste en saber si en los siglos XIII o XII ya existía, en menor grado aún, o no, el uso de ambos modos de pronunciar los encuentros de vocales.

Pues bien, lo que un lector, sin opinión preconcebida, comprueba al leer los versos de Berceo, que aparece como el más regular de los poetas de su tiempo, es que algunos versos dejarían de serlo sin el empleo de la sinalefa o de la elisión. Y de estas dos soluciones, Hanssen rechaza la primera. Para él, pues, Berceo y sus contemporáneos emplearon la elisión y la sinéresis entre los medios para con-

traer vocales y disminuir el número de sílabas. En consecuencia, Hanssen no rechaza la *unión de vocales*, sea entre dos palabras o en interior de una; rechaza una de las formas de unión, la sinalefa, en que dos palabras se unen mediante un diptongo, conservando a medias la existencia de las dos vocales en contacto. Para él una de éstas debe caer y dar paso a la elisión. No va más allá su empeño. El diptongo lo acepta, empero, en la sinéresis. ¿Hay lógica en esto?

En *Miscelánea* (1897) Hanssen vuelve a las andadas: “Los antiguos poetas admitían el hiato sin restricción alguna, y no admitían la sinalefa. En cuanto a Gonzalo, a mí me consta con toda seguridad que no hacía uso de la sinalefa” (p. 6). Y trata de probarlo por medio de un análisis estadístico de los 7.290 hemistiquios de los *Milagros*.

Vuelve a la carga en *Notas a la Prosodia castellana* (1900), esta vez habiendo revisado nuevamente la *Vida de San Millán* y el *Apolonio*. Y otra vez Hanssen obtiene “el mismo resultado negativo” (p. 3), o quizá, la misma comprobación a priori de su voluntad de borrar la sinalefa.

Se ha propuesto Hanssen en estas *Notas* “llenar el vacío entre los tiempos primitivos y la época actual, indicando cómo paulatinamente el hiato iba retrocediendo ante la sinalefa.

“La época del dominio exclusivo del hiato fué seguida por otra, en la cual se introducía poco a poco la sinalefa, prevaleciendo siempre el hiato. Son representantes de ésta Juan Ruiz y López de Ayala” (p. 5).

“Revisa luego el tema del hiato en los siglos XIV a XVI (p. 5-9) y aborda el de la sinalefa, de la cual “aparecen ejemplos seguros en los versos de Juan Ruiz y de López de Ayala” (p. 10).

Me extraña, empero, esta declaración de Hanssen a raíz de la anterior. “Por sus condiciones especiales, las coplas de *cuaderna vía* no se prestan para probar eso, y tenemos que reducir nuestras investigaciones a las canciones líricas”. Como si pudiese haber mayor seguridad de medida en las letras de canciones, subordinadas a la música, que en la estrofa de clerecía, de hemistiquios oscilantes en torno a 6/1.

Su idea fija es tan firme que con tal de eliminar la sinalefa, Hanssen acoge la *elisión*: “En la versificación antigua no se empleaba la sinalefa, pero se usaba la elisión. La índole de ésta es precisamente contraria a la sinalefa; porque las circunstancias que impiden

o dificultan la sinalefa, a saber, la conexión gramatical estrecha y el acento que recae en la segunda vocal, favorecen la elisión" (p. 14). Pero, apresurémonos a aclarar que se trata solamente de elisiones en *de, que, te, la, lo*, que ahora también pueden practicarse.

Sin entrar a discutir esta doctrina un reparo me asalta. Es claro que la elisión existió siempre en castellano en encuentros de vocales iguales o como grado final del proceso, después de la sinalefa, según ya se ha visto y con ejemplos, escribanse o no juntos los elementos que la producen. Pero, ¿es aceptable científicamente que, después de haber existido elisiones no usadas hoy hayan regresado hacia la sinalefa, restaurando vocales ya fenecidas? A mí me parece imposible. Y creo más natural suponer que las abreviaturas que semejan elisiones eran sinalefas mal anotadas por la escritura.

He aquí algunos de los casos que Hanssen considera elisiones en el *Apolonio* (*Notas*, p. 14 y siguientes):

d'un ermitanyo santo (55)
 d'armas et de civera (60)
 palabras d'amiztad (167)
 qu'ovo su voluntat (7)
 más qu'un seco ensierto (39)
 ¿por qu'oviste contienda (84)
 qu'andavan por el mar (385)
 servirt'he de buen grado (138)
 mostrart'ha el logar (582)
 perdió l'enfermedat (573)
 a tener l'yvernada (98)
 en ventura l'oviestes (9)
 quando mester l'oviere (77)

No me parecen sin objeción, a causa de la ambigüedad que introducen, los casos de:

que lo avie enbiado (48)
 ca esso lo agraviava (85)
 bien lo escuchó la duenya (174)
 otorgado lo avredes (209)

y sobre todo el del siguiente hemistiquio, en que la elisión caería en el acento rítmico, que pide hiato:

pero sin' grado lo hovo (7)

Hanssen añade: "No creo que se podía elidir la vocal de una palabra polisilaba".

Limitada, pues, la elisión a cinco palabras monosilabas (*de, que, te, la, lo*), aunque fuese aceptable en todos los casos de encuentro con otras vocales, no resuelve el problema, ni de la sinalefa necesaria en otros casos, ni del exceso de sílabas en hemistiquio in encuentro de vocales.

Cuando Hanssen estudió el *Silos de Fitz-Gerald* anotó, con alborozo: "He contado, en las coplas 1 a 100, doscientos... est en lugar de *este* (pp. 4-5 de *Notas a la Vida de Sto. Domingo de Silos*, 1907). Y, más adelante, añade: "La presente edición me confirma en mi opinión de que Berceo intencionalmente no emplea la sinalefa: pero, en primer lugar, los casos citados por Fitz-Gerald propiamente no son sinalefas sino más bien contracciones, desapareciendo una de las vocales sin dejar huella alguna, y en segundo lugar, la exclusión intencional de la sinalefa no pugna con la existencia de la sinalefa disimulada desapercibida por el mismo poeta (compárese 265a). Sin embargo, los ejemplos traídos por Fitz-Gerald (189d, 218d, 366d, 450b, 505b, 578c, 625d, 649b, 726d) no me convencen" (pp. 22-23). De donde podría inferirse que Fitz-Gerald acepta la sinalefa en el *Silos* de Berceo. Pero no hay tal según se ha visto.

Hanssen, en cambio, insiste: "Para mí, la elisión es un fenómeno más antiguo que la sinalefa. La sinalefa obligatoria del *sermo urbanus* de los romanos fué reemplazada por el hiato en el *sermo rusticus*. Se conservó solamente en el caso de estrecha unión gramatical y ahí se convirtió en elisión. La elisión es de uso frecuente en los antiguos idiomas románicos. Se halla en antiguo portugués y en antiguo francés en mayor extensión que en las poesías de Berceo. La sinalefa neolatina ("Verschleifung") es un fenómeno de origen posterior. Tal vez, no tiene raíces en el latín vulgar, sino que se formó independientemente en los distintos idiomas neolatinos". (Notas a *Silos*, pp. 44-45).

Menos rotundo y absoluto contra el uso de la sinalefa se muestra Hanssen en su artículo *Sobre el metro del Poema de Fernán González* (1904).

Marden, para reducir a 6/1 sílabas numerosos hemistiquios de este poema acepta, como se ha visto, la sinalefa cuando los encuentros son de vocales iguales: *a a, e e, o o* (p. li). Hanssen rechaza la regla de Marden, pero dice, cediendo un ápice: "No hay motivo para creer

que el poeta se haya apartado de la norma de Berceo, cuyas poesías imita a cada paso. Berceo, según toda probabilidad, no hace uso de la sinalefa, y aunque excepcionalmente lo hiciera, el número de los casos respectivos sería muy reducido" (p. 11).

Sin embargo, Hanssen conviene en que Berceo hizo sinalefas en sus citas en latín: *an Millán*, 87, 2ª, *Milagros*, 262, 4ª (*Miscelánea*, p. 8).

Conociendo, pues, el fenómeno fonético, parece difícil que Berceo no hiciera también sinalefas en castellano.

Con respecto a Juan Ruiz, su opinión es ya transigente desde las *Notas a la Prosodia Castellana* (§ 2). Y en *Sobre el Metro del Poema de Fernán González*, después de examinar algunas piezas líricas del Arcipreste, encuentra las siguientes reglas:

Hay sinalefa entre las vocales a-a, a-e, e-a, e-e, e-u, i-a, i-o, o-e (p. 29).

A qué autoridad aludía Cejador cuando declaró:

"Se ha dicho que en aquel tiempo no se admitía la sinalefa, de modo que han de contarse todas las sílabas con sus vocales. Es cierto; y en vez de la sinalefa suprimían una vocal, lo cual indico yo con el apóstrofo:

Diz' el lobo al león, qu'el asno tal nasciera (c. 903).

Léa.e, pues, sin sinalefa, con sus 16 sílabas:

Vy una apuesta dueña seer en el su estrado (910).

Sin embargo, no hallo medio de evitar la sinalefa en la c. 911, a no ser que cada hemistiquio forme ver o aparte y el primero sea de ocho y el segundo de siete sílabas:

Nunca vy tal como ésta, ¡sy Dios me dé salud!

Si se admite lo primero, sería preferible escribir a lo romance la cuaderna vía".

Punto tan importante del silabeo, como es éste del hiato, la sinalefa y la elisión, siguió preocupando a Hanssen hasta el fin de sus días. En su obra maestra, *Gramática Histórica de la lengua Castellana*, 1913, reumiendo cuanto había desparramado en artículos y folletos, dedica seis páginas (41 a 46) a la "Prosodia", en donde, buscando

la actitud más prudente, formula opiniones algo anodinas: “En la antigua poesía castellana, la elisión no se halla con mucha frecuencia, y sigue disminuyendo poco a poco” (p. 44). “La versificación castellana renuncia a la elisión con la aparición de la escuela italiana” (p. 44). Afirmación discutible. Entre cien casos de elisión que encuentro a mano, de las vocales de *la, una, este, esta, cuanto, tanto, que, para, sobre . . .* recordaré sólo este verso de Rioja, en *Al Verano*: A quien l’agua d’helada.

En la página 46, citada más atrás, Hanssen hacía constar lo provisorio de su opinión diciendo: “Resultados seguros se podrán obtener por una comparación de las dos versiones del Poema de Alejandro” (p. 46). Esta comparación la hizo él mismo, años después, en *La elisión y la sinalefa* en el “Libro de Alejandro” RFE (1916, III, 345-356, aprovechando la edición del *Alejandro* de París hecha por Morel-Fatio.

Advierte que “en el Alejandro, los versos que exigen la eliminación métrica de una vocal son más numerosos que en las poesías de Berceo” (p. 346) y enumera en seguida, numerosos hemistiquios del Códice de París en que la medida sería 6/1 si se quitase la *e* de *de*, por ej.:

Despeños de una torre (20)
de aquí fué natural. (223)

O la *e* de que:

que a cabo de tres meses (184)
que alegres tornaremos (242).

O la *i* de si condicional, siete casos como éstos:

a veer si eran ondas (251)
si alguno la castiga (2.335).

O la *a* del artículo *la* (casos raros):

fasta que venga la ora (74)
mas a la yra de Dios (1.437).

O la *e* de *me, te, se*, cuando se intercalan entre los componentes del futuro:

aver me ha como fijo (25)
o dar se han a prislón (966).

De modo análogo señala casos de los pronombres *la, se, o de como, tanto, quanto, quando, todo, cada, etc.* . . .

Y comparando con el Códice de Madrid (o de Osuna) halla "mucho más abundante y variado el material análogo de este" (p. 351).

Estas eliminaciones pueden ocurrir por sinalefa o por elisión; pero Hanssen de antemano se dispone a descontar la sinalefa, como si la diferencia entre ambos accidentes fuese tal que los resultados métricos variasen substancialmente.

Concluye, pues:

"El material que he reunido comprueba que en ningún caso nos podemos contentar con declarar que el *Alejandro* admite la sinalefa, pues los enlaces métricos no se conforman con las reglas que posteriormente rigen para aquella. La del *Alejandro* es una sinalefa sui generis y obedece a leyes particulares que se deben especificar. Ahora bien, vemos que los manuscritos, en muchos casos, la califican de elisión. Por lo tanto, una parte de las aparentes sinalefas han de ser elisiones. Podría ser que el poeta usara simultáneamente la elisión y la sinalefa, y en tal caso deberíamos tratar de trazar el límite entre los dos fenómenos. Pero podría ser también que usara únicamente la elisión" (p. 353).

Ensayo luego una prueba de esto mismo comparando el *Alejandro* con las *Cantigas* del rey Sabio. Prueba de eficacia dudosa.

No se piense que en esto busque Hanssen siempre la medida cabal 6/1; no, le preocupa más la excomuni6n de la sinalefa, por lo que acepta el hiato en casos en que el hemistiquio queda largo, como ser en el siguiente entre *su* y *he* (p. 347):

en toda su heredad (1.572).

Pero le acomoda más "eliminar fácilmente la sinalefa ya sea por supresi6n de alg6n elemento ya sea por otras alteraciones insignificantes" (p. 347).

Y tras este paciente esfuerzo de comparaci6n de c6dices, se qued6 aferrado a su vieja idea, levemente modificada: "elisi6n", para el *Alejandro*; "ap6cope" para Berceo, pues

"La diferencia entre Berceo y el *Alejandro* es numérica: las elisiones son muy escasas en Berceo" (p. 356).

En verdad, estos ejemplos de Hanssen se reducen mejor a las seis sílabas protónicas por sinalefa que por elisión. Y también los demás recordados en el Capítulo III. Pero tanto éstos como aquéllos han podido ser, en verdad también, hemistiquios largos de suyo.

VII. DIÉRESIS Y SINÉRESIS

¡Corto uso tiene hoy la diéresis-salvo en dos casos:

1. Cuando leyes físicas impiden diptongar: *dia, véo, bího, raíz, oído, proéza, gradúa, . . . caso único, suma infima, comi almen-dras, esté atento*, porque e tá acentuada la vocal más cerrada entre las concurrentes.

2. Cuando el ritmo o el énfasi oratorio piden separar generalmente antes del acento principal de una frase o de un verso.

O como dice Bello (*Principios de la Ortología y Métrica*, 3ª ed. p. 99):

“No hay causa que legitime más el hiato que la circunstancia de hallarse la dicción acentuada al fin de la frase o del verso”.

Observación que puede hacerse extensiva a la diéresis ya que palabras que la perdieron tiempo ha la recobran en tales casos:

Suelen dejarme cuando sonriendo.

Y volviendo a mi lecho mortüorio.

(Gutiérrez Nájera, *Mis enlutadas*).

¿Qué co a más casta que tierno azahär?

Se envuelve a lo lejos feudal torrëón.

(Gutiérrez Nájera, *De Blanco*).

Y cuando el encuentro de vocales acontece entre vocablos distintos (hiato):

Y tan verdes comö él (Tirso).

Un papel discreto ës (Calderón).

De ciervos y de ösos (Mora).

Pero en todos estos no es raro emplear también la unión de vocales, el diptongo, la sinéresis o sinalefa, aún con traslado del acento a la otra vocal, si este acento se subordina a otro más importante en la frase.

En la edad clásica el uso de la diéresis era más extenso por lo menos entre los poetas. Se conservaba todavía en gran modo la diéresis de los pasados tiempos en vocablos como éstos, que acó de sólo algunos versos de Cervantes, Lope, Góngora y Quevedo: confiar, confianza, fiador, fiel, fiambre, porfiado, enviar, viaje, variada, criador, criada, piedad, apiada, huír, huida, ruines, ruina, ruido, juicio, juez, riendo, cruel, crueldad, suave, inquieto, diamante, Luis, violencia, viuda, guardián, Guardiana, Mariano, mantüano, perüano, virtuoso, victorioso, imperioso, pöesia, ciencia, persuades. löores, Säavedra.

Pero se conservaba esta diéresis *a voluntad del poeta*, pues los mismos vocablos aparecen también con diptongo, en otros versos, si bien con menor frecuencia.

En los versos de clerecía el uso es, al parecer, más extenso aún. Son numerosos los hemistiquios en que entran palabras como las siguientes, en que las seis sílabas sólo se obtienen haciendo diéresis: *gloriosa, porfiosa, precioso, desmemoriado, anciano, gorrión, región, lesión, visión, devoción, perfección, disensión, religión, sapiencia, audiencia, santuario, diablo, material, sociedad, prior, Dios, dió* (pret. de *dar*). *Diago*, (Diego), *Santiago, Juan*, palabras que tienen estructura semejante a las de la lista anterior.

Acontece, sin embargo, que también piden diéresis palabras de esta otra estructura: *rey, ley* (sustantivo y verbo: *lee*), *grey, sey* (imperativo de *seer, ser*), *vey* (imperativo de *verr, ver*), *hay, ay!, hoy, soy, oy, (oye), Moysén, fúy, müy*.

Pero sucede también que *las mismas palabras en otros hemistiquios no necesitan diéresis* para que las sílabas sean seis.

Se encuentra, pues, el lector de versos de clerecía ante un doble uso prosódico, tanto en estos vocablos como en aquéllos. Y en consecuencia dado que *sin error de copistas* los hemistiquios pueden ser unos más cortos que otros, la duda se le presenta: ¿Son en verdad casos de diéresis? ¿O son en verdad hemistiquios cortos?

Los críticos han contestado unilateralmente razonando así: Falta una sílaba en el hemistiquio, ergo hay diéresis.

Pienso que el tema necesita revisión. Y que otras tres razones deben ser oídas:

1. Si el vocablo es vulgar hay probabilidad de que el uso con diptongo sea el general y que el hemistiquio falto de una sílaba sea *corto*.

2. Si una gran frecuencia favorece la diéresis es más cuerdo tener por regla el uso más frecuente, y el otro por *licencia*.

3. Si el ritmo, la buena cadencia (más bien que la cuenta cabal), sufre mengua con la "licencia" antedicha, debe desecharse ésta.

En lo que toca a las palabras *rey*, *ley*, *grey*, en el *Silos* de Berceo, el recuento ha sido hecho por Fitz-Gerald (*Versification of cuaderna vía*, p. 89-93). Pero queda mucho trabajo por hacer. Fitz-Gerald dice que en el *Silos* aparecen: *rey* 33 veces con *una* sílaba, 18 veces con *dos* y 31 indeterminables; *ley* cuatro veces con *una*, 2 con *dos* y 2 indeterminables; *grey* 2 veces con *dos* y tres indeterminables. Con Hanssen, opina, pues, "que el poeta usaba con libertad la diéresis y la sinéresis (diptongo), según sus necesidades en las palabras *grey*, *ley*, *rey*" (p. 93).

Hanssen (*Gram.* p. 41-43) incluye en la regla anterior *hoy*, *muy*; pero cree que las formas verbales *oy*, *sey*, *vey*, *fúy*, eran siempre de dos sílabas.

Marden encuentra siempre con valor de *una* sílaba en el *Fernán González* (pref. p. LIII) las voces *ley*, *rey*, *grey*, *hoy*, *crey* (imperativo, y *muy*).

El elemento *oyr* del futuro y del condicional (*oyrá*, *oyría* . . .) es monosílabo. Pero, "el *ay* de las palabras *traydor* y *trayción* suena en la mayor parte de los casos, como disílabo" . . . "coincidiendo con el doble valor que tiene en *Berceo* y en el *Alejandro*". *Hay* es también siempre disílabo.

"Mío es disílabo cuando precede al sustantivo . . ." "Dios es monosílabo . . ."

Cualquier lector de los *Milagros* de Berceo advierte que *muy* vale casi siempre *una* sílaba y también *soy*. Pero, *ley* (y *ley*, *lee*) tiene dos sílabas y el nombre *Moysén* vale *tres* en el *Sacrificio de la Misa* (c. 37, 148 y otras).

En aquellas otras palabras, hay que hacer, sin embargo, excepciones. No es creíble que el poeta haya cometido diéresis en vocablos vulgares que el pueblo todo usaba con diptongo, como *Dios*, *Carrión*, *gorrión*, . . .

Deben, pues, tenerse por cortos los hemistiquios siguientes y muchos otros de la misma especie, con palabras vulgares:

a Dios por sí mismo (*Silos* 78).
 Señor Dios, que temen (*Silos* 192).
 en él Dios servido (*Silos* 204).

rendió a Dios gracias (*Millán* 257).
 si Dios te bendiga (*Oria* 127).
 Castro e Carrión (*Silos* 130).
 a esos gurriones (*Duelo* 172).

Y, como se vé (o mejcr, se siente y se oye), aunque no tienen 6 sílabas protónicas, ninguno de estos hemistiquios ni de aquellos citados en el Capítulo III suenan mal.

Según Hanssen (*Das Possessivpronomen . . .*), en las palabras *sua, tua*, que venían de otros dialectos a duplicar elementos castellanos, la *a* no se pronunciaba o bien formaba diptongo con la *u*: *úa*, o *uá*.

Sinéresis exigen también y sobre todo las palabras y desinencias verbales de que se habló en el Capítulo V.

Difícil es en estos casos decidir cuál sea el más justo silabeo y el oído debe ser el juez. Para mí, éstos de Juan Ruiz, por ejemplo: (de Cej.)

Ane María concebiste (35)
 do me casaría de grado (998)

no tienen 8/1 sílabas, sino 7/1, porque *María* y *casaría* han debido de tener una *a* tan débil que el grupo *ía* formaba una sola sílaba, aun cuando no hubiese sinéresis con traslado del acento.

Y esto es aplicable a otros casos.

Original es el punto de vista de Fitz-Gerald sobre la doble posibilidad de que Berceo hiciese esdrújulas o graves palabras como *gloria, gracia, servicio, reverencia, Parlatorio*, etc. . . (pp. 10-34 de su *Versification of cuaderna via*). Original y peligroso para su teoría del verso de sílabas cabales; porque se introduce un elemento de duda, en que la elección: diptongo en el cuerpo del hemistiquio, diéresis en el reposo, tiene excepciones que descalifican la regla, y que vuelven menos fijas aún las sílabas del hemistiquio. Cualquiera podría encontrar motivos para dar tres sílabas a *bestia* en el verso 14d, del *Silos*, o en el 584b de los *Milagros*; cinco a *evangelios* en el 38c; cuatro a *Antonio* en el 56a, y a *pecunia* en el 175b,

gracia — 3 (*Milagros* 129c)
 limpia — 3 (*Silos* 326c)
 suzias 3 (" 334d)
 suzio — 3 (" 698c), y entonces los hemistiquios respec-

tivos tendrían 7 sílabas protónicas. (Ver y ordenar otros ejemplos que trae Hanssen, *Miscelánea*, p. 20).

Felizmente, los testimonios que, de acuerdo o no con Hanssen, aducen: de Rengifo, Cascales, Sarmiento, . . . y las interpretaciones, aunque sean de Federico Diez, no son demostraciones, sino opiniones.

Si Berceo hubiese tenido el propósito de usar la caída esdrújula en la rima habría usado hemistiquios terminados en voces francamente esdrújulas, tal como los usa en la primera parte del verso. Y él, que tan dócilmente se dejaba llevar por la rima fácil (participios, infinitivos, imperfectos, adjetivos en *oso, osa*, etc.), habría descubierto esdrújulos hasta saciarse en las formas verbales acompañadas de pronombres enclíticos (*hablábamos, mirábamos, estabanse, mudábanse, pecásemos, rogásemos*, etc.).

La flexibilidad del castellano es tanta, a pesar de los gramáticos y las academias que han tratado de encadenarlo, que en pronunciación, conjugación, construcción, régimen, versificación, . . . mil cosas son posibles al margen de los usos más corrientes. Hoy mismo, disolver diptongos es asunto de antojo (o "ganas" como preferiría Unamuno). He señalado en mi *Versificación Neoclásica* el uso esdrújulo que Don Juan Francisco Ibarra ha hecho de las palabras . . . en sus traducciones de Carducci. Ibarra es también un poeta imbuido de latín como Berceo. Pero la muchedumbre castellana, en España tanto como en América, poco sabe de usos latinos. En cambio Ibarra sabe que la diferencia, en la rima, de *gracia*, en tres sílabas: *grá-cia*, o dos: *grá-cia*, sólo es apreciable cuando hace juego a otras palabras, normalmente esdrújulas.

VIII. EN RESUMEN. . .

He procurado en las páginas precedentes echar una mirada de conjunto a los poemas de clerecía y a las teorías métricas ideadas principalmente por don Federico Hanssen para explicar las irregularidades de los versos, tratando de poner de relieve que dichas teorías, valiosas en general, adolecen del defecto de haber sido elaboradas con la idea preconcebida de explicar la "cuaderna vía de sílabas contadas" que anunció el autor del *Poema de Alejandro*, interpretado este anuncio como equivalente a "estrofa de cuatro versos regulares, perfectos, de 6/1-6/1 sílabas", habiéndose prescindido por eso mismo de ciertas irregularidades, o sea, de la realidad total que la

letra de los poemas ofrecía, y ofrece, mayormente en las nuevas y mejores ediciones.

En efecto, contrariamente a lo que esperaba Hanssen en 1894, el conocimiento de los códices por medio de paleográficas y críticas, no ha confirmado la estructura regular de los versos de clerecía. Por lo cual sus estudios, basados en la edición de Janer, no han envejecido enormemente. Los puntos inaceptables hoy en sus doctrinas son los mismos que fueron objetados en vida de Hanssen.

La teoría tradicional, que enseña que cada verso de clerecía, sin excepción, es un verso regular de 6/1-6/1 sílabas no está justificada por los hechos observables en los poemas de clerecía en su totalidad y en las ediciones perfeccionadas.

Después de apurar todas las modificaciones posibles a los códices, los editores se han visto obligados a reconocer que quedan siempre hemistiquios largos y cortos. La existencia de éstos es, por lo tanto, un hecho sin remedio.

Si en los poemas de clerecía se apartan las excepciones y se consideran solamente los versos, rimas y estrofas más comunes, este caso general presenta los caracteres del verso alejandrino, agrupado en estrofas de cuatro renglones con rimas consonantes; estructura que han propalado los preceptistas y críticos desde el siglo XVIII. Aplicado el mismo procedimiento al arte mayor, dió el resultado de considerar el *Laberinto* escrito en dodecasílabos; y aplicado al *Cid*, el considerarlo compuesto en octonarios o en alejandrinos.

Pero, si se tiene en cuenta el conjunto de versos, rimas y estrofas que se emplean en los poemas de clerecía, la técnica de este verso es menos uniforme, y, aunque en menor escala, presenta los rasgos propios del verso rítmico, oscilante entre 5/1 y 7/1 sílabas con rimas y estrofas también variables.

Se practicó la medida 6/1-6/1 con pocas excepciones, en la primera mitad del siglo XIII. Pero, a partir de esa edad, los poetas se corren con mayor frecuencia hacia las medidas 6/1-7/1, 7/1-7/1 y 7/1-6/1, de modo que producen estrofas y pasajes enteros en 7/1-7/1 al fin del período de casi dos siglos en que se cultivó el verso de clerecía. La reducción de sílabas a 5/1 es más bien escasa, y a veces se debe, cuando el uso es constante, a deliberada voluntad de usar otro metro, como acontece en un pasaje del Rimado de Ayala en "arte mayor".

Cuando, pues, se estudia la métrica de clerecía en los más antiguos textos manuscritos, en vez de en los textos refaccionados desde el siglo XVIII, aparece como un procedimiento de versificar con irregularidades semejantes a las del *Poema del Cid*, pero en escala tan pequeña que, por contraste, no por hecho en sí, nos parece regular. La promesa de un sólo poeta, el autor del *Alejandro*, de versificar a "sílabas contadas" (si significase "con igual número de sílabas", como se ha interpretado) resulta en la realidad una ironía: su poema ha llegado hasta nosotros como uno de los más irregulares.

Los más regulares de estos antiguos poemas, algunos de Berceo (el *Silos*, los *Milagros*) exigen, para dar con las 6 sílabas protónicas del hemistiquio, frecuentísimas separaciones de vocales (hiatos, diéresis), que hoy forman hiato en las desinencias de los imperfectos y condicionales (co y pospretéritos). No basta eso, hay que aceptar también palabras mochas por uno u otro cabo, anulándoles una vocal o una sílaba entera. (Lo que se ha llamado apócope, aféresis, síncopa, elisión . . .). Tras estos sacrificios en aras de la "cuenta cabal", o mejor dicho, del logro de una lectura cadenciosa, aunque balbuciente y cuasi infantil, quedan todavía algunos hemistiquios irregulares, largos o cortos, irreductibles por ninguno de aquellos medios generales.

Por parejas, estos hemistiquios 6/1, 6/2, 6/0, y a veces, excepcionalmente, 7/1, 5/1, etc., forman los versos de clerecía, que el poeta agrupa generalmente de a cuatro en cuatro, pero también, por excepción de a 6 en 6, o de vez en cuando, quitando un renglón a la estrofa o añadiéndole uno. Las cuales estrofas son rimadas generalmente con iguales consonantes, y a veces algún asonante, y las de 6 de López de Ayala con dos consonantes mezclados. En Berceo sobre todo es frecuente, además, hallar dos estrofas seguidas de igual rima, y hasta tres y cuatro por excepción.

Como se ve, no es posible igualar el verso de clerecía con el verso alejandrino que se ha cultivado predilectamente desde hace un siglo (V. *Tres grandes metros*).

El verso de clerecía, mirado en conjunto, no es siquiera un verso silábico, sino más bien rítmico, oscilante en el número de sílabas; si bien, esto, no de la manera constante, danzante, del arte mayor.

Pues bien, quienquiera que tenga oído y espíritu de observación ha notado, al leer versos, que de vez en cuando alguno parece corto, o bien largo, pero que, verificada la cuenta, se tiene la sorpresa de

que el número de sílabas está cabal. Si continúa observando, y si colecciona y ordena casos, advierte, en fin, que la posición de los acentos fuertes tiene que ver con la impresión de plenitud.

En el hemistiquio de clerecía un fuerte acento en primera sílaba permite al de 5/1 dar la imprè ión de plenitud; y la debilidad del primero o primeros acentos le permite al de 7/1 pasar por no excedido. Y es vana tarea la de buscarles un relleno que les dé la medida que no les falta. La cabalidad de la medida la juzga el oído, no los dedos.

Surge, pues, así la cuestión de ¿hasta qué límite se puede llamar mal medido un hemistiquio falto o excedido de sílabas? Si da la impresión de plenitud sostengo que está bien medido.

Partiendo de este concepto, no hay motivo métrico para empeñarse en introducir cambios en los códices a causa de que los hemistiquios estén faltos o sobrantes de sílabas en relación con 6/1; pero puede haber motivos rítmicos, gramaticales, o de otra suerte. Por ejemplo un hemistiquio de 8/1 sílabas, dada la aversión del antiguo castellano por esta medida, es sospechoso de estar adulterado por sólo ese motivo, y si cabe en él la sinalefa o la elisión, éstas deben ser acogidas.

El hiato parece haber predominado sobre la sinalefa y la elisión, en el siglo XIII, en proporción que podría decirse que el hiato era la regla, y los otros accidentes, casos excepcionales. Poco a poco, la sinalefa ganó terreno; y en el siglo XIV ya era un accidente de cuenta.

En ambos siglos, muchos vocablos podían tener si no constantemente, por uso doble, más y menos sílabas que hoy, a causa de diéresis posibles, sinéresis en las desinencias de los imperfectos, recortes o "apócope", aféresis o sín copas, que no se generalizaron ni conservaron.

Y en suma, dado que el silabeo (farosodia) y la métrica de clerecía eran diferentes de los del alejandrino en varios detalles, un aprendizaje de las diferencias debe preceder a la lectura de los poemas.

Es un hecho que en los siglos XIII y XIV se usó en grande escala, en verso y en prosa, lo que se ha llamado impropriamente "apócope" o recorte de ciertas palabras. El catálogo de Berceo, en este aspecto de su lengua, es mucho mayor que el de cualquier otro poeta. Se debe, pues, aceptar, en general que todo verso en que entren esas palabras, y *no sólo los versos largos*, puede perder una o más sílabas en la lectura.

Análogamente, puede ganar una o más sílabas en la lectura, todo verso en que entren voces que ordinariamente hacen hiato o diéresis entre dos vocales, y *no sólo los cortos*.

Análogamente, en fin, teniendo la pronunciación normal de las desinencias *ies, ie*, etc., valor de una sílaba los hemistiquios cortos en que se hallen *son cortos* normalmente.

He dicho en mis estudios del *Octosílabo* y del *Arte Mayor* que a fines del siglo XV entraron en un solo cauce las corrientes versificatorias del pasado; rítmica una, la otra silábica, que pugnaban por ganar la acogida de los poetas desde el siglo XIII. El "mester de clerecía" hizo camino al revés durante los siglos XIII y XIV: empezó con rigor casi silábico, sin llegar nunca a la perfección impecable, y terminó en franca irregularidad, oscilando constantemente entre los hemistiquios hepta y octosilábicos. El arte mayor que reemplazó al de clerecía, es esencialmente un verso rítmico. En verdad, pues, el silabismo en la versificación castellana no remonta más allá de los primeros años del siglo XVI, poco antes de la edad clásica de imitación italiana, y cobró el mayor rigor durante los siglos XVIII y XIX, de imitación francesa.

III

BIBLIOGRAFIA DE D. FEDERICO HANSEN

ABREVIATURAS

AJPh	American Journal of Philology, Baltimore.
AUCh	Anales de la Universidad de Chile.
BACH	Boletín de la Academia Chilena de la lengua. Santiago. Bulletin de Dialectologie Romane, Brussels.
BHi	Bulletin Hispanique. Bordeaux.
Clarke	Dorothy Clotelle Clarke, Una bibliografía de la versificación española. Publications in Modern Philology, t. XX, pp. 57-126, Berkeley, 1937.
DWVS	Deutscher Wissenschaftlicher Verein. Santiago.
MLN	Modern Language Notes. Baltimore.
Oroz	Rodolfo Oroz, Bibliografía filológica chilena. BACH, t. VII, pp. 61-168, Santiago, 1940.
RDR	Revue de Dialectologie Romane. Hamburg.
Rev. Hisp.	Revue Hispanique, Paris.
RF	Romanischen Forschungen, Erlangen.
RFE	Revista de Filología Española, Madrid.
VDWVS	Verhandlungen des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins in Santiago, o sea "Actas" o "Trabajos" que publicaba en Valparaíso la Sociedad Alemana de Santiago.

1889

Philosophemata zur Lateinischen Syntax. En "Commentationes in honorem Guillelmi Studemund", Strassburg, 1889, pp. 111-120. (Art. en alemán. Ej. en la Bibl. Nacional).

1890? y 92

Miscellanea Graeca. AJPh, vol. 9, núm. 4, pp. 1-7, y vol. 13, núm. 4, pp. 437-448. (Dos art. en latín, el primero de 1890, al parecer; el segundo, de 1892, Santiago. Ej. en la Bibl. Nacional).

1890?

The Latin Adjective. AJPh, vol. 10, núm. 1, pp. 1-11. (Art. en inglés firmado en Leipzig. Ej. en la Bibl. Nacional).

1892

Sobre la poesía épica de los Visigodos. AUCh, 1892, t. LXXXI, pp. 697-710. Tirada aparte de 16 pp.

1892

Sobre los caracteres especiales de los idiomas. AUCh, 1892-93, t. LXXXII, pp. 439-451.

1892

Bemerkungen zu Homer. Separat-Abdruck aus VDWVS, 1892, II Band, 4^o Heft, Seite 209-218. (Datos de R. Oroz).

1892

Uebersetzungen Chilenischer Volkslieder. VDWVS, vol. 2, pp. 248-254. Contiene la traducción de siete poesías. (Datos de R. Oroz).

1893?

Ilias IX, 13-28. (Art. en alemán, firmado en Santiago y publicado en las pp. 584-592 de una revista extranjera. Ej. en la Bibl. Nacional).

1893

Sobre la interpretación de un pasaje de "La Iliada". (De Iovis Consilio). AUCh, 1893, t. LXXXIV, pp. 445-504.

1893

Sobre un trozo de música griega. AUCh, 1893, t. LXXXIV, pp. 805-812. Una lámina de música. Tirada aparte de 10 pp. y 1 lámina.

1893

Sobre el ruego de Tétis. (De Thetidis precibus). AUCh, 1893, t. LXXXIV, pp. 1041-1054. Tirada aparte de 16 pp.

1894

Sobre la formación del imperfecto de la segunda y tercera conjugación castellana en las poesías de Gonzalo de Berceo. AUCh, 1894,

t. LXXXV, pp. 655-694. Tirada aparte de 42 pp. Reseña de Edouard Porebowicz en Romania XXVI, pp. 462-465.

1894

Sobre la pronunciación del diptongo "ie" en la época de Gonzalo de Berceo. AUCh, 1894, t. LXXXVIII, pp. 399-406. Tirada aparte de 7 pp., 1895. (Respuesta a las objeciones de G. Baist).

1895

Sobre la conjugación de Gonzalo de Berceo. AUCh, 1895, t. XC, pp. 231-280 y 733-781. Tirada aparte de 50 pp.

1895

Suplemento a la conjugación de Berceo. AUCh, 1895, t. XC, pp. 773-781. Tirada aparte de 11 pp.

1895

Estudios ortográficos sobre la astronomía del rey Don Alfonso X. AUCh, 1895, t. XCI, pp. 281-312. Tirada aparte de 34 pp.

1895

Sobre la conjugación del "Libro de Apolonio". AUCh, 1895, t. XCI, pp. 637-665. Tirada aparte de 31 pp., 1896.

1896

Estudios sobre la conjugación aragonesa. AUCh, 1896, t. XCIII, pp. 391-409. Tirada aparte de 21 pp.

1896

Estudios sobre la conjugación leonesa. AUCh, 1896, t. XCIV, pp. 753-807. Tirada aparte de 57 pp.

1896

Sobre el hiato en la antigua versificación castellana. AUCh, 1896, t. XCIV, pp. 911-941. Tirada aparte de 33 pp.

1896?

Zur Spanischen Moduslehre. (Según el Dr. Oroz, publicado por la DWVS, al parecer en el t. II, pp. 116-124 de sus "Actas". No dice el año, que, si se tratase del t. II, sería 1896 o 7).

1897

Miscelánea de versificación castellana, AUCh, 1897, t. XCVII, pp. 227-274. Tirada aparte de 50 pp.

1897

Das Possessivpronomen in den altspanischen Dialekten. VDWVS, 1897, t. III, pp. 367-390. Tirada aparte de 24 pp., Valparaíso, 1897. (Ver: Sobre los pronombres posesivos, 1898).

1898

Notizen. I. Révision de la loi des voyelles finales en espagnol par Edouard Porebowicz, Paris, Emile Bouillon, 1897. (Respuesta a Porebowicz. V. Romania XXVI, pp. 462-465). II Eine persönliche Bemerkung. III Zum Metrum des Cid, Valparaíso, G. Helfmann, 1898. (Datos de R. Oroz).

1898

Sobre los pronombres posesivos de los antiguos dialectos castellanos. AUCh, 1898, t. C, pp. 197-208. Tirada aparte de 14 pp. (Versión abreviada de *Das Possessivpronomen...* de 1897).

1898

Ueber die altspanischen Präterita von Typus "ove", "pude". VDWVS, 1898, t. III, pp. 439-506. Tirada aparte de 68 pp., Valparaíso, 1898.

1899

Un himno de Juan Ruiz. AUCh, 1899, t. CIV, pp. 737-745. Tirada aparte de 11 pp.

1899

Ueber die portugiesischen Minnesänger. VDWVS, 1899, t. IV. Tirada aparte de 8 pp., Valparaíso, 1899.

1900

Elementos de fonología castellana. AUCh, 1900, t. CIV, pp. 95-113. Tirada aparte de 21 pp.

1900

Sobre las coplas 1656-1661 del Arcipreste. AUCh, 1900, t. CIV, pp. 939-948. Tirada aparte de 12 pp.

1900

Zur spanischen und portugiesischen Metrik. VDWVS, 1899, t. IV, pp. 141-204. Tirada aparte de 64 pp., Valparaíso, 1900.

1900

Notas a la prosodia castellana. AUCh, 1900, t. CVII, pp. 315-335. Tirada aparte de 23 pp.

1901

Zur lateinischen und romanischen Metrik. VDWVS, 1899, t. IV, pp. 345-424. Tirada aparte de 80 pp., 1901.

1901

Los versos de las "Cantigas de Santa Maria" del rey Alfonso X. AUCh, 1901, t. CVIII, pp. 337-373, 501-546. Tirada aparte de 84 pp.

1901

Notas a la versificación de Juan Manuel. AUCh, 1901, t. CIX, pp. 539-563. Tirada aparte de 27 pp., 1902.

1902

Los metros de los cantares de Juan Ruiz. AUCH, 1902, t. CX, pp. 161-220. Tirada aparte de 62 pp.

1903

Metrische Studien zu Alfonso und Berceo. VDWVS, 1903, t. V. Tirada aparte de 36 pp., 1903.

1904

Sobre el metro del "Poema de Fernán González". AUCH, 1904, t. CXV, pp. 63-89. Tirada aparte de 29 pp. (A propósito de la ed. del *Fernán González* por Mården).

1905

De los adverbios Mucho, Mui y Much en antiguo castellano. AUCH, 1905, t. CXVI, pp. 83-117. Tirada aparte de 37 pp. (Observaciones sobre la prosodia de *mu*, p. 33 y s. del folleto).

1905

Antología castellana arcaica. En prosa y verso. Nueva edición (en que su primer autor: don E. Nercasseau y Morán colabora con don F. Hanssen), Santiago, 1905. pp. xvi y 332.

1906

El arte mayor de Juan de Mena. AUCH, 1906, t. CXVIII, pp. 179-200. Tirada aparte de 24 pp. (A propósito del estudio sobre el mismo tema por R. Foulché-Delbosc).

1906

Revisión del problema del imperfecto. AUCH, 1906, t. CXIX, pp. 187-229. Tirada aparte de 45 pp., 1907. (Revisión de su doctrina con motivo de las discrepancias expresadas por Fitz-Gerald en cuan-

to al valor silábico y la pronunciación de *ia*, *ie*. Pero el artículo abarca también otras cuestiones).

1907

Notas a la "Vida de Santo Domingo de Silos" escrita por Berceo. AUCh, 1907, t. CXX, pp. 715-763. Tirada aparte de 51 pp. (A propósito de la ed. del *Silos* por Fitz-Gerald, París, 1904).

1907

Dos problemas de sintaxis. AUCh, 1907, t. CXXI, pp. 403-439. Tirada aparte de 39 pp.

1908

Sobre un compendio de gramática ante-clásica. AUCh, 1908, t. CXXII, pp. 671-695. Tirada aparte de 27 pp. (Se refiere al de A. Zauner, Heidelberg, 1908).

1909

La seguidilla. AUCh, 1909, t. CXXV, pp. 697-796. Tirada aparte de 104 pp. (Estudio histórico de la "seguidilla" y de las diversas combinaciones métricas).

1909

Art. sobre el "Cid". RDR, 1909. (Datos de Miss Clarke).

1910

La enseñanza del latín y del castellano en Chile. Santiago, 1910. Tirada aparte de 7 pp. Art. de la obra "Los alemanes en Chile", publicada por la Sociedad Científica Alemana de Santiago (DWVS).

1910

Spanische Grammatik auf historischer Grundlage. Max Niemeyer, Halle a. S. 1910, xvii y 277 pp. (Ver: 1913, ed. castellana).

1911

Notas al "Poema del Cid". AUCh, 1911, t. CXXVIII, pp. 211-263. Tirada aparte, de 55 pp. (A propósito del t. I de la ed. del *Cid* por D. Ramón Menéndez Pidal).

1911

Espicilegio gramatical. AUCh, 1911, t. CXXVIII, pp. 679-699. Tirada aparte de 23 pp.

1911

Das Spanische Passiv. RF, 1911, t. XXIX, pp. 764-778. (Datos de R. Oroz).

1911

Cuestiones de gramática. Observaciones sobre la preposición "para". Sobre algunas formas de los pronombres posesivos castellanos. BHi, 1911, t. XIII, N^o 1, pp. 40-46. (Datos de R. Oroz).

1912

La colocación del verbo en el "Poema del Cid". Rev. Hisp., 1912, t. XIV, N^o 1, pp. 47-59 y BDR, t. IV, 1912.

1912

La pasiva castellana. AUCh, 1912, t. CXXX, pp. 97-112 y 507-514. Tirada aparte de 28 pp. (Es trad. del art. de 1911 en RF).

1912

Sobre la ed. del "Cid" por Menéndez Pidal. RDR, 1912, t. I, p. 453; t. IV, p. 136. (Datos de Miss Clarke).

1912?

Los infinitivos leoneses del "Poema de Alejandro". BHi, t. XII, pp. 135-139. (Mención. sin año, de R. Oroz).

1913

Gramática Histórica de la lengua castellana. Halle a. S, 1913, pp. xiv y 367. (Versión aumentada de la ed. alemana de 1910).

1913

Los endecasílabos de Alfonso X. BHi, 1913, t. XV, pp. 284-299.

1913

Los alexandrinos de Alfonso X. AUCh, 1913, t. CXXXIII, pp. 81-114. Tirada aparte de 36 pp.

1914

Die jambischen Metra Alfons des X. MLN, 1914, t. XXIX, pp. 65-68.

1915

Materiales sintácticos. AUCh. 1915, t. CXXXVI. pp. 129-150. Tirada aparte de 24 pp. (Observaciones no incluidas en la Gram. de 1913).

1915

Las coplas 1788-1792 del "Libro de Alexandre". RFE, 1915, t. II, pp. 21-30.

1916

La elisión y la sinalefa en el Libro de Alejandro. RFE, 1916, t. III, pp. 345-356.

1918

Los versos 589-610 del Poema del Cid. BACH, 1918, t. I, c. iv, pp. 404-406.

Chilian popular songs collected and edited by F. H. en AJPh, t. XIV, pp. 90-92. (Datos de R. Oroz).